FRAY MOCHO



"CRISANTEMOS"

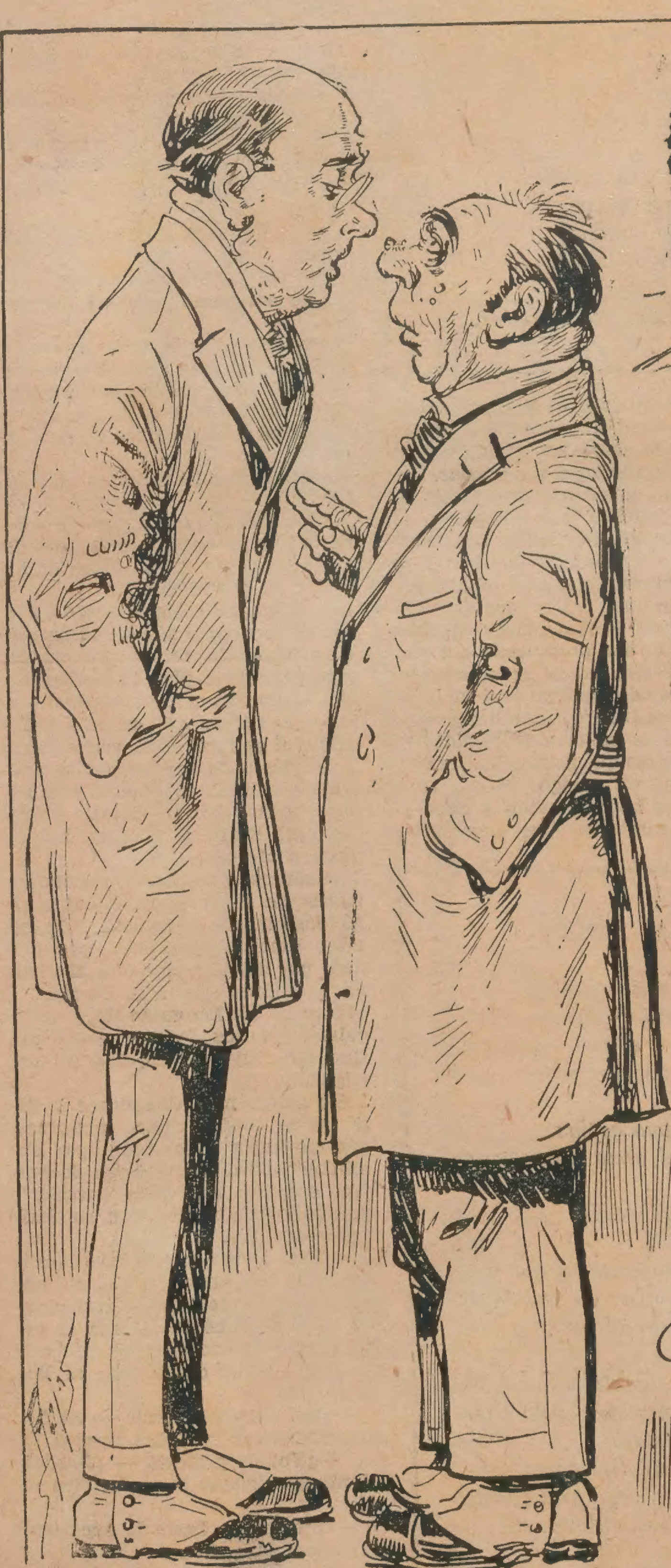
N.° 785

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912. Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI — Buenos Aires, 10 de Mayo de 1927 — N.° 785

Chismes y cuentos, por Rojas



—Dicen de Santa Fe, que Irigoyen con el objeto de contrarrestar el éxito de la fórmula Melo-Gallo, piensa lanzar la de Menchaca-Abalos
—De Irigoyen no me llama la atención, pero de Menchaca, sí me choca que machaque, pues Menchaca tiene achaques y me choca.



—En Noruega no descargan a los barcos norteamericanos por solidaridad con Sacco y Vanzetti. Van seis naciones que hacen lo mismo.
—No, señor; Vanzetti.



—¿Y usted, siendo español, no lamenta no tener representación en la conferencia económica de Ginebra?
—En España no queremos ginebra; en España, anís, pero del fuerte.



—El gobernador Vergara, se queja porque unos aseguran que le intervendrán la Provincia y otros afirman que no. Dice que esto parece cosa de juego y el otro día exclamó: "¡Para juego me basto yo!".



—El presidente Alvear piensa decir en su mensaje, de modo muy claro, las cosas que ha hecho durante su presidencia.
—¿Y qué cosa visible ha hecho don Marcelo?
—Cruzarse de brazos. Eso lo sabe todo el mundo.

El amante de las feas

Por Claudio Gevel

Hacía una hora que estaban reunidos, y como es natural, hablaban de mujeres.

Cada uno refería sus aventuras con ese gesto de sencillez, orgullo y picardía con que los hombres impregnan sus discursos cada vez que abordan ese asunto. Cada uno, escuchando al otro, pensaba en sus propios recuerdos y los estimaba mil veces más originales y picantes.

Cuando le tocaba tomar la palabra transformaba, inconscientemente, la realidad a gusto de su imaginación, agregando esos pequeños detalles falsos, pero necesarios para que un relato dé a los demás la impresión exacta de la veracidad.

Todos terminaban, como es de costumbre, resumiendo en una fórmula, intencionalmente brutal, para que tenga más peso, la impresión dejada en él por la heroína, después de lo cual encendía un cigarrillo como si deseara aislarse en evocación, tras una nube de humo.

—Os admiro — exclamó Jorge Berthelier — os escucho desde hace una hora y observo que ninguno de vosotros ha amado nunca, perdón, ha sido amado nunca más que por maravillas de belleza... Os admiro, repito, pero no os envidio y me imagino haber conocido placeres más raros al dirigirme a aquellas a quienes nosotros habéis desdeñado a causa de cualquier defecto físico.

Me recordáis a esos pretendientes de la princesa en "Shylock", quienes, confesadlo, son un poco cándidos al ir a elegir, sucesivamente, el cofrecillo de oro, y luego el de plata como si no fuera evidente que es el más humilde el que contiene el retrato de la bella. Es — perdonadme la expresión —, un engaña-bobos, sencillamente.

Vosotros elegís las jóvenes hermosas, pero cuando habéis abierto el cofrecillo, ¿qué encontráis?. Coquetería, exigencias, despreocupación por dejarse amar y además celos... Tiemblo por vosotros.

En lugar de todo eso, mi cofrecillo será, acaso, grosero, burdo, mal tallado... ¡pero cuántos tesoros encierra! ¡Tan solo una mujer fea sabe amar realmente! Se siente exaltada por el agradecimiento; en lugar de ser uno a quien ella se ha dignado sacrificarse, es, tal vez, a sus ojos, el único ser en el mundo que la ha elejido, el pájaro raro a quien nadie reemplazaría si llegase a volar y al que ella procura retener por todos los medios de su arte y de su corazón.

Admiradas de sentirse amadas, experimentan una satisfacción nueva, de abandonar a una alegría fresca que gastan enteramente en uno.

Sin que ellas mismas se lo confiesen, sienten que tienen que luchar contra sus defectos exteriores y es un desbordamiento de todas las maravillas de que es capaz una mujer que ama de veras: la ternura de su corazón, la delicadeza de sus impresiones, las fogosidades de su alma... Tan sólo una mujer fea es una amante agradable, porque se ingenia para serlo.

Además y principalmente, se disfruta, junto a ella, el encanto de la seguridad, la dulzura de la sinceridad. Cuanto más celoso es uno, el más capaz de un verdadero sentimiento amoroso, y es más conveniente amar a una mujer fea, porque el temor de ser engañado, los celos, las sospechas y las inquietudes no acudirán a ensombrecer los pensamientos, a amargar los instantes más deliciosos.

Señores, terminó después de una pausa, poniéndose en pie, los abandono con sus bellezas... Mi "fea" me espera.

Salió. Su vehemencia y su convicción eran tales, que todos quedaron un poco soñadores e inclinados a creer que él no había elegido la peor parte...

II

Algún tiempo después de esta declaración de principios, recibí una carta anunciándome el próximo matrimonio de Berthelier. A pesar de mi poco interés por las ceremonias, anoté escrupulosamente la fecha, queriendo constatar la fidelidad de Jorge Berthelier a sus teorías.

Y pude convencerme de que las había aplicado por completo. La nueva señora Berthelier era pequeña, poco graciosa, tenía la tez de color plomizo, era algo repulsiva a pesar de unos bellos ojos de mirada cándida. Noté, en circunstancias en que le era presentado que volvía esos ojos hacia su esposo con una expresión que yo creí tenía algo de admiración, agradecimiento, asombro de haber sido elegida entre todas las que podían haberse casado con mi amigo, joven, arrogante, de buena familia y rico.

Transcurrieron diez años antes de que la casualidad nos pusiera de nuevo el uno frente al otro.

He aquí que ayer le ví sentado solo en la terraza de un café ante una media botella de Vicky. Estaba melancólico. No hay nada más triste que un señor solitario sentado en un café frente a media de Agua de Vicky... Y qué confesión más explícita. Le puede apostar a que ese hombre se aburre, que sufre del estómago y que está decepcionado. Un poco por piedad y un mucho por curiosidad, sentí deseos de acercarme a él.

—¿Y bien? ¿Cómo te va? — exclamé con el tono más cordial que pude hablar.

—¡Hah! ¿Eres tú? — respondió tendiéndome con desaliento la mano.

—¿No esperas a nadie?... Me siento entonces... ¿Qué me cuentas de nuevo?

—¡Ah! — respondió hundiendo la nariz en el vaso.

Pero me pareció ver a través del agua transparente que envejecía.

—¿Siempre feliz?... ¿Casado? — proseguí.

—Gestionando el divorcio — murmuró.

—¡Ah! ¡Pobre amigo mío! — exclamé arrepentido de mi insistencia.

Pero él, como si una vez roto el hielo se tinsiese más libre con la confesión, me tendió resueltamente la mano a través de la mesa y tomando el tono de otros tiempos dijo:

—¡Cuánto me alegra encontrarte!

Le estreché la mano y sin esperar a que yo hablase prosiguió dominado por un súbito deseo de hacerme su confidente.

—Sí, querido. Me divorcio...

Ah. Si recuerdas aún nuestras conversaciones te reirás. No puedes sospechar lo arpía, lo desagradable, lo amarga que resulta una mujer fea. Parece que en su fealdad existe el peligro. Para convencerse a sí misma de que es bonita acumula historias, exigencias y caprichos, como hacen ciertas beldades para medir la profundidad de nuestro afecto...

¡Cuántos reproches y recriminaciones he soportado! ¡Cuántas ridículas escenas de celos!... He sufrido durante diez años, por piedad, por dejadez, por una abstinada confianza en mis teorías... ¡Pero un día las cosas llegaron al colmo! ¿Sabes lo que descubrí? Que mi mujer el esperpento, me engañaba...

Sí, amigo mío. Cuando se lo dije me lo confesó todo, agregando que me había traicionado "por humildad" para convencerse de que "no era tan fea como parecía", porque sufría mucho con su fealdad, por mí... por mí!

Sí. Eso es lo que ella tuvo la audacia de hacerme creer... Sí hubiera podido me hubiese traicionado cada vez que se miraba al espejo para persuadirse de que era éste el que se equivocaba al llamarla fea.

—¡Vamos! — exclamé — Al fin abandonas tus extrañas teorías...

—¿Yo? — protestó — ¡Jamás! Mantengo siempre lo que os dije un día.

—Pero ¿no te basta la experiencia que acabas de sufrir?...

—No importa eso... Tal ha sido mi error. Es preciso ser el amante de las feas y no su esposo.

La sombra errante

Las rosas confundieron sus corolas
con las cenizas del sendero frío...
y en las tardes estáticas y solas
mi alma se va como se aleja el río.

Pero no obstante en la otoñal barranca
roída por las olas de la vida,
florecilla tenaz, ábrese blanca:
la esperanza sin causa y sin medida.

¡Perfume de un recuerdo que no muere!,
¡resplandor de una luz que no se apaga!,
¡suspiro ardiente que partir no quiere,
mi Juventud, como una sombra, vaga!...

Fernán Félix de Amador.

El bien que podemos hacer

Los males que no puedes remediar son infinitos.

Pero los que puedes remediar son tantos que, si en conjunto estudias el bien que has hecho en el año, por ejemplo, la labor resulta enorme para tus fuerzas y te parece un sueño haberlo realizado.

También en esto un grano produce una espiga.

La capacidad de bien que hay en el alma humana, es desconcertante por su grandeza.

El poder que para el bien nos fué concedido, es de una enormidad que pasma.

Así vemos hombres destituídos de todo recurso, que realizan milagros de caridad; que cambian la organización de las sociedades, que sacan del quicio al mundo y lo renuevan.

Asombra pensar lo que sería nuestro planeta si todos los humanos estuviesen educados para el amor en vez de estar educados para el egoísmo y aun para el odio.

El eje moral del mundo sería, como si dijéramos, perpendicular al plano de la eclíptica del Deber, y una divina primavera reinaría en las moradas de los hombres...

Amado Nervo.



SINTÉTICAS

PARASITOLOGIA

El doctor Federico Fülleborn, sabio profesor de la Universidad de Hamburgo y eminente parasitólogo alemán, recientemente llegado a Buenos Aires, ha hecho, entre otras, las siguientes manifestaciones:

"A mi juicio, la República Argentina ofrece un ancho campo " para los investigadores de la parasitología. No desconozco ni el " movimiento de mi especialidad en la Argentina, ni tampoco las " características de la parasitología en las provincias septentriona- " les. En Hamburgo tengo yo un departamento especial para la in- " vestigación de la especie de parásitos que aquí abundan, pero nun- " ca será tan eficaz la investigación, como cuando se practica en " persona — cosa que pienso hacer — sobre los mismos medios " que ofrece la naturaleza".

Se ve que el doctor Fülleborn nos conoce perfectamente, pero nos parece que está un poco desorientado con respecto al sitio donde él cree hallar el foco de las especies parasitarias cuyo estudio se propone. Por ello nos permitiremos, aconsejarle, para mayor éxito de su labor, que, en lugar de ir a las provincias septentrionales, se quedase en la capital federal, pues

Aquí hallará a montones,
Mostrándose sin reparos,
En las Cajas de Pensiones
Y en otras reparticiones,
Los parásitos más raros.

SANTORAL MILAGROSO

" Se celebró en Nápoles la tradicional procesión del traslado " de la ampolla que contiene la sangre de San Jenaro, patrono de la " ciudad y diócesis. Participaron de la procesión, además del cle- " ro local, más de trescientas cofradías. La ampolla fué solem- " nemente colocada sobre el altar mayor de la capilla dedicada al " santo patrono, mientras la enorme muchedumbre reunida en el " templo y en los alrededores, esperaba el llamado milagro de la " ebullción, que se produjo después de veinte minutos y treinta se- " gundos".

Los argentinos no necesitamos ir a Nápoles para presenciar semejante prodigio, ni tampoco esperar tanto tiempo a que el mismo se produzca: basta constatar el precio de los alquileres y de los artículos de consumo, leer los poetas modernos, escuchar discursos políticos, tomar parte en concursos literarios o viajar en ómnibus, para que, en el acto, se levanten ampollas en todo el cuerpo y la sangre entre inmediatamente en rabiosa ebullición.

Resulta, pues, sorprendente
Que el pueblo napolitano
Considere sobrehumano,
Lo que aquí es tan coriente.

COMICO—DRAMATICA

" En el teatro Albéniz, de Montevideo, se registró un suceso " que, en los primeros momentos adquirió gran resonancia. Un " individuo que asistía al espectáculo desde el paraíso, se descerra- " jó seis balazos, mortificado porque una de las artistas, que le des- " pertaba pasión intensa, lo había desairado. Se originó un tumul- " to extraordinario entre los asistentes; pero grande fué la sorpre- " sa cuando se comprobó que, a pesar de los seis balazos, el seudo " suicida abandonaba el teatro caminando por sus propios medios, " ya que apenas sufrió una leve equimosis en la sien derecha".

Aunque a primera vista resulta inexplicable que un habitante del "paraíso" tenga deseos de morir, y que después de "matarse" con seis tiros abandone, el teatro con paso tranquilo, sin embargo, a poco que se recapacite serenamente, se ve que no hay motivo alguno para extrañarse del suceso,

Pues de tiempo inmemorial,
Como dos y dos son cuatro,
Se sabe que en el teatro
Todo es convencional.

DO... MI... SOL...

Por E. F. Bis

La puerta se abrió de golpe y el viejo entró en la segunda pieza, tan miserable como la primera.

Pálido, flaco, caído desde que su mujer guardaba cama, dejado y mal cuidado, como la miserable pieza que le servía de albergue, ese día el viejo artista entró apresurado, nervioso, preocupado, con la cara menos fruncida, y más contento que los demás días; en sus ojos había algo de nuevo, como una chispita de luz no acostumbrada, una chispa de esperanza y de alegría.

Se acercó al camastro en que se hallaba su compañera de infortunio y antes de que él pudiera hablar, ella leyó en su semblante alguna novedad; y con la poca voz que le quedaba, poca como su vitalidad, díjole:

—Hay algo de... — una tos afanosa interrumpió sus palabras, y el viejo al momento hízole ademán afirmativo para que ella le comprendiera y no se fatigara mayormente en hablar.

—Sí, sí... algo hay de nuevo... estate quieta; ahora te diré... una pequeña esperanza... pequeña..., pero si Dios quiere...

Sus ojos se levantaron como movidos por un secreto pensamiento hacia el pequeño cuadro colgado a la cabecera de la cama; después, la realidad impúsose:

—¿Cóme te sientes hoy? ¿Cómo has pasado el día?

—No del todo mal..., como siempre.

—¿Nadie vino? ¿Y Berta?

—Nadie.

—¿Has estado sola hasta ahora? ¡Cuánto lo siento! Bueno; ahora te diré... me he encontrado con Politi que venía a buscarme... pobre Politi..., ese sí que es buen amigo... ¡Por ser tan bueno es desgraciado! Venía, como te lo decía, a buscarme. Parece que se ha formado una nueva compañía, o algo así..., en fin, el hecho es que necesitan ahora mismo un bajo, y el empresario no sabe dónde encontrarlo. ¿Te acuerdas del empresario? Aquel señor que fuma siempre habanos... Bien, pues, parece que el bajo se ha enfermado y no puede cantar. Hoy a las tres, el empresario debe ensayar algunos que se han ofrecido, y entre ellos Politi..., y como este amigo no está seguro de su voz, y sabe además que estamos en la miseria, venía a invitarme al concurso a mí también.

"El pobre debe tres meses de alquiler, como nosotros, y todos sus muebles están empeñados y piensa que este contrato sería un maná... basta... veremos. Parece que son cinco los aspirantes, y nos esperan en el Variedades.., ¿sabes?... en el Variedades, donde antes yo iba... Estará allí Luciano, que es el maestro de la compañía... ¿Te acuerdas de Luciano...? ese del tic nervioso..., nos probarán a todos. Un poco de solfeo, dos o tres compases acompañados con el piano y el que tenga mejor voz será aceptado y contratado. Diez representaciones aseguradas, a veinte francos, son doscientos francos, y gastos pagados..., sería un recurso inesperado..., lo que justamente nos hace falta".

Hablaba atropelladamente, y su esposa dejábalo hablar sin interrumpirle y sin moverse.

—Si las cosas fueran después bien, se darían quince o veinte funciones..., quizá más.., en fin, una pequeña fortuna... Yo, entretando, me he comprado diez centavos de pastillas de clorato.

Se había levantado para quitarse sobretodo y habíase sentado otra vez en la cama en actitud de un hombre preocupado por un grave asunto.

—¡Basta! Veremos... Nos esperan en el Variedades...; lo que lamento es que el pobre Politi también se encuentra en apuros..., pero si me fuera bien a mí... ¿Cómo te encuentras? ¿Algo mejor, verdad?

—Sí.

—¡Ese asma... ese asma que tienes me preocupa!

Levantóse, dió algunos pasos por el aposento en ademán meditabundo, luego volvió a sentarse.

—¿Quieres que te diga una cosa? Yo tengo mucha esperanza... Te parecerá ridículo... pero el encuentro con Politi es para mí de buen agüero... Y te lo explico. Esta mañana, no sé cómo, entré en una iglesia: hacía años y años que no había puesto los pies en un templo... ¡qué quieres! hacemos mal... pero es la verdad que nos olvidamos demasiado de Dios...; como te decía: esta mañana entré en una iglesia y me puse a rezar, viendo la devoción de otros... ¡Rezar...! Realmente, ya no recordaba cómo hacerlo, pero me dirigí a Dios de corazón, con todo mi corazón, y le pedí alguna ayuda. Sí. El lo sabe todo... debía saber lo que más necesitaba, debía conocer nuestra situación, y le pedí que de algún modo nos ayudara. Serán historias..., casualidades..., pero el hecho es que momentos después de haber salido me encontré con Politi, quien me habló de este asunto, y me propuso que me presentara yo también a ese concurso... ¿No te parece esto providencial?

Observó a su esposa para escudriñar la impresión que había recibido..., vióla sonreír tristemente, con una señal de asentimiento, por lo cual, más confortado, siguió diciendo:

—Dios me ha oído. ¡Verás cómos salgo bien! Hasta me parece que me siento inspirado..., todo ha de ir bien, y tú podrás estar mejor y sanarte. ¡Bien merecemos un poco de suerte, después de tantas desgracias!

Golpearon la puerta, y después de haber pedido permiso, entró Politi, también él viejo ya, de aspecto enfermizo, mal vestido, con un sobretodo largo abrochado desde el pescuezo hasta las rodillas, un sobretodo como su dueño: viejo, descolorido.

—¿Estás listo?

El viejo artista fué a su encuentro muy atento.

—¡Ah, eres tú, Politi! ¿Ya es la hora?

—Son las dos y media pasadas.

—Estoy en seguida listo. El empresario nos espera a las tres ¿verdad?

—Sí, a las tres.

—Vengo al momento..., voy a buscar el otro sobretodo que es algo mejor que éste...

Y entró en la habitación contigua.

Politi se acercó a la enferma, que tosía fatigosamente.

—¿Cómo se haya, señora?

La mujer movió la cabeza y con mucha fatiga contestó:

—¡Oh, no me hago ilusiones! Estoy condenada. Y lo que sufro no es por mí, es por él..., una vez que se quede solo..., ¿qué hará el pobre hombre? Se encontrará perdido... porque no sabe estar solo..., yo lo sé, le conozco. Ahora él quisiera hacer, trabajar para conseguir algún dinero..., pero... Usted sabe cómo estamos... muchas veces se acuesta sin haber comido... para...

Se interrumpió, dióse vuelta para otro lado y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Tenga esperanza, señora, quizá consiga ahora algo..., parece que hay vacantes algunas plazas...

La mujer volvióse nuevamente hacia el visitante.

—¿Y usted lo cree? ¿Tiene usted confianza de que salga bien? ¡El..., a su edad..., con la voz cascada que tiene...! Usted y él se engañan..., yo dejo que diga... para no contrariarle y entristecerle..., ¡pero nada espero ya!

Politi no supo qué responder.

—Siempre fué así — continuó con amargura la pobre mujer — Durante toda su vida, ha vivido de ilusiones, siempre estuvo por conseguir algo..., y después...' hambre y hambre siempre; una mi-

Desde la playa

Puesto que te fuiste, puesto que te fuiste
con tu gran pupila de anonadamiento,
con tu gran pupila de Madona triste,

de Madona triste del Renacimiento...;
pues que ya ha tendido la barca sus velas,
sus velas muy curvas, muy curvas ,al viento

y ya se borraron sus vagas estelas,
recoge los votos últimos de quien
te adoró en la vida como en las novelas...

¡Barca que la llevas, llévala con bien!
¡Propicia le sea la noche marina
y un cielo muy manso la bese en la sién!

La luna mi hermana, la luna divina,
la que tantas veces nos iluminó,
le cuente al oído, le cuente en sordina,

le cuente lo mismo que si fuera yo,
le cuente en voz baja, muy leve y muy fina
la historia tan triste del pobre Pierrot...

Belisario Roldán.

EL AMOR Y LA ABEJA

El Amor no había visto a una abeja adormecida en una rosa. Fué a tomar ésta y el insecto le picó en un dedo. Corriendo y llorando fuese adonde estaba su madre, la bella Citerea.

—¡Estoy perdido, madre mía! — le dijo sollozando; — estoy perdido, me muero. Una pequeña serpiente me ha picado; los labradores la llaman abeja.

—¡Ah! — respondió su madre, — si el dardo de una abeja hace tanto mal, piensa, Amor, en lo que deben sufrir aquellos a quienes tú hieres.

Anacreonte.

sería espantosa.

—Es el destino de muchos — murmuró Politi, suspirando.

—Es verdad..., pero, ¿por qué el mundo ha de ser así? ¿Por qué debe haber gente distinada siempre a...?

Se interrumpió al ver que su esposo volvía, librando así del compromiso al amigo Politi, que no hubiera sabido qué contestar a la amarga pregunta de la enferma.

—¿Vamos?

—Vamos.

—Tú estate quiete, te lo recomiendo. ¿Necesitas alguna cosa? No ha de tardar en venir Berta.

—No tardará.

—Entonces hasta luego. Cuando haya terminado volveré.

Los dos hombres salieron, y una vez en la calle, el viejo se agarró del brazo de Politi.

—Rivalizar contigo me da pena.. tú también estás como yo, en la miseria.., pero es por ella, ¿comprendes? por esa probrecita, que tiene tanta necesidad de alimento..., y todo lo he vendido para procurarselo..., ya no tengo nada para empeñar... ayer llevé mis gemelos al montepío y no me dieron más quedos pesos..., ahora ya no tengo nada.

—Ayer — contestó Politi — nosotros también estuvimos sin luz, porque se había terminado el querosene, y no teníamos dinero para comprar ni una vela.

—¡Santo Dios!, y esta mañana, ¿cómo te la arreglaste sin un centavo?

—Me llegaron esos pocos pesos que me remite todos los meses mi hermano, y ahora podré seguir unas semanas miserablemente; después...

Siguieron en silencio, hondamente preocupados, después, el viejo preguntó:

—¿Cómo estás de tu voz?

Politi meneó la cabeza.

—¡Eh! ni yo lo sé..., casi no me la siento — contestó sonriendo, mientras el viejo casi se alegraba de esa contestación, tan poco segura.

Llegaron al Variedades, y estaban ya todos: los otros tres colegas de arte tronados y tan mal trajeados como ellos; el empresario con su largo sobretodo de piel y el eterno habano en la boca, y el maestro Luciani, nervioso, enjuto y también con abrigo de piel.

El empresario parecía dispuesto a despachar pronto el asunto.

—Vamos, muchachos, ¿estamos todos? A la obra, pues. Vamos a casa de Luciani, a dos pasos de aquí.

Se pusieron en camino. El viejo iba con Politi entre aquella gente extraña, como su único conocido. Estaba inquieto, nervioso, e iba tragando, una después de otra, las pastillas de clorato.

—Quisiera que tuvieras tú buen éxito, tú que estás tan necesitado; y quisiera tenerlo yo también, que estoy más necesitado que tú... pero veremos.

En casa del maestro, en el amplio salón algo obscuro y lleno de polvo, Luciani, sin quitarse el abrigo, se sentó al piano; el empresario se arrellanó en un sillón y encendiendo por décima vez el cigarro, dijo:

—Adelante, el primero, listos... Usted, Gutiérrez, que es el más joven.

El aludido obedeció. Se desprendió del grupo, haciendo dos pasos adelante, y empezó la prueba...,

pero a las primeras notas, a pesar del esfuerzo que hacía..., faltóle la voz.

—¡Basta, basta! ¡Otro!

El viejo casi se compadeció de aquel desgraciado como él, que se retiraba humillado, vencido, con la cabeza baja; después pensó en su mujer enferma, en sus apuros y necesidades, e íntimamente se sintió contento.

—Uno de menos — se dijo — una probabilidad más.

El segundo no pudo tampoco empezar el solfeo, a causa de un repentino ataque de tos.

Ensayó el tercero, quien, después de unas pruebas mal espezadas y peor continuadas, fué también excluído, tras de una discusión en voz baja entre el empresario y el maestro.

Quedaron los dos amigos. Se miraron un rato casi sorprendidos de aquel caso singular.

Politi permanecía rígido e impasible, como siempre, y el viejo temblaba.

—Si tuviera yo éxito — pensaba, si yo saliera bien... — y se recordó de haber estado en la iglesia, a rezar.

—¡Si Dios quisiera...! Por mi enferma...

El empresario, entretando, movía la cabeza y mascaba nerviosamente un cigarro.

Antes de empezar, Politi echó una ojeada al viejo amigo, quien, a su vez, le miraba con ojos llenos de ansiedad angustiosa. Después, tomando ánimo, empezó:

—Do..., mi..., sol..., do..., mi..., sol...

La voz era discretamente buena: hasta el mismo Politi había quedado sorprendido. Evidentemente estaba en un buen momento. El empresario y el maestro cruzáronse una miraba de satisfacción.

—Me parece que va bien... ¿qué dice Luciani?

—Me parece lo mismo.

—Bien. Vamos al otro — dijo el empresario. — Usted, Politi, espere un momento — y mirándole fijamente, pareció querer decirle: "A éste, lo vamos a despachar pronto".

El viejo se adelantó con la cabeza baja y tomó el lugar de Politi. Las piernas le temblaban, y temblóle algo la voz, empezando a salir casi forzada, no desagradable, mas sí algo velada, poco robusta y, sobre todo insegura.

—Do..., mi..., sol..., do...

¡Hum!

El empresario movía la cabeza y mascaba su habano. El viejo empezó otra vez, con la vista nublada.

—Do..., mi..., sol..., do...

—¡Hum! — respondió el empresario.— De los dos me parece mejor el primero. Pruebe usted, Politi, otra vez — y con la mano hízole la seña de adelantar.

¡Era la sentencia!

¡Tantas esperanzas! ¡Tantos anhelos... se derrumbaban con una palabra, con un gesto! El viejo tuvo la impresión de que todo estaba terminado, y se retiró algo confundido y deprimido. El corazón se le achicaba en el pecho y estuvo por llorar, mirando a Politi con ojos de envidia y de tristeza. Este acercóse al piano y tuvo que mirar hacia otro lado para no verlo. Esa cara desahuciada, triste le hacía daño, le apenaba... ¡Pobre viejo! ¡Cuanto padecía! Después, como el relámpago, pasó ante sus ojos la visión de aquel pobre aposento frío, destartalado, miserable, con aquel camastro bajo y estrecho, aquella mujer enferma que languidecía, que moría lentamente, conscientemente. ¿No eran más pobres y más desgraciados que él?

El empresario le gritó:

—¡Y, Politi qué hacemos! ¡en lugar de cantar está usted embrujado..., en la luna... ¡Vamos, hombre, vamos!

—¿Yo? ¡Ah! Sí..., estoy pronto.

Politi volvió a la realidad.

—Vamos, pues.

Politi volvió a empezar.

—Do..., mi ..., sol...

El maestro Luciani le interrumpió, golpeando nerviosamente con el pulgar y el índice sobre la octava del sol.

—Pero, ¿qué hace usted, está fuera de tono ahora?

REGLAS PARA LA VIDA

El cielo enriquece con sus lluvias la tierra, y la tierra creado, y el animal más vil es el perro; con todo, convienen los sabios en que es mejor un perro agradecido que un hombre desagradecido. Un perro jamás olvida que le has dado un bocado, aunque luego le apedrees cien veces. Pero si por mucho tiempo hicieres favores a un malvado, por la menor bagatela se volverá contra tí.

Dícese en el Evangelio: "Oh, hijos de Adán, si os diese yo riquezas, más os preocuparíais de ellas que de mí; si os empobreciera, vuestros corazones se llenarían de tristeza; entonces, ¿cómo podréis alabarme y adorarme? Algunas veces en la abundancia sois arrogantes y negligentes; en la pobreza estáis afligidos y maltrechos. Pues que tal es siempre vuestra disposición, tanto en la felicidad como en la miseria, no sé cuándo tendréis oportunidad para adorar a Dios".

El cielo enrriquece con sus lluvias la tierra, y la tierra no le devuelve sino polvo. Un jarro rezuma todo lo que contiene. Si mi modo de ser no te es agradable, no por eso dejes tú tus buenos modales. El Todopoderoso ve el crimen y lo oculta; el vecino no lo ha visto y ya lo está diciendo. ¡Dios nos proteja! Si los hombres supiesen lo que se hace en secreto, nadie se libraría de la ingerencia de los otros.

Sa'Di.

—¿Yo?

—¿Y usted no se apercibe? ¡Sol.. sol...., soool...!

Volvieron a empezar una y dos veces, pero la entonación justa, Politi ya no la halló, y también su voz, en los agudos, se volvía ronca, lo que antes no había pasado. No era ya la misma voz.

El empresario bufaba.

—Probemos nuevamente el otro.

El viejo artista anhelante, sorprendido, casi incrédulo, adelantóse, concentrando en el canto, como un viejo cisne, todas las postreras y desesperadas energías de su vida pasada.

Ensayó dos y tres veces, y con un poco de coraje, un poco de buena suerte y un poco de compasión por parte del maestro que no se detuvo mucho en las notas agudas, terminó por ser aceptado y contratado.

—Usted se hallará aquí a las seis..., con puntualidad; ¿estamos entendidos?

—Entendidos.

Y el viejo, recocijado, miró aturdido de alegría y de sorpresa a su amigo Politi, que permanecía indiferente e impenetrable.

—¿Vamos, Politi?

—Vamos.

Cuando estuvieron solos nuevamente en la calle, el viejo tomó a su amigo del brazo, y apretándolo con un cariño extraordinario, como si quisiera resarcirlo de la derrota sufrida, le decía:

—¡Pobre Politi! Lo lamento... por ti..., pero pensando en mi pobre esposa.

—Por mí, no te preocupes — contestó. — Mejor es que haya sido así.

—¿Me acompañas hasta casa?

—Sí, quiero ver otra vez a tu mujer, quiero verla un poco contenta.

—¡Si estará contenta! Hasta yo lo estoy, por ella ya desconfiaba de mi voz. Y, a propósito, debo confesarte que... ¿no te enojarás si te hago una observación?

—Enojarme, ¿por qué?

—Quiero decírtelo... Sabes que tu voz no está ya tan bien... ¡que es menos armoniosa que la mía!

Politi tuvo una sonrisa enimmática, cuya expresión pasó inadvertida para el viejo.

—Y qué quieres hacerle..., no me encontraba en disposición... y..., además, cuando envejecemos..

Caminaron unos momentos en silencio; Politi, para que su amigo no lo observara mayormente, quiso llevar la conversación a otro tema.

—Si te alejas, ¿quién quedará al lado de tu esposa?

—Haré que se quede Berta, nuestra vecina. Haremos un arreglo, le pagaré para que se quede también durante la noche... ¡Quince días pasarán pronto! Y dime, si yo pidiera al empresario algo anticipadamente, ¿crees tú que me lo daría?

—Lo hará, porque no es malo.

Habían llegado, y el viejo adelantóse a Politi por las escaleras anchas y obscuras. Tenía prisa de llegar allá arriba, de ver a su compañera querida, de comunicarle la nueva y gran noticia, de aliviar su ánimo, de participarle su alegría y sus esperanzas. Entró rápido, sonriente y presuroso, dejando detrás a su amigo, que subía lentamente.

Y cuando Politi, tranquila y reposadamente, hubo llegado a lo alto de la escalera y entró en el destartalado aposento, después de pasar el umbral de la pieza en que se encontraba la enferma, se halló en una horrible confusión: percibió ayes y sollozos sofocados, vió la cara de su amigo trastornada..., al principio, sin comprender..., pero luego dióse cuenta de la burla atroz, de la cruel irrisión que el destino había preparado a su desventurado amigo para contrarrestar la alegría purísima y las generosas esperanzas que traía.

Vió apoyada a la pared a una mujer que sollozaba, y adivinó que sería la vecina que asistía a la enferma.

—¿Qué ha pasado? — le preguntó.

La mujer señaló el camastro, sin hablar. La respuesta la obtuvo del viejo amigo, quien, con una carcajada horripilante, estridente, convulsa profirió algunas palabras roncas:

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ha muerto! ¿Comprendes? ¿Comprendes? Muerta... ahora que...

Y reía, reía, en vez de llorar, como si el golpe hubiese superado cualquier límite del dolor humano. Había caído sobre una silla, tenía el cuello y la cabeza metidos entre los hombros, las manos habiertas extendidas sobre sus rodillas y contemplaba el cadáver con los ojos de un demente. La boca, contraída, dejaba escapar gemidos, ayes incomprensibles, risas sarcásticas.

Politi contempló un instante la cara rígida, color de cera, de la muerta; contempló al amigo inmóvil en la misma postura, con sus ojos relucientes fijos sobre el cadáver, Acercósele, sentóse a un lado con ademán de una devoción muda, pareciéndole que su compañía le serviría de alivio, sin decir una palabra.

Quedó sin movimiento, atontado por el mismo golpe, con la cabeza vacía, sin que de pronto nada se le ocurriera. Después, poco a poco, los pensamientos se atropellaron en su mente. Y entre ellos éste: el amigo no saldría... ni tenía ya objeto, no habría tenido fuerza de cantar... aquel ensayo había sido su último esfuerzo, su último canto... Era necesario entonces que él fuese a ver al empresario, para explicarle lo que había hecho, su sacrificio, inútil ya ahora, para que lo aceptara en reemplazo del pobre viejo amigo.

Sin embargo dióse cuenta de que no debía proceder así por razones de delicadeza, de sentimiento, de cansancio, de poesía, de desaliento... Echarse de golpe sobre la pobre herencia de su viejo amigo, correr a ocupar el puesto que él dejaría vacante, aprovechar la ocasión y dejarlo solo con su dolor... sentía que no estaba bien; no debía, no; no podía. ¿Para qué?... ¿Para qué...? No no iría.



—Te felicito por un novio tan guapo.
—Gracias; pero no te lo puedo ofrecer.

REVELACIÓN

Si tú lo sabes ¡calla!
(Arde en sus ojos la revelación...)
La luz serena bajo la pantalla
¡cómo apacigua aun mi corazón!

¡Oh, sí, lo sabes! Pende
de tu silencio la palabra, oh sí!
No la pronuncies... (Mi dolor la entiende
Soy tan dichoso todavía así!

¡Lo sabes todo, todo!
¿No es verdad que lo sabes, no es verdad?
¡Quiero saberlo todo, todo, todo!
¡Me mata lentamente esta ansiedad!

¿Qué no lo sabes? Dices
que nada sabes ni mi angustia induces?
Y me miras así!
¡Cierra tus ojos como cicatrices!
¡Apagad, apagad todas las luces!
En sus pupilas la verdad leí...

Rafael Alberto Arrieta.

Por qué abriga la ropa

La oficina de investigaciones industriales de los Estados Unidos, en un estudio que ha realizado sobre las diversas telas en su empleo para el vestido, dice, que el espesor de una tela no tiene nada que ver con su mayor o menor cualidad como abrigo.

La tela no hace más que retener el calor del cuerpo, y, por supuesto, no genera calor. Lo que realmente conserva el calor son las barbujas de aire retenidas en minúsculos bolsillitos de las fibras de lana, algodón u otros materiales. Ese aire aprisionado, más bien que las fibras, impide que el calor del cuerpo se difunda. Para retener ese aire la tela no ha de ser de trama demasiado abierta pues, entonces, el aire que circula arrastra al que debe quedar aprisionado en los bolsillitos de las fibras. Esto explica por qué una prenda de vestir muy usada y cuya trama se ha aflojado, abriga menos que cuando era nueva.

EL HACHA PERDIDA

Por Rabelais

Vivía en otro tiempo un pobre y honrado campesino de Gravot, llamado Tomás Buenasuerte, cuyo oficio era cortar madera, afanándose en sacar de su humilde ocupación un mísero sustento. Sucedió pues, que un día perdió su hacha; y ahora decidme: ¿puede darse desgracia mayor que ésta para el pobre Tomás?

¡Ay! Todos sus medios de vida y subsistencia dependían del hacha, con la cual ganaba sus buenas monedas de los vendedores principales de madera o de los mercaderes de leña a quienes servía de comisionista; pero faltarle su hacha equivalía para él a la muerte por hambre, y si la muerte le hubiese encontrado sin ella seis días después, se lo habría llevado en un abrir y cerrar de ojos. Cuando empezaba ya a tocar las dificultades de su triste situación, invocó a Júpiter con elocuentes plegarias (por que habéis de saber que la necesidad es madre de la Elocuencia). Con los ojos en blanco vueltos al cielo, los brazos levantados en alto, los dedos extendidos y desnuda la cabeza, el pobré desgraciado mascullaba sin descanso, como una letanía, a cada repetición de sus ruegos: "Mi hacha, divino Júpiter, mi hacha; sólo quiero mi hacha, ¡Oh, Júpiter! o dinero para comprar otra. ¡Ay, pobre hacha mía!"

Júpiter se hallaba entonces celebrando un gran consejo sobre ciertos asuntos urgentes, y la vieja comadre Cibeles exponía en aquel momento su parecer, o si lo preferís, era el hermoso Febo quien hablaba; pero, en fin, lo cierto es que los gritos y lamentos de Tomás fueron tan penetrantes, que todo el congreso de los dioses, reunidos en la sala de consejo, llegó a oirlos: "¿Quién diablos debe haber ahí abajo—preguntó Júpiter, —que aúlla de ese modo? Por el barro de la laguna Estigia, ¿no hemos tenido y tenemos aún bastante que hacer con arreglar un mundo de tan intrincados e importantes negocios? Despachemos, sin embargo, a ese alborotador; tú, Mercurio, ve a ver quién es y a saber lo que quiere"—Mercurio miró por la abertura del cielo por la que se oía lo que antes queda dicho, y que podía tomarse por la escotilla de un buque, aunque Icaro-Menipo dice que semejaba al brocal de un pozo. La deidad de los pies alados observó entonces que era el honrado Tomás, que pedía su hacha, y así lo participó al Olimpo. "Por cierto—dijo Júpiter,—que estamos divertidos. ¡Cómo si no tuviésemos otra cosa que hacer que buscar las hachas que se pierden! Pero en fin, se la devolveremos, a pesar de todo, porque así está escrito en el libro del Destino, ¿lo ois? como si valiese tanto como el ducado de Milán. La verdad que el hacha es para ese individuo, lo que para un rey su reino. Vaya, no malgastemos más palabras y que recobre el hacha. Baja inmediatamente y echa a los piés de aquel hombre tres hachas; la suya, otra de oro y una tercera de plata maciza, todas del mismo tamaño; dejando que escoja la que le parezca y si elije la suya y se contenta con ella, dale las otras dos. Si toma una de éstas, córtale la cabeza con la suya y de hoy en adelante trata del mismo modo a todos los que pierdan hachas". Diciendo esto, Júpiter hizo una mueca como un pisa verde que se traga una píldora y puso una cara terrible, que todo el Olimpo se estremeció de nuevo. El mensajero celeste, gracias a su sombrero de copa baja y alas estrechas, a su penacho de plumas, a sus talones y a su bastón de viaje con alas de palomo, salió volando por el postigo del cielo, a través de los vacíos espacios del aire y en un dos por tres llegó velozmente a la tierra y arrojó a los piés del amigo Tomás las tres hachas, diciéndole: "Debes estar ronco de tanto gritar; Júpiter ha accedido, al fín, a tus lágrimas y súplicas; mira cuál de estas tres hachas es la tuya y llevátela".

Buenasuerte levantó el hacha de oro, se inclinó a examinarla encontrando que pesaba mucho y volviéndose a Mercurio le dijo: "Cáscaras! Esta no es la mía; no la quiero." Lo mismo hizo con la de plata, exclamando: "Ni esta tampoco; ya podéis cogerlas de nuevo". Por fin, tomó la suya, examinó el extremo del mango y encontró su marca. Entonces, en un rapto de alegría, como un zorro que encuentra algunos polluelos extraviados, y goza ante la perspectiva de que se le ofrece, gritó: "Por los cielos, esta es mi hacha, Señor dios si me la queréis dejar os sacrificaré un buen tazón de leche, lleno hasta los bordes, con fresas en los próximos Idus (esto es el 15) de marzo".

"Buen hombre—repuso Mercurio, —te la dejo; tómala; y ya que has pedido y elegido con moderación, por orden de Júpiter te doy las otras dos; con ellas tienes para enriquecerte; continúa siendo honrado".

El buen Tomás dió a Mercurio todo un carro cargacdo de gracias y adoró, adoró al gran Júpiter. Se ató su antigua hacha en el cinturón de cuero y se la echó a la espalda como Martín de Cambray, colgándose del hombro las dos restantes por ser más pesadas. En esta forma, atravesó apresurado los campos, mostrando buen semblante a todos los vecinos y habitantes de la parroquia, y dirigiéndoles algunas frases amables por el estilo de las de Patelini. Al día siguiente, poniéndose un vestido limpio, volvió a cargar con las dos pesadas hachas y se encaminó a Chinón, la famosa, noble y antigua ciudad, y la primera del mundo, según los más doctos Masoretas. En Chinón convirtió su hacha de plata en hermosos escudos, coronas y otras monedas blancas, y la de oro en buenos ángeles, limpios ducados, libras legítimas y brillantes nobles. Luego compró con ellos un buen número de granjas, heredades, casas, cabañas, chozas, establos, prados, huertos campos viñas, bosques, tierras de labor, pastos, pantanos, molinos, jardines, criaderos, bueyes, vacas, carneros, cabras, cerdos, gorrinos, asnos, caballos, gallinas, gallos, capones, pollos, gansos, ocas, patos, ánades y una muchedumbre de otras cosas necesarias, convirtiéndose en poco tiempo en el hombre más rico de toda la comarca. Sus rústicos convecinos, los labradores y los demás palurdos quedaron tan asombrados de su buena fortuna, que la primitiva lástima que sentían por el pobre Tomás se cambió pronto en envidia de su rápida e inesperada elevación, y como no podían adivinar lo ocurrido, no se ocupaban más que en atisbar por todos lados y juntarse para averiguar, buscar e informarse por qué medios, en qué lugar y en que día, a qué hora, por qué, como y con que motivo, había alcanzado Tomás sus tesoros.

Por fin, oyendo decir que fué, perdiendo su hacha, pensaron: "¿Es decir que para enriquecernos no hemos de hacer más que perder un hacha?..." Y con esta idea, desaparecieron las hachas de todos ellos. El diablo había de ser quien conservase su hacha, porque no quedó hijo de madre que no perdiese la suya. Ya no se cortó ni limpió más el bosque de aquel país, por falta de hachas. La fábula de Esopo aun añade que ciertos nobles rurales de la clase más inferior, que vendieron a Buenasuerte su molino y su reducido campo para poder presentarse en la próxima asamblea, habiendo sabido que la adquisición del tesoro se debía tan sólo a aquel hecho, se desprendieron de sus espadas, único símbolo de su nobleza, a fin de comprar hachas y perderlas luego, como lo hicieron los labriegos, con esperanzas de ganar un capital con tal pérdida.

Se pusieron, pues, a gritar y rugir, con preces y aullidos, lamentándose e invocando a Júpiter: "¡Mi hacha! ¡mi hacha! Júpiter, —¡mi hacha!" se oía por un lado. "¡Mi hacha!" clamaban por otro. El aire resonaba una y otra vez por aquellos contornos, con los gritos y alaridos de aquellos pícaros perdedores de hachas.

Mercurio se ocupaba activamente en llevar hachas para todos, ofreciendo a cada uno la que perdiera, y además una de oro y otra de plata.

A donde quiera que acudía, optaban por la de oro, dando gracias sin fin, a Júpiter, el generoso donante; pero en el mismo instante en que bajaban a levantarla de la tierra, Mercurio les hacía saltar la cabeza, como Júpiter ordenara, resultando el número de cabezas cortadas exactamente igual al de hachas perdidas.

Ya véis lo que sucedió, y como les va a los que, en la sencillez de su corazón, abrigan sólo deseos y aspiraciones moderadas. Sírvaos esto de advertencia en todos vuestros anhelos y afanes, cuando desdeñáis todo lo que baje de diez mil libras; y en adelante no os dejéis llevar hasta el punto de exclamar, como a veces he oído: "Ojalá tuviera ciento sesenta y ocho millones en oro; ¡Oh! ¡qué buena vida me daría con ellos!" ¡Vaya con vuestra moderación! ¿qué más pudiera desear un rey, un emperador o un papa? Ya véis por el ejemplo que tal modo, después de abrigar tan lisonjeras, esperanzas, todo el bien que os venga será raquítico y mezquino, y no os bastará llevar una cruz en los calzones para espantar al diablo que os tentó a tales deseos; como les sucedía a aquellos mendigos, uno de los cuales deseaba únicamente tener en buen oro antiguo tanto como se hubiese gastado, comprado y vendido en París, desde su fundación hasta sus días, todo él avaluado al precio y estimación del año en que fué más caro durante el mismo espacio de tiempo. ¿Tendríais por tímido a este individuo?, ¿se andaba acaso por las ramas?, tenía los dientes poco aguzados?, el otro quería que la Iglesia de Nuestra Señora estuviese llena hasta el borde de agujas de acero, desde el suelo a lo más alto del techo y tener tantos ducados como lograsen amontonarse en los sacos que pudiesen coserse con dichas agujas, hasta que todos se rompiesen por la boca o por algún extremo. ¡Esto es tomarse un buen desquite!, ¿no os parece? ¿Qué ganarían en nuestra opinión tales individuos? Que por la noche mis dos caballeros tendrían los pies agrietados, un sarpullido en la barba, una tos de cementerio en los pulmones, un catarro en la garganta, un enorme divieso en la nalga y los dos pordioseros habrían de limpiar sus muelas con algún mendrugo de pan moreno. Aspirad, por lo tanto, a la medianía y conseguiréis alcanzarla y tal vez más; es decir, procurad trabajar varonilmente y hacer al propio tiempo cuanto más que podáis.

NUBES GRISES

Redondas nubes grises
nubes cargadas de granizo y frío,
nubes de otros países
que amenazáis el verde campo mío...

Pasad de largo, nubes cenicientas,
lino y avena están por apuntar,
pasad de largo y reventad violentas
sobre el movible campo de la mar.

B. Fernández Moreno.

BAJO LA LENTE

Por Eugenio Labarca

De esta interesante novela recientemente aparecida, original del prestigioso escritor chileno Eugenio Labarca, entresacamos el capítulo que transcribimos a continuación

En el Concierto a beneficio de la Protectora de la Infancia divisé a Judith en un palco, en el Municipal. De negro, valientemente escotada, salpicados de perlas la espalda y los senos; peinada con altanería que puntualizaban algunos *aigrettes*, rozaba con ellos casualmente, por cierto, pero de continuo, a los señores que llegaban hasta ella a estrecharle la mano. Se veía provocativa e insolente. La observé durante largos ratos, me distraje en absoluto de cuanto ocurría en escena y, por fin, casi contra mi voluntad e interiormente satisfecho, sin embargo, de haber vencido en mí al temeroso o al rebelde, com a hurtadillas de mí mismo, fuí yo también a saludarla.

—¡Uy! ¡Qué agrado tan grande me proporciona usted!... ¿Y Andrea? ¿En Viña siempre?... ¡Qué lástima!... Siéntese aquí, a mi lado... Luchita,—dijo en seguida dirigiéndose a la joven señora que ocupaba la delantera del palco,—voy a presentarle a mi nuevo amigo, a aquel de que te hablé y que conocí donde Andrea del Campo... Cuidado con él, que es medio ladronzuelo...

—¿Yo?

—Sí, usted, señor disimulado. Recuerde aquel libro de "science" que olvidé o que usted me sustrajo,—no lo puedo saber precisamente—y que usted no ha pensado en restituirme... Niéguelo, si puede.

Y me clavaba los ojos de azabache.

—No, no lo niego. Lo olvidó usted y si en realidad no me he apresurado a devolvérselo, ha sido con el deseo de aprovechar siquiera en parte algunas de sus enseñanzas. ¿No me excusaría usted, señora?—interrogué a la amiga de Judith.

—No sé, tendrían que imponerme de qué se trata. Pero comprendo que siendo usted tan joven como es, procure estudiar cuánto esté a su alcance. Aunque quien sabe si a Judith era más útil que a usted el tal librito...

—¡No seas bárbara!

—Yo qué sé... Digo solamente.

—A Gabriel le hará falta quizás. Imagínate, hija, que es "la ecience du baiser".

—¡Y por libro!—exclamó Luchita. ¡Qué horror!

—Así es, moduló Judith medio corrida.

—Y qué triste será para algunos quedarse con el aprendizaje y no aprovecharlo jamás,—continuó Luchita, al parecer intencionadamente.

—Si por mí lo dices, te equivocas, saltó Judith, aceptando la provocación.

Luchita levó anclas y se contentó con sonreír llena de malicia.

Entraron al palco el marido de Luchita y otro señor. Reiteradas veces hicieron ¡chit! ¡chit!, imponiendo silencio. Querían escuchar los números musicales que se sucedían a cargo de "distinguidos aficionados". Pero nada logró despertar nuestra atención ni acallar nuestro charloteo. Contagiado yo de la mala educación de mis amigas, sólo tenía oídos y ojos para ellas, y no acerté a comprender durante la noche para qué se frecuentaban estas dos señoras que, a primera vista, podía asegurarse que se malquerían. ¡Tan complicadas siempre las mujeres!

Terminado el concierto y ya todos en el *foyer*, despidiéndonos, Luchita propuso llevar a Judith hasta su casa.

—No, de ningún modo... Debe haber venido el coche a buscarme y llevo conmigo a Gabriel.

En el desfile de carruajes tocó, en efecto, el turno a su automóvil y, amabilísima, me hizo subir tras ella.

—¡Qué deseos de verlo tenía!—exclamó abandonándose en mi hombro. No sabe usted cómo lo recuerdo, cuánto me agradaría su amistad. Me hacen falta las delicadezas de un afecto de esos que no perturban... Un amigo como usted. Envidio a Andrea. Yo quisiera también algo así, alguien que se me imaginara un hijo al cual querer con toda el alma y del cual recibir pequeñas atenciones, Gabriel.



—Hasta mañana, Jorge. Espérame a las 17 aquí mismo.

—Y tú ¿a qué hora vendrás?

Un vaivén del carruaje la estrechó violentamente contra mí, y sentí el contacto de su cuerpo perfumado, semi-desnudo y ceñido por gasas y sedas opresoras.

Ella continuaba hablando:

—Piense en mi abandono, en mi soledad... No tener siquiera un hijo. ¡Cómo le hubiera adorado! Un hijo parecido a usted, Gabriel, con su inteligencia, con ojos tan azules como los suyos, con manos de artista...

Y creí que Judith procuraba estrecharme las manos. Quise, entonces, oprimir las suyas, que trataron de huir, y comencé inmediatamente a buscarlas fébril, nervioso, vueltos látigos los dedos, hasta lastimarme las sortijas de Judith.

—Quietecito!—me decía imperiosa. No es ese el contrato.

Pero yo ya no entendía o creía entender mejor. Y esa lucha entablada conmigo mismo desde hacía tiempo, procurando vencer mis deseos que—imaginé como en un relámpago,—ella despertaba a fin de darse el placer maligno de ponerlos luego a raya, cesó violentamente para dejar en expansión incontenible mi pasión, sí, mi pasión rabiosa por esta mujer pícara y coqueta que se había propuesto trastornar mi vida. Y quise morderla y besarla.

Sonó el timbre y el coche se detuvo.

—Katawa, dijo sencillamente por la bocina al chófer japonés, el señor tiene que hacer y le dejamos aquí...

Y casi sin darme cuenta cabal de ello, sentí que, suavemente, sonriendo otra vez, me empujaba Judith hacia la portezuela, oponiendo su brazo desnudo al mío rebelde.

Fuera ya del coche, la estreché la mano apasionadamente y me permitió rozarle los dedos con mis labios encendidos. Lanzó, sin embargo, una carcajada burlesca y, puesto el auto en movimiento:

—¡Qué niño es usted!—alcanzó a gritarme en son de escusa.

Largo rato permanecí en el mismo sitio, sin comprender cómo había sucedido aquello, ni porqué había faltado al respeto a Judith, ni por qué no me había contenido... Pero ¿tenía únicamente yo la culpa?... Sin duda alguna. Aunque quizá... No. No era Judith como se decía. Equivocaba su aspecto y ella se complacía en despistar. Y aún cuando fuera ella lo que fuera, no había de ser yo, muchacho desconocido de provincia, el que... Y me sentí triste, enormemente triste, amargado por haber perdido tal vez la amistad de esa mujer hermosa, amable y... buena Indudablemente buena.

* * *

La noche íntegra he continuado renegando de mí mismo, sumida la cabeza bajo la almohada, persiguiendo la imagen tontamente ofendida. Y he amanecido rabioso, como cuando era chico y no se me había complacido en algo. Mortificante Judith de puro razonable en su burla: "¡Qué niño es usted!"

* * *

Ha regresado de Andrea de Viña del Mar. Me ha enviado recado advirtiéndomelo para que acuda a ver

LA ALEGRIA INTERIOR

Mañanita de Mayo, mañanitas
en que el sol aparece entre una niebla
ligeramente azul y en que se puebla
el aire de quietudes infinitas.

Mañanitas de fresco y de rocío,
de andar al sol, de caminar ligero,
de salir por la calle — verdadero
bohemio — bajo el hálito del frío.

De meditar la obra que se piensa
escribir una vez con una intensa
consagración al arte que transforma

y de alabar a Dios que nos ha dado
junto con las torturas del pecado
el secreto divino de la Forma.

Luis María Jordán.

la, y acompañando los volúmenes de Jean-Christophe, que me obsequia anotados. Totalmente subrayado viene aquel capítulo que comienza: "J'ai un ami... Douceur d'avoir trouvé une ame, oú se blottir au milien de la tourmente, un abri tendre et sur oú l'on respire enfin, attendant que s'apaisent les battements d'un cœur haletant! N'étre plus seul, ne devoir plus rester armé toujours, les yeux toujours ouverts et brúleés par les veilles, jusqu'a'ce que la fatigue vous libre á l'enemi! avoir le cher compagnon, entre les mains duquel on a remis tout son étre,—qui a remis tout son étre en vos mains. Goúter, veiller tandis qu'il dort. Connaitre la joie de protéger celui qu' on aime et qui se confie a vous comme un petit enfant. Connaitre la joie plus grande de s'abandonner a lui, de sentir qu'il tient tout vous secrets, qu'il dispose de vous. Vieilli, usé, lassé de porter depuis tant d'années la vie, renaítre, jeune et frais dans le corps de l'ami, voir avec ses yeux le monde renouvelé, éteindre avec ses sens les belles choses passagéres, jouir avec son cœur de la eplendeur de vivre..."

* * *

Día amargo. He fingido enfermedad para no estar obligado a confiar a Andrea "l'affaire Judith", como diría María de la Oz. ¡Y deseo tanto verla! Leo y releo la página de Jean-Christophe y me digo: ¿Por qué no contarle, no contárselo todo?

* * *

Ya lo sabe. ¡Qué alegre y liviano me siento! ¿Las incidencias del día?... Difícil ponerlas en orden. Sólo sé que se va dejándome en calma, si bien se lleva en cambio mi ilusión respecto de Judith; pero ¡qué importa! Telefoné a Andrea por la mañana y acordamos reunirnos en el Cerro a la que ella llama "hora estética". A las seis, aproximadamente, la ví, en efecto, ascender las escalinatas, rápida, nerviosa, deseosa de ganar tiempo. A tres metros de distancia, alargábame las manos. Cohibido, íntimamente arrepentido de mi actitud reservada, respondí débilmente a sus preguntas sobre mi salud, sobre mi familia, sobre mi ánimo... Notó Andrea el malestar que me aplanaba y, oprimiéndome un brazo en actitud imperativa:

—¿Qué tienes?—me interrogó. Tú no eres el mismo. Me ocultas algo.

Guardé silencio, obstinado.

—Dí. ¿qué tienes?

—Caminemos un poco. Ya le explicaré. Es largo de contar.

Lentos, abstraídos en nosotros mismos, casi indiferentes al espectáculo maravilloso que ofrecen a esa hora la luna y el sol en lucha, bordeamos el Santa Lucía, volteando de vez en cuando la vista para sumergirla en la ciudad, sobre cuyos campanarios y cúpulas parecía cernirse cierta dulzura misteriosa que, poco a poco, fué poseyendo a la población hasta lograr desvanecerla... Poseídos también nosotros de un encantamiento vago, en que velaba, sin embargo, algo de desazón de sentirnos distanciados, callábamos porfiadamente, resistiendo el violento impulso que nos arrastraba hacia las confidencias... Trascendía al físico la inquietud del alma. Levanté la cara para respirar mejor y aminorar la opresión que iba invadiéndome hasta la garganta, y ví bruñidos de lágrimas los ojos magníficos de Andrea.

Presto a hablar, a estallar mejor, advertí inmediata a nosotros a una pareja que parecía deseaba no ser vista. Pasamos junto a ellos, rozándolos casi, y percibí una vez que creí reconocer.

—¿Volvamos?—insinué a Andrea.

Y al pasar nuevamente junto a ellos, encendí con intención mi cigarrillo, iluminando a los compañeros de cita.

—Buenas tardes, señora,—pronuncié recalcando las palabras.

Acababa de reconocer a Judith, acompañada del marido de Luchita.

Andrea simuló no darse cuenta. Apuró un tanto el paso y, entre adulona y reprensiva:

—¡Qué imprudente eres!—me reconvino.

Sentados en un mirador, los rostros enfrentados al abismo, indiferentes a cuanto pudiera estar sucediendo a nuestras espaldas, relaté con calma a Andrea y punto por punto, las incidencias relacionadas con Judith.

—Te previne,—fué su única frase

Yo continué hablando sin ocultarle las conversaciones cambiadas en la calle, en casa de ella, en el teatro; ni tampoco la escena del automóvil, ni mis dudas, ni mi arrepentimiento..

—Y por lo mismo que me previno usted, no me atrevía a contárselo. Gracias a Dios, esta escena de biógrafo por que acabamos de pasar, lo simplifica todo. Y ya no me preocuparía absolutamente el asunto, si no me sintiera dolorido, humillado en mi candidez, nada más que en mi candidez...

—Lo malo ha estado en que no hayas acudido antes a mí... Por lo demás, es la primera lección que te llevas en asuntos de esta naturaleza. Y casi estoy satisfecha del sesgo tomado por las cosas: desconfiando de Judith, conociéndola tal cual es, irás desestimándola poco a poco...

Descendimos del Santa Lucía, alegres, bulliciosos, olvidados del malestar anterior, aliviados con las expansiones mutuas, aligerados espiritualmente del todo, y seguros de que nuevamente "nos habíamos encontrado".

Los peligros del "balloon jumping"

Algunos periódicos londinenses piden que sea prohibido por el Gobierno el nuevo deporte que se denomina "balloon jumping".

Consiste en un globo pequeño, henchido de hidrógeno, del que pende una cuerda. El deportista se ata esa cuerda a la cintura, y dando un fuerte talonazo en el suelo, consigue que el globo se eleve con la persona, la cual de este modo, y como si diera un gigantesco salto, recorre por los aires algunos kilómetros, y luego cae suavemente sin hacerse daño.

Con otro talonazo vuelve a elevarse, y así logra efectuar con sorpresas y bruscas impresiones de diversos géneros, viajes ultrarrápidos.

Con el globo atado a la cintura se pasan fácilmente ríos, se evitan bosques, y hasta se vuela de una a otra vertiente de una montaña.

Algunas personas venían practicando ese deporte y hasta ahora no había ocurrido desgracia alguna.

Pero lo ocurrido en el aeródromo de Hendon ha sido tan trágico, que probablemente el Gobierno prohibirá el "balloon jumping".

El piloto se ató la cuerda que pendía de un globo de hidrógeno del modelo en uso en estos vuelos a la cintura, dió un talonazo de rigor y se elevó en los aires, en medio de los aplausos de la muchedumbre.

Pero en aquel momento se levantó un viento muy fuerte, que empujó al globo y al piloto en una dirección contraria a la calculada.

Y en medio de los gritos de terror del gentío, el piloto chocó con el cable de un ferrocarril eléctrico, que daba paso a una corriente de 11.000 voltios, y el infeliz murió electrocutado en el acto. Durante algún tiempo, el globo continuó siendo juguete del huracán y llevando pendiente de la cuerda el cadáver.

La Sulamita [1]

Venid. Seguidme a traves del tiempo y del espacio, hasta la Jerusalén salomónica. Se encoje el alma ante la magnificencia de la época y ante la fastuosidad del lugar... Entremos al patio del primer palacio de Salomón. Mirad: aquella que, paso a paso, con una cadencia voluptuosa y lenta, se llega hasta la pila con su cántaro, es la Sulamita. Ya escucharéis su voz: es dulce y acariciadora... dulce como el mirar de sus grandes ojos negros y acariciadora como los pétalos del lirio que crece en la pradera, allá cerca del bosque inmenso de los cedro... Oid!... La sulamita dicé:

"He aquí que mi corazón estuvo vacío como este cántaro. Pero hubo una mano que lo hundió en la fuente del amor y lo colmó de agua clara".

La Sulamita ama!... Y es su amado, Abinadab, quien se acerca ahora a ella y, poniéndole una mano sobre el hombro, le murmura:

"He aquí que tu corazón estuvo vacío como ese cántaro. Mas fué mi mano la que lo hundió en la fuente del Amor y lo colmó de agua clara!"

La hermosa hebrea, la de la cara morena, la del bruno cabello y los finos labios carmesíes, ha puesto su amor en Abinadab: y Abinadab no viste la túnica corta, ni lleva la espada ceñida a la cintura y cayéndole sobre el muslo, a usanza de los buenos soldados de Banaias; ni ostenta insignias de mando; ni caen de sus hombros las telas finísimas que traen de tierras extrañas, los poderosos que mandan bajeles en procura de nuevas riquezas; Abinadab cubre su cuerpo de gallardo zagal, con el traje de pastor, porque he aquí que Abinadab fué pastor de Galaad y ahora lo sigue en Jerusalén.

Tierno y delicioso idilio es este de los humildes!...

Pero yo os diré... — y os lo diré en voz baja, porque los muros de este palacio en que habita el Rey — poeta, tienen oidos... Os diré que el mismo Salomón ha puesto sus ojos en la Sulamita y envidia la suerte del mísero pastor de Galaad.

Escuchad al hijo de David. Habla con Abarin y dice:

—Jehová me dió Gloria. Pero la gloria sola es polvo y soledad. La gloria torna a los hombres como islas, como islas de riscos que temen, después los navegantes. Sólo el Amor es capaz de acercarnos a las otras almas. El Amor es la única dulzura. Eso me falta, Abarin!...

Y más adelante, el poderoso Rey de Jerusalén, llora su impotencia: todo es para él, dolor y soledad, en no teniendo el amor de la Sulamita: *Dolor y soledad le son apenas las mujeres de su haren. Dolor y soledad el beso comprado, la caricia mercenaria, el abrazo de la esclava. Dolor y soledad la miseria de sus eununcos. Dolor y soledad el oro de sus palacios, las riquezas de sus templos, las calles de su ciudad y los muros de su alcoba. Dolor y soledad la vida entera sobre la piel, entre la carne, bajo los huesos y en el corazón. Dolor y soledad la vida entera... y cuando mira del lado de la muerte, también la muerte dolor y soledad!...*

Sabio era Salomón y, por serlo, no ignoraba que el amor de la Sulamita no podría conquistarlo desde su trono y vistiendo púrpura. Por eso le veis ahora con traje de pastor, al igual que Abinadab. Ya antes ha hablado con la bella hebrea haciéndose pasar por pastor.... tor de Galaad, se vuelve y deja oir estas palabras de tragedia:

—¡Yo no soy Abinadab!... Ni soy pastor... ¡Ni tú me amas!... Yo no soy más que un rey de Jerusalén!...

Por eso al volver a la fuente, la Sulamita, viéndolo de espaldas, lo confunde con su propio Abinadab y quitándose la corona de jacintos que ceñía su frente, dice:

—¡"Abinadab! Yo te amo. Esta corona es para ti..."

Y entonces Salomón, viendo que más grande que su grandeza es el amor de Sulamita por el pastor de Galaad...

He aquí que la brillante grandeza del hijo de David ha pasado entre los amantes como una sombra de palmeras... como un olor a nardos... Y mientras el mísero pastor corre por florida senda sintiéndose dueño del mundo porque va con su amada, he aquí que la pena ensombrece el alma de aquel que no es más que un pobre rey de Jerusalén!...

(1) En la admirable versión de Arturo Capdevila.

De Oscar R. Beltrán

"El amor en las comedias"

(Fragmentos)

REGRESO

Es un puro recuerdo con aromas de jaras...
Es un día de sol y grata compañía,
de reposo, de olvido, de salud. Es un día
blanco, de sensaciones campesinas y claras
En él tus pobres fuerzas confortas y reparas,
espíritu, y un punto, solitario, sin guía,
te duermes en el reposorio de alegría
que has podido alcanzar de las horas avaras...
Los pies blancos del polvo de la carretera
te alejan del bendito lugar; la luz postrera
roja, dorada, lívida, muriente, se extenúa.
Se inflaman las estrellas; canta el árbol frondoso...
¡Oh la conversación jovial y el amistoso
regreso al mundo, mientras la mente continúa
saboreando un tenue recuerpo voluptuoso!

Enrique Díez Canedo.

VEN, SOBRE EL SUELO POLVORIENTO

Deja de cantar esos tus salmos y deja de pasar las cuentas de tu rosario. ¿A quién adoras tú, en este rincón obscuro y solitario del templo, con las puertas cerradas? Abre tus ojos y ve que tu Dios no está delante de ti.

El está allá; donde el labrador rompe la dura tierra; allá, donde el obrero destroza los peñascos abriendo nuevas rutas. Y él está con ellos, bajo el sol o la lluvia, y sus vestiduras están cubiertas de polvo.

Arroja tu mantilla sagrada y así como tu dueño, ven acá sobre el suelo polvoriento.

¿Hablas de salvación?, ¿hablas de renunciamiento?, ¿de libertad? Dónde hallarlos si nuestro propio Dueño se ha echado sobre sí las cadenas pesadas de la Creación y está ligado a nosotros eternamente.

Olvida tus meditaciones y abandona tus flores y tu incienso; ¿qué importa que tus vestiduras se rasguen y manchen? Unete a El y comparte con El el trabajo y que el sudor también *bañe tu frente.*

Rabindranath Tagore.

Gyrano de Bergerac

Si España fué cuna de un Cid y de un Alfonso el Sabio y de un Cervantes, Francia tuvo un Carlomagno y un Moliere y un Napoleón. Si aquí oímos el canto guerrero de los tercios de Flandes, de allá responde, como un eco, el pífano de los cadetes de Gascuña!... Si aquende el Pirineo hemos visto al capitán don Diego de Carvajal, allende las montañas, se recorta, sobre el limpio cielo francés, la arrogante figura de Cyrano de Bergerac. Contemplad su magnífica arrogancia: no viste jubón de búfalo, ni calza guantes, ni lleva espuelas de oro, ni usa chapeo de finas plumas. Es soldado y poeta. ¡Es un bohemio!... Y él se enorgullece de la pobreza de su traje:

Es más noble mi elegancia.
Si visto con negligencia
y cual dama no me aliño,
es más blanca que el armiño
y más limpia mi conciencia!

Desprecio las vanidades
y el valor que estriba en telas
y hago sonar, como espuelas
a mi paso, las verdades!...

Espadachín pendenciero. Atrevido amante. Valiente soldado. Lírico poeta. Fanfarrón gracioso. Bohemio impenitente. Satírico iconoclasta. Feo de cara y de alma bella... Tal fué aquel cadete de la Gascuña, que a Carbón tuvo por capitán!...

Así compuso él su propio epitafio:

Filósofo y rimador
y espadachín y gramático
y físico y matemático
y músico e inventor.
Poco sufrido, de amor
sufrió la flecha enconada.
Por su nariz y su espada,
terror de necios, reposa
Cyrano bajo esta losa:
¡Lo fué todo y no fué nada!...

Y un hombre así, que como buen borgoñés llevaba el corazón a flor de piel, no pudo dejar de amar. Cyrano amó a Roxana. Y la amó tan hondamente, que, sabiéndola enamorada de Cristián, acalló el grito de sus ansias y se prestó a amparar a su rival, convirtiéndose en el Lázaro de aquel festín de amor!...

Me diréis que Francia tiene en Cyrano de Bergerac un héroe que, como don Diego, es galante y pendenciero y bravo y loco... Pero yo os digo en verdad que Cyrano es un galán español que traspuso de un salto el Pirineo y se hizo francés para adorar a Roxana!...

Realízase así una vez más el eterno milagro del amor...

¡Amor!... ¡Eterno amor!... ¡Alma del mundo!...
Los impalpables átomos combinas
con tu soplo magnético y profundo!...
¡Tú creas, tú transformas, tú iluminas!...
¡Amor!... ¡Eterno amor!... ¡Alma del mundo!...

Bécquer.

JUANCHO

Por Marta Brunet

Habían colocado el ataúd sobre una mesa cubierta con un paño negro y a su vez cubrían el ataúd brazadas de grandes crisantemos desgreñados. Seis velas parpadeaban humeantes, chorreando de cerote los candelabros de plata. Apenas si a su luz lívida se perfilaban el hombre y la anciana que, junto al catafalco, parecían extáticos en sus dolorosas sensaciones.

Al niño, acurrucado en su escóndite, una sola idea lo torturaba: ¿por qué habían acostado a su madre dormida en aquella caja negra y por qué a pesar de las protestas enloquecidas de su padre unos hombres la habían tapado, dejándola encerrada, cuando de un momento a otro podría despertar?

Con una nitidez que lo hacía respirar jadeante recordaba el niño su propia agonía, cuando, el año anterior, se quedara sorpresivamente encerrado en el gran arcón del vestíbulo. Recordaba su aturdimiento al sentir que caía la tapa cerrando de golpe la chapa mecánica, sus vanos esfuerzos por levantarla, su miedo a lo negro que se le entraba por los ojos muy abiertos, sus gritos que le llenaban los oídos de un rumor de océano, su ahogo de sentir la atmósfera densa e irrespirable, la atonía que empezó por cosquillerle en las extremidades para luego dormírselas la sensación de diluirse en algo que parecía aceite, en algo húmedo, espeso y pegajoso. Después... ¿Después? Nada. El despertar en los brazos de su madre, con un atroz dolor en los huesos, lleno el espíritu de mil fantasmagorías que hicieron por mucho tiempo pavorosos sus sueños.

¿E iba ahora su madre a sufrir semejante martirio? ¿Por qué su padre dejó que los hombres cerraran la caja? ¿Por qué abuelita repetía abstinada: "Hay que resignarse?" ¿Qué era aquello: resignarse? ¿Por qué contestaba su padre entre sollozo y sollozo: — "Sí". "Sí" ¿Entonces, a pesar de sus protestas, quería él que la madrecita entuviera encerrada?

Con la cara sumida entre las manos, de rodillas junto al ataúd, trataba de coordinar el hombre sus ideas: mas huían éstas como engañosos fuegos fátuos, dejándole solo el dolor que lo desgarraba.

La anciana, caídas las manos en el regazo, repasaba entre sus dedos exangües las cuentas benditas de un rosario. Su dolor era manso: habíales enseñado la vida a recibir con humildad al purificador de las almas.

—Hijo — murmuró alzándose tras de besar la cruz. — Hijo ¿por qué no te acuestas un rato?

La cara del hombre se mostró desnuda y desolada, envejecida por surcos profundos que abrillantaban las lágrimas.

—Ven— insistió la anciana. — Te acuestas un rato y luego puedes volver.

—No quiero — balbuceó hosco.

—Sí, mi hijo querido. Ve a descansar, un poco que sea.

—No quiero....

—No seas porfiado, mi pobrecito.. Necesitas de todas tus fuerzas para mañana. Yo velaré con la Tato. Ya, ven... ¿No ves que te estás matando? Hazlo por tu hijo.

El hombre se puso de pie tambaleándose y ambos, apoyado uno en otro, abandonaron la sala.

Entonces el niño separó las cortinas que lo acultaban. No le parecía razonable aquella insistencia de la abuela porque su padre se acostara, cuando la madrecita podía despertar de pronto y entonces ¿quién iba a destapar la caja? ¿Iría ella a despertar mañana? Y la dejaban sola... ¿Sola? No, sola no, puesto que él, Juancho, estaba allí. Pero si ella la llamaba ¿qué haría?

El niño quedóse largo rato meditativo, con los puños apretados y todos los músculos de su cuerpecillo en tensión por el esfuerzo mental. Revivía con una precisión que llegaba a hacerle daño, los últimos tiempos pasados en la quinta.



—Pero Luisita; ¿cuándo me vas a prestar oído?
—¿Con estos pendientes?...

La madrecita, siempre enferma, siempre tosiendo, un día en pie, otro en cama; el padre preocupado; la abuela silenciosa y triste... A él, desde que la mamá se enfermara sólo dos veces al día lo dejaban visitarla: una en la mañana, otra en la noche antes de acostarse. El paréntesis abierto entre esas dos visitas transcurría para él en la casa de los quinteros, en el fondo de la arboleda. Después se le dejó ver la una sola vez, luego día por medio y últimamente pasaba días y días sin lograr ver satisfecha su ansia de estar con ella. Abuelita, a sus tímidas preguntas, contestaba que la madrecita estaba muy cansada para recibir visitas, él sentía una pena muy honda, los sollozos hurgaban en su garganta e inclinando la cabeza, iba silenciosamente a esconderse en algún rincón, dando allí libertad a su angustia.

Por fin, una mañana se le dejó verla. La madrecita logró con grande esfuerzo levantar una mano traslucida y acariciar la frente del niño. Tomó éste la mano con dulzura e inclinando la cara emocionada, empezó a besársela.

—La vas a cansar — advirtió la abuela. — Vámonos.

—No, mamá no se cansa conmigo. ¿Verdad, mamá?

—No, mi hijito querido. Quédate...

Y como ella cerrara los grandes ojos claros, la abuela insistió:

—Ya la has fatigado bastante. ¿Ves? Quiere dormir.

—Que duerma, pues, yo le haré arrorró.

Entonces, muy bajito, empezó a canturrear la canción de cuna con que ella misma lo durmiera de pequeño:

Un grito desgarrador cortó el canto. La madre se alzó sobre los almohadones extendiendo los brazos al niño y ambos, un largo rato, sollozaron besándose y murmurando palabras incoherentes.

—¡Mamá! ¡Mamita querida! ¡Mi mamá!...

—¡Hijo mío! ¡Mi Juancho! ¡Al fin... como antes! Déjame besarte... ¡Mi hijo, mío, mío!

Se interrumpió ahogada por la tos y algo rojo y tibio alcanzó a humedecer las manos de Juancho que trataba de sostenerla. La abuela se interpuso rudamente, entregando al niño medio loco a la vieja Tato.

—¿Qué tiene? ¿Qué le pasó?

—Nada — contestó la sirvienta al par que lavaba con alcohol las manecitas ensangrentadas — Es que se cansa tosiendo Tome, chupe esta pastilla. A ver, déjeme cambiarle la ropa.

La tarde de ese día se llevaron a la casa del quintero sus muebles, sus juguetes y sus libros. Comía allí en una mesita puesta en el corredor. A sus preguntas, en sus cortas visitas, abuelita contestaba que la mamá seguía enferma, siempre con tos y deseos de dormir y que para no molestarla se le tenía allí, con la Rosalía y Pedro que tanto la querían.

—¿Y el papá?

—Está bien, hijito. No viene a verte porque tiene mucho que hacer.

—Abuelita: déjeme ver a mamá. ¿Quiere? Le prometo que la miraré no más. ¡Pobre mamaíta ¿No pregunta por mí?

—Sí, hijito. Te encarga que seas muy obediente y muy bueno y te manda muchos besitos.

—¿Por qué no me los das, abuelita? Antes todos me besaban... Hace tanto tiempo que no me besa nadie...

—¡Mi pobre hijito!

—Abuelita ¿es que ya no me quieren?

—No, hijito, no es eso. No te atormentes así, no pienses más en eso. Todos te queremos mucho y porque es tan grande nuestro cariño te tenemos aquí.

—No entiendo.

—Ya comprenderás algún día mi pobrecito. Hasta luego. Pórtate bien.

Y la abuelita se iba — menuda y diligente — dejándole más triste y preocupado.

—Esa mañana, al vestirlo de negro, la Rosalía, tuvo para él una ternura envolvente que lo hizo salir de su reserva de niño tímido y pensador.

—¿Cómo estará mamita?

—Durmiendo, mi hijito querido. Al fin la Mamaíta Virgen le dió descanso a la pobrecita.

Viendo a los quinteros ocupados en recolectar flores se arriesgó por las avenidas, hasta enfrentar la ventana abierta del salón que iluminaba su ojos. Y entonces vió el horror: su madre dormida en la ca-

ANECDOTA

Cuando Caillaux fué a Roma se le acusó por los radicales socialistas de haber besado la mula del Papa. Caillaux protestaba un día delante de Clemenceau:

—¡Es una infamia! Yo tengo las mismas ideas en París que en Roma. ¡Yo soy un caballero!

—Seguramente — le contestó "el Tigre".—Por eso, si usted hubiera besado la mula se habría casado con ella.

ja; los hombres que la encerraban, su padre protestando enloquecido; la abuela dominándolo todo con su hablar reposado y su gesto de paz.

Cerrada la caja, partieron los hombres. El padre parecía idiotizado por el dolor. La abuela rezaba. Entonces él, pasito a pasito, entró a la casa, llegando al salón, donde se acurrucó sin que nadie reparase en su presencia.

Sola, dejaban sola a la pobre madrecita encerrada en la estrechísima caja negra. De pronto lo cogió el recuerdo de su encierro en el arcón y volvió a sentir nuevamente todo el proceso de esa agonía; la angustia del ahogo le apretó la garganta, desorbitándole los ojos.

Crujió un mueble y el niño salió tembloroso de su escondite. Otro crujido... y otro que parecieron recorrerle los nervios del talón de la nuca. Toda la sangre, en una caliente oleada, le subió al cerebro.

—Ya voy mamita — murmuró extasiado.

Tomó el martillo dejado sobre una mesa por los obreros de la funeraria y en la quietud de la casa resonó un golpe, otro, otro.

Acudió, despavorida, la abuela.

—Niño. ¡Juancho!

Lucharon. Ella tratando de quitarle el martillo, él exasperado, delirante.

—Si ella despertó. Déjeme... Déjeme, por Dios se lo pido... ¿No oye como está llamando? Oiga... Oiga... Se va a ahogar... Déjeme, abuelita, por favor, déjeme...

—¡Socorro! ¡Juan, ven! ¡Socorro!

Pudo el hombre dominar la furia del niño que súbitamente se aplacó en laxitud de desmayo.

Tras muchos días de ansiedad para el padre y la abuela, pudieron ver que si volvía a la vida el niño, era dejando la lucidez de su espíritu entre las garras pavorosas de la fiebre.

BRONCA

(De un poema playero)

Para FRAY MOCHO

Persiste la borrasca y no han podido
hacerse al mar las barcas esta tarde,
aunque un barquero mozo, haciendo alarde
de su temeridad, lo ha pretendido.

Abandonando a un viejo que trabaja
en su red, que otra vez ahora remienda,
los barqueros, camino de la tienda,
van pensando en el ron y en la baraja.

Cercana ya la noche armaron bronca,
por una futileza, dos muchachos.
De un cuchillo brilló la hoja asesina;

y, al punto, un hombrachón, con su voz ronca
gritó, rojo de cólera: —"¡Borrachos!...
¡El que sacó el cuchillo es un gallina!..."

Montiano Placeres.

Hacerse la cuenta

Por Abraham Polanco

—Habíamos quedado — decía Juan — en que el señor Guñol es un estúpido.

—Sí, hombre — contestaba Jacinto.

—Habíamos quedado en que ni tú ni yo colaboraríamos más en su revista.

—Sí, hombre.

—Porque nosotros, revolucionarios del arte, no podemos aceptar el patrón de burguesa ñoñez que él impone.

—Cierto.

—Sin embargo, tú acabas de claudicar. Me consta que ayer enviaste a *La Familia Gráfica* un dibujo que te hace acreedor al fusilamiento por la espalda.

—¿Lo crees tan malo? — preguntó Jacinto.

—No le he visto. Lo digo por la felonía que supone. Es el olvido de todo lo pactado, es una concesión asquerosa a los moldes viejos, a la ramplonería del señor Guñol y de sus *familiares*. ¿Quiéres decirme?...

Estaba en el centro del paseo; Juan, vestido a la última moda, tieso como un acusador poseído de su papel; tazado, pobretón y sumiso, Jacinto, más débil que nunca, más a merced del primer impulso que lo sacudiese, de la última palabra que escuchase.

—Yo te explicaré, Juan. A mí me parece... Estas cosas... No hay que ponerse demasiado serios. ¿Tú conoces mi situación? ¿Sabes cómo vivo?

—¿Y yo? ¿Acaso no estoy yo en mitad de la calle?

—Relativamente.

—¿Cómo relativamente?

—Tú... eres otro caso. Tienes rebeldías, sí; estás echado de tu casa, sí; pero tu padre es rico; te da dinero o se lo buscas de vez en cuando; sueles comer...; en fin, puedes permitirse el lujo de no dibujar contra los principios estéticos, tanto más cuanto que te molesta el trabajo, sea de la escuela que sea. Pero yo..., no hay comparación posible. Tengo dos chicos, el pequeño lo mantengo a biberón. Mi mujer, enferma, no lo puede criar. Cada litro de leche, cada kilo de patatas que llevo a casa, lo sudo antes, créelo. El dibujo ése..., la verdad, chico..., ¡son veinticinco pesos! Mientras se triunfa o no, no queda otro recurso que tolerar los gustos corrientes. Después, ya impondrá uno el propio, el que lleva dentro.

—No me convences, Jacinto. No es eso. Es que os resignáis, os acobardáis. Es que no servís para la lucha. Os asusta el obstáculo, la contradiedad. No es ése el camino. Hay que aceptar las espinas como algo inevitable y hasta necesario. Son a la vez el contraste y la purificación. Debemos conservar la sonrisa en medio de las mayores adversidades. El optimismo las disipará, la esperanza las compensará, el ensueño las trocará en venturas. ¿Qué te hubiera costado, por ejempo, hacerte la cuenta de que habías reñido con Guñol o de que él se había muerto o de que por cualquier causa no salía la revista? Nada.

—Bueno, ¿y qué?

—Supónte que esto ocurre. ¿Te morirás por eso? ¡Quiá! Los conflictos se solucionan siempre, aunque a veces nos alarmemos pensando que la solución tarde. Obrando así, hubieras salvado la dignidad profesional y la de hombre. ¡Qué lástima! Yo había jurado a González y a Mentolín que te sostendrías en tu puesto.

Jacinto se entregó.

—Sí, Juan, sí; es verdad, es verdad. Estoy por... ¿habrá tiempo? ¿Quieres que recoja el original?

—¿Serías capaz?

—¡Vaya!

Entraron en el Mensajero-Exprés y el converso escribió esta carta, dictada por la ira y el desdén de Juan:

"Señor Guñol: No publique el domingo próximo mi dibujo. No quiero participar más en la cuchipanda artística que organiza usted semanalmente. ¡Salud para seguir tan cursi! Su emancipado *Jacinto del Perelló*".

—Muy bien, muchacho. Has cumplido. Cenaremos juntos. Con vino de marca. ¡Como los grandes!

Jacinto dió un bote.

—Pero, oye, ¿tienes dinero?

—Sí, mi pobre madre..., a escondidas, ¿sabes?, me mandó esta mañana cien pesos por la doncella.

—¡Caray, qué delicia! Pues me alegro de veras, Juanito. Tenías razón. Las cosas se solucionan siempre. ¿Puedes darme veinte?

—¿Viente qué? — dijo Juan, sorprendido.

—Veinte pesos. Para quitarle a mi mujer la pesadilla de las papeletas. Van a vencer y..., ¡claro!, ella... desea renovarlas, ¡qué quieres! ¡Sentimentalismos.

Juan quedó vacilante. El peticionario remataba su conquista.

—Te lo agradeceré mucho. Eso no es nada para tí. Te haces la cuenta de que te dieron menos dinero o de que lo gastaste ya.

Mira, Jacinto. Es que..., uno tenía sus proyectos. En fin, ¡toma!

Y sacó dos billetes de diez pesos.

Hubo un abrazo de sincera emoción.

—¡Gracias! ¡Gracias! Eres un buen amigo.

—Ahora que... te advierto que ya no te convido a cenar, ¿eh?

—¡Como quieras, hombre!

—¡Naturalmente! ¡Bueno me dejas! ¡Como que dentro de dos días voy a tener que hacer algo para el señor Guñol!

El costo de las pirámides

A todos los artistas que visitan Egipto y contemplan las pirámides, se les ocurre preguntar cuánto habrá costado construir la gran pirámide de Cheops, y cuánto costaría construir otra igual.

Un contratista de obras, cuyos cálculos merecen tomarse en cuenta, por su gran práctica en las construcciones, asegura que actualmente no se podrá construir otra pirámide como aquélla, por menos de cien millones de pesos oro.

En cuanto al tiempo que se invertiría en hacerla, calcula que con la maquinaria moderna y empleando cuarenta mil hombres, entre canteros, albañiles, peones, etc., se tardaría dos años en hacerla.

Se ha calculado que la obra requirió los servicios de cien mil hombres durante treinta años. Sólo el material representa el valor de 36 millones de pesos oro, y la mano de obra la hace subir a 72 millones. A esto hay que añadir 4 millones por herramientas, transportes, etc. La pirámide se alza sobre una roca sólida, a cuarenta y seis metros de profundidad, y la construcción aumentaría el costo hasta dar el total de cien millones de pesos oro.

A nuestros 4354 Accionistas

A los que se interesan por nuestra industria

KONSULÁT
REPUBLIKY ČESKOSLOVENSKÉ.
CONSULADO
DE LA REPÚBLICA CHECOESLOVACA.

2757/27 obch.   BUENOS AIRES, abril 29 de 1927.
VENEZUELA 783

Rý/Rý.

Certifico por la presente que en este Consulado se halla legalizado el convenio entre la S.A. Nueva Cervecería Argentina y S.A. Českomoravská-Kolben de Praga, respecto al suministro de toda la maquinaria e instalaciones completas para la fabricación de cerveza y hielo.

El citado contrato lleva las siguientes firmas:

Por Nueva Cervecería Argentine

Presidente............Julio Figueroa

Director Gral.........Carlos Loth

Por Českomoravská-Kolben

su apoderado especial........Francisco Korinek.



Cónsul General de Checoeslovaquia.

Por la sección comercial:

Vicecónsul de Checoeslovaqui

La adquisición de maquinarias anunciadas anteriormente ha debido sufrir un retardo inevitable por consejos técnicos y ampliaciones resueltas.

Las impaciencias suscitadas por ello, tendrán ventajosa compensación al realizar mejor el objeto fundamental de poder brindar al consumo, cerveza verdadera de tipo superior (excuylendo las maltas a base de maíz por su fermentación alcohólica nociva) — exijida desde ya por una demanda que, excediendo lo previsto, impuso aumentar la capacidad de producción.

Damos a conocer la certificación del convenio registrado en el Consulado de Checoeslovaquia con la poderosa organización industrial "CESKOMORAVSKA - KOLBEN" de Praga, que, por la excelencia de su propuesta, tan destacada entre muchas, ha tenido nuestra preferencia, honrándonos con su confianza a nuestro empeño.

Sus resultados provechosos dependen esencialmente de la cooperación comprometida y por eso rogamos a los señores accionistas, ponerse al día en el pago de sus cuotas. Que no son legítimos lucros ni exigencias, cuando se omiten obligaciones que han de gravitar penosamente sobre los que las cumplen.

Nueva Cervecería Argentina

SOCIEDAD ANONIMA

Oficinas: Av. Diagonal Roque S. Peña 555

Los interesados por acciones como así también para obtener concesiones de venta, deben apresurarse a solicitarlas.

LA CONFESION

Por Max Eugenio Auzón

Una noche del mes de Diciembre del año 18.., el padre José, cura de un templo de la capital, fué solicitado para confesar "in artículo mortis".

El padre José era un sacerdote muy respetado por sus años, por su virtud y por un espíritu de tolerancia que le habían captado las simpatías hasta de hombres que no profesaban su credo. Predicaba raras veces, y cuando subía al púlpito, procuraba que sus sermones fueran claros y concisos; sin ser elocuente en la verdadera acepción de la palabra, sabía ser persuasivo en la exposición de la doctrina evangélica, sin caer en esas figuras de retórica mística, que el vulgo no descifra y que las personas ilustradas no necesitan para practicar el bien. Solamente ciertas beatas fanáticas hallaban que sus sermones no eran bastante ortodoxos. Por lo demás, las buenas señoras, con reconocer que el digno sacerdote merecía la confianza de sus feligreses, habrían deseado un oficiante más locuaz.

El padre José era taciturno por temperamento y sólo conversaba con las damas sobre asuntos del culto.

Tampoco se conocía a ciencia cierta su nacionalidad: unos decían que era español, otros oriental. Alguien aseguró haberlo visto en Valparaíso o en Santiago, y que era natural de Chile.

Tampoco faltó quien insinuara que el pasado del padre José había de ser sombrío, por cuanto jamás se le veía reir ni tener esos ratos de expansión mundana de buena ley no reñidos con el sacerdocio.

Total: un misterio que esas señoras hubieran deseado descubrir, para luego divulgarlo a los cuatro vientos de la chismografía.

* * *

Aquella noche fueron en un coche de librea a buscarlo. Durante el viaje, que duró cerca de un cuarto de hora, ninguna palabra fué cambiada entre el padre José y la persona que iba con él, lo cual no ha de sorprender, visto el carácter reservado del sacerdote, que parecía ser también signo distintivo del acompañante.

La habitación en que éste introdujo al padre, ostentaba un lujo recargado de dorado, indicando, desde luego, que el dueño de casa era persona acomodada. Grandes cortinados de terciopelo de Génova, color granate, dejaban la pieza sumida en una semi-obscuridad mitigada por una lámpara opaca, cuya luz no podía molestar al enfermo, y que, además, estaba cubierta por una lámpara.

Arrimado un sillón a la cabecera de la cama, se sentó el padre José, pronto para escuchar la confesión.

Acostumbrado a distinguir en la penunmbra, como todos los que viven en templos o conventos, el sacerdote pudo examinar a su penitente, hombre en cuyo rostro avejentado y demacrado, más por excesos sin duda que por la misma enfermedad, brillaba un aire de nobleza indicadora de una ascendencia no vulgar.

Invitado el moribundo a comenzar su confesión, lo hizo en estos términos: "No voy a fastidiaros, padre, con el recuento de todas las malas acciones que he cometido en mi vida azarosa: ellas han sido muchas; quiero ser breve, porque mis momentos son contados, y además, resultarían pecados veniales, puestas en parangón con los crímenes de que deseo descargar mi conciencia...

El moribundo se incorporó para acomodar la almohada, luego prosiguió con voz bastante firme: "Entre las muchas doncellas que he seducido y abandonado, hubo una que me inspiró una pasión o un capricho más intenso que todas las anteriores vilmente engañadas. Según mi costumbre, la incité a fugar amigo, y tan dueño era yo del corazón de esa pobre muchacha, que no trepidó en abandonar a un hermano, su único sostén, pues era huérfana de padre y madre, y ésta, en su lecho de muerta, les había hecho jurar a ambos hijos que nunca se separarían. El hermano era dependiente-viajero, lo que le obligada entonces a ausentarse por unos pocos días, durante los cuales quedaba la joven al cuidado de una vieja ama de llaves con cuyo cariño sabía poder contar.

Fué una de esas ausencias que yo aproveché para 'dar el golpe".

* * *

Durante algunos meses vivimos como los enamorados que se pintan en las novelas, es decir, completamente entregados a nuestro amor. En un momento de entusiasmo, pues mi perversa naturaleza no permite calificar el acto de nobleza, anulé mi concubinato haciendo a Elena mi esposa ante Dios y ante la sociedad.

Ha sido esto el único rayo de luz pura que iluminara mi abyecta existencia. Mientras pude disponer de recursos provenientes de la sucesión paterna, llevé una vida que podía calificarse de honesta: no jugaba, no bebía, y siempre se me encontraba paseando del brazo de mi mujer; más de un transeunte nos tomaría por recién casados. En fin, parecía haberme regenerado y el milagro lo había hecho Elena.

Desgraciadamente duró tan poco tan loable conducta: mis instintos perversos renacieron como por encanto. Conociendo mi aversión al trabajo, debía haber ahorrado el dinero, para poder seguir viviendo sin trabajar. Por el contrario, lo derroché sin recato, me entregué de nuevo al vicio del juego, y dejé en el tapete verde los restos de mi fortuna; lo que no me agitó mayormente, porque la inventiva audaz de mi espíritu había de sugerirme pronto el medio para hacerme de nuevos recursos.

Reinó un corto silencio, durante el cual el moribundo dejó caer sobre la almohada su cuerpo extenuado por la fiebre, mientras el padre José, agachado y con la cabeza entre las manos, seguía escuchando...

Incorporado nuevamente, prosiguió el penitente: "incapaz de llevar, como he dicho, vida honesta, pensé en adquirir en cualquier forma lo que el juego me negaba, utilizando mi juventud, y más que ella, una linda figura, que está en un pasaporte que abre muchas puertas, una carta de crédito que se paga a la vista.

Una viuda, de muchos años y de muchos cóndores, me aceptaba por esposo, creyéndome soltero. No traté de desengañarla, pues tenía urdido mi plan, plan diabólico, que pude ejecutar con toda impunidad, como vais a ver.

Un día propuse a Elena una excursión marítima: nos embarcaríamos en Valparaíso, puerto de nuestra residencia, para llegar hasta Talcahuano. Ella aceptó con júbilo, sabiendo por referencias que se trata de una navegación corta y agradable.

Aquella noche no había luna ni estrellas; el cielo encapotado anunciaba tormenta. Invité a mi compañera a contemplar en el remolino de la hélice las fosforescencias, espectáculo curioso y cuya causa no ha sido aun bien definida. Para ver mejor la pobrecita, sin desconfianza, inclinóse sobre la borda... comprendéis, padre... el mar no deja huellas..

—¡Miserable!...— murmuró el confesor con voz apagada.

—¡Oh sí, infame! — agregó el moribundo, que había oído la após-



—Dígame, señor: ¿voy bien para la quinta ''El Parral''?
—¡Rediez, si va usté bien! ¡Va usté que monda!...

ANÉCDOTA

Un curioso episodio ocurrido en la catedral de San Pablo (Londres), constituye un magnífico ejemplo de presencia de ánimo y de rapidez de resolución. Sir James Thornhill estaba pintando la cúpula interior. Para ello se había hecho un andamiaje. Absorbido por su obra, el artista quiso ver desde lejos el efecto de algunas pinceladas y comenzó a retroceder. Estaba ya a punto de llegar al borde y de caer en el vacío, cuando uno de sus amigos, que se hallaba junto a la parte pintada, se precipitó sobre un pincel y con él embadurnó la obra. Sir James se detuvo bruscamente y, horrorizado, exclamó: "¿Qué ha hecho usted?" "¡Salvarle la vida!", replicó el otro.

trofe, tenéis mil veces razón, porque mi crimen resulta más alevoso todavía por la circunstancia que la desgraciada iba a ser madre...

—¿Nada más?, — preguntó el confesor, con voz apenas perceptible.

—Os he dicho, padre, que eran dos los crímenes cometidos por mí: hasta ahora sólo conocéis uno; tened la paciencia de escuchar hasta el final.

Me casé con la viuda millonaria; pero para disfrutar de su fortuna, de mi juventud y del porvenir risueño que entreveía, necesitaba de mi libertad, romper el vínculo que coartaba esa libertad querida. Resolví emplear a ese fin el mismo procedimiento que tan buen resultado me había dado; pero en mi calidad de hombre previsor, consideré de elemental prudencia cambiar el teatro de mis hazañas. Una vez puede admitirse un accidente no provocado, pero dos, de la misma naturaleza y en el mismo lugar, no. Habría sido exponerse a ser descubierto y terminar mis días en el patíbulo. Forzoso era, pues, buscar nuevos y lejanos horizontes.

Ofrecí a mi esposa un viaje a las repúblicas del Plata. Cruzamos la Cordillera. Después de pasar una semana en Buenos Aires, tomamos una noche el vapor de la carrera rumbo a Montevideo: era el complemento obligado de la excursión.

Tampoco esa noche había luna ni estrellas.

Invité a mi compañera a contemplar las fosforescencias en el remolino de las ruedas, y como lo hizo Elena, también María se inclinó para ver mejor... el río tampoco deja huellas...

—¿Es todo? — volvió a decir el sacerdote.

—¿Encontráis, padre, que no es suficiente?..., pronto, la absolución..., que me muero!... estoy arrepentido... y espero sólo en la misericordia divina, de la que sois el representante en la tierra...

—¡La absolución, miserable, asesino! — rugió el fraile — nunca, jamás!... Elena era mi hermana mi único afecto en la vida... Perdido ese afecto, sólo podía hallar la paz, o la resignación, consagrándome a Dios; perdonarte sería atentar contra la ley de la naturaleza que, al fin, es ley tan sagrada, tan respetable, como la otra. No por ser sacerdote he dejado de ser hombre, y como hombre, debo maldecir al asesino de mi pobre hermana!

—¡Padre, por piedad, no habléis así, profanais vuestro santo ministerio... vuestra religión, que es de amor y de perdón... sois el representante de un hombre divino que perdonó a sus verdugos... Soy contrito y confeso, luego estoy dentro de la ley de Dios... la absolución, padre, que mis últimas fuerzas me abandonan... pronto... me muero!

—¡Jamás, que Dios te perdone si quiere!...

Y el padre José salió de la casa como un loco, mientras el penitente, cayendo pesadamente hacia atrás, exhalaba el último suspiro.

Grande fué el escándalo que causó la noticia de que el digno padre José había colgado los hábitos; pero mayor fué la consternación de sus amigos cuando, pocos días después del ingrato suceso, supieron que el malogrado ex sacerdote había tenido que ser internado en el manicomio, enchalecado.

De pequeñas causas, grandes efectos

EL PASTOR Y EL INSECTO

Cantando Gil, vió de un insecto el nido,
Y lo holló con pie rudo:
Y aunque oyó de mil tristes el gemido,
Siguió cantando de piedad desnudo,
Viendo el insecto hollados a sus hijos,
Subióse a la montaña,
Y en el chopo más alto ayes prolijos
Lanzó, exhalando su impotente saña.
Era el tiempo en que vientos y nublados
Desatando los cielos,
Igualan con los montes los collados
Copiosas nieves y abundantes hielos.
Por vengarse de Gil, cargó sañudo
Con un copo de nieve,
Carga mayor con que el insecto pudo.
¡De tan grande furor venganza leve!
Suelta el copo, al encono que le inflama,
Desde el altivo chopo;
Y engruesado al bajar de rama en rama,
Fuese aumentando el invisible copo.
Va el germen infeliz de inmensa ruina
De hoja en hoja bajando,
Y un copo y otro copo arremolina,
Y cien mil, y auméntase rodando.
Cruje la mole, escasa todavía:
Mas en creciente extraña,
Ya un monte desatado parecía
El declive al bajar de la montaña.
El alto roble y la empinada encina,
A su impulso arrollados,
Amenazaban convertir en ruina
Del pobre Gil apriscos y ganados.
Y al ver la mole, el insecticillo en tanto,
Que lo arrasaba todo,
Parodiando de Gil el fiero canto,
Tarareó esta canción, allá a su modo:
"¡No hay venganza que un ruin, si está ofendido
Tomar no puede en pago,
Cuando un copo de nieve desprendido
La causa llega a ser de tanto estrago!"

Ramón de Campoamor.

Los hongos y sus caracteres

El hongo es un producto alimenticio muy estimable; puede prepararse de varias maneras, y constituye un manjar del que gustarían muchas personas si supieran distinguir con exactitud los venenosos de los comestibles.

Cuando el hongo es joven y no se ha abierto no se está cierto de escoger bien, pues en ese estado ni los mismos prácticos están seguros de acertar. Es necesario también examinarlos al momento de recogerlor, ya que el hongo varía de aspecto en cuando se extrae del medio en que vivía.

Los órganos comunes a todos los hongos son sombrerete y el tallo, teniendo también los de algunas especies una volva o velo que rodea completamente al hongo cuando este es joven. En la cara inferior del sombrerete están las láminas u hojuelas.

La forma del sombrerete constituye uno de los elementos más importantes para identificar los hongos. Las formas más conocidas son: *abroquelado* o de láminas libres con el sombrerete casi en punta; *convexo* en que el sombrerete adopta, casi perfectamente, esa forma; *abocinado* o de láminas decurrentes, y *aplastado* con las láminas casi en forma recta.

Lon hongos más venenosos pertenecen al género *Amonita*, y aun cuando en este género existen algunas especies comestibles lo mejor es no recoger ninguno perteneciente a él. El hongo de esta clase puede de conocerse por encontrarse provisto de una volva que en las plantas jóvenes los rodea por completo, permaneciendo una parte de ellos en la región superior del involucro a manera de escamas, o en la base del tallo en forma de una ocpareja.

Las especies más perniciosas de este género son: *Amonita phallaides* u hongo de la muerte, blanco, limón, oliva y castaño. Es carnoso, pegajoso, ovalado con láminas blancas; la base del tallo es grande y está provisto de un gran anillo blanco. Se encuentra en los bosques y terrenos cultivados, y es el más destructor de todos los hongos.

Amonita muscosa, cuyo sombrerete tiene un color amarillo o anaranjado, y los residuos de la volva adquieren la forma de escamas blanquecinas sobre la base. El velo permanece sobre la planta en la parte superior del tallo formando una especie de anillo deshecho. El tallo es blanco, alargado y marcado con estrías escamosas.

Lepiota morgani, hongo de láminas verdes, cuyo sombrerete carnoso es redondo y blanco, con una cutícula amarillenta dividida en escamas excepto en el centro. Las láminas son libres, blancas y gradualmente se vuelven verdes. El tallo es largo, blanco y tiene un gran anillo corredizo.

Clitocybe illudens, tiene el sombrerete carnoso, casi plano, que después se vuelve abocinado, color amarillo azafranado que luego adquiere un color moreno. Las láminas que se encuentran todo a lo largo del tallo, y tienen el mismo color que el sombrerete, son anchas.

"Euritmia"

Esta Sociedad de arte nativo, que tan empeñosamente fomenta el conocimiento de las costumbres tradicionales, prepara un festival a realizarse en la Semana de Mayo. Figurarán en el programa selectos números de música, cantos, recitados y se leerán, además, las composiciones en el concurso realizado en el año 1926 y se ejecutarán, también, las piezas presentadas por compositores folkloristas.

El primer premio del concurso lo obtuvo el poeta Edmundo Montagne, con un buen trabajo, titulado *"El Jagüel"*. Entre las obras musicales hay varias de mucho mérito y entre éstas *"Camperita"*, zamba, letra del señor Adolfo Pacheco, música de Alfredo F. Roldán.

Son alma de esta asociación el señor Adolfo Pacheco, el doctor Martínez Buteler y el profesor de declamación, don Nicolás Grosso.

Esta asociación de arte nativo la dirijen personas ilustradas, conocedores profundos de la vida nacional y de su historia.

En el próximo festival se procederá a la distribución de premios.

La invitación

Por Jean Bonot

(La escena representa, en Troupetit-sur-Mer, una humilde casuca de pescadores, en la que viven amontonados los esposos Balochard, los pequeños Balochard y la vieja tía Eulalia).

PRIMER ACTO

BALOCHARD *(frotándose las manos).* — Desde que hemos llegado hace un tiempo de perros. No hemos podido ver todavía el mar. Nos hemos alojado en esta pocilca, a tres kilómetros de la playa. Los artículos están a precios fabulosos, afeitarse cuesta cinco francos... Pero no importa; estoy contento.

La Sra. de BALOCHARD. — ¿Y por qué estás tan contento?

BALOCHARD. — Porque pienso en nuestras amistades que se han quedado en París, y que ahora nos envidian. Pienso, sobre todo, en Bigornot y en la antipática de su mujer. He encontrado el medio de hacerles rabiar.

LA Sra. de BALOCHARD. — ¿Qué medio?

BALOCHARD. — Voy a enviarles esta postal en colores. Verás lo que les digo: "Queridos amigos: Os escribo desde la terraza de este magnífico hotel que veréis a la izquierda de la postal. El cielo está radiante. El murmullo de las olas acarician nuestro sueño. ¡Qué hermosa es la vida!.

Pesca, baños, excursiones, tennis, bailes y fiestas se reparten nuestro tiempo. ¡Es un perpetuo encanto!

¡Qué lástima que no podáis moveros de París! ¡Qué alegría nos daría si pudieseis disponer siquiera de una semana para que compartieseis con nosotros esta existencia de cuento de hadas!

Nuestros afectos. — *A. Balochard."*

SEGUNDO ACTO

(La misma decoración. Tres días después)

BALOCHARD. — (abriendo una carta). — Vamos a reírnos un rato. Es la respuesta de Bigornot.

(La familia se agrupa en torno del padre)

BALOCHARD. (leyendo). — "Querido amigo: Nos has hecho caer en tentación. De todo corazón aceptamos tu amable ofrecimiento. Espéranos el sábado. Llegaremos en el tren de las diez".

LA Sra. DE BALOCHARD. (furiosa) — ¡Estamos buenos! ¿Dónde vamos a alojarnos? ¡Esto te enseñará a querer deslumbrar a la gente, idiota!

BALOCHARD. — No te sulfures, Agustina. Voy a refrescar su entusiasmo con una buena ducha.

(Y con energía escribe rápidamente estas líneas).

"Queridos amigos: Los elementos se han desencadenado estos días y han convertido este bello país en una verdadera cloaca. Un viento glacial entra en nuestro hotel, y aquí nos tienes tiritando alrededor del fuego. ¡Se acabaron las bellas excursiones! Los que se han quedado en París no se dan cuenta de su felicidad..."

Ahora veréis cómo esos imbéciles desisten de su proyecto.

(Triunfal va a echar la carta al correo).

TERCER ACTO

(La misma decoración. Dos días después)

EL CARTERO. — Carta de París, señor Balochard.

BALOCHARD (abriendo el sobre). — Vamos a ver. (Lee) "Mi pobre amigo: Estábamos dispuestos a disfrutar de vuestra alegría. Puesto que los tiempos han cambiado, contad con nosotros para compartir vuestras penas. Para alegrar nuestras veladas llevamos un fonógrafo y un juego de damas. También llevaremos barómetro y bañadera".

LA Sra. DE BOLOCHARD. (a punto de desmayarse) — Ya vez el efecto de tu ducha. Vendrán, hagas lo que hagas para impedirlo.

BALOCHARD. — ¡Eso lo vamos a ver! ¡Me gastaré lo que sea preciso, pero esos imbéciles no vienen aquí. (Sale).

LA Sra. DE BALOCHARD. — ¿Adónde vas?

BALOCHARD. — ¡Al telégrafo!

(Entre Troupetit y París se entabla el siguiente duelo telegráfico).

De Balochard a Bigornot:

"Te ruego aplacéis viaje. Terrible epidemia. Eulalia, muy grave"

De Bigornot a Balochard:

"Cuidaremos a la vieja tía. Llevaremos medicamentos.

De Balochard a Birnot:

"Muy agradecido; pero llegaréis demasiado tarde. Enferma no pasará esta noche".

De Bigornort a Balochard:

"Te acompañamos en tu pena. Iremos al entierro".

EPILOGO

BALOCHARD. — Tenías razón, Agustina. Vendrán, hagamos cuanto hagamos.

LA Sra. DE BALOCHARD. —Sólo veo un medio para no recibirles.

BALOCHARD. — ¿Cuál?

LA Sra. DE BALOCHARD. — Regresar a París.

(Los Balochard hacen sus baúles y vuelven a la capital).



Proclamación de los candidatos radicales a la Presidencia de la República





Después de laboriosas sesiones, la asamblea nacional de la Unión Cívica Radical Antipersonalista, eligió los candidatos a presidente y vicepresidente de la república, que sostendrá el partido. La designación recayó en los doctores Carlos F. Melo y Vicente C. Gallo. — A la izquierda los candidatos electos rodeados de un grupo de prestigiosos correligionarios. A la derecha: un aspecto de la sala del teatro Coliseo durante la proclamación de la fórmula.

Nueva comisión directiva de la Bolsa de Cereales





En la Bolsa de Cereales se procedió a elegir nuevos miembros de la comisión directiva, resultando designados los señores Celino L. Benvnuta, Roberto Mirando, Gustavo L. Maraspín, A. Jerónimo Morixe, Alejandro Avalos y Martín Capello; para suplente D. Francisco J. Bado. A la izquierda: la mesa que presidió la elección. A la derecha: vista parcial de la concurrencia.

Demostración al Cónsul general del Brasil en la Argentina





Organizado por la Asociación Musical Argentina se efectuó un acto de homenaje al señor Ildefonso Falcao, cónsul del Brasil. Arriba: señoritas Orelia Cisneros, María C. Fresco, Luisa Pinter, Emma Arnó, señora Ramoneda J. de Ruiz y señores Arturo Martini, Francisco Villaespesa, José M. Vázquez, J. J. Soiza Reilly y Oscar R. Beltrán, que tomaron parte en la fiesta. Abajo: una parte de los concurrentes.



De izquierda a derecha: el cónsul del Brasil, señor Falcao, en cuyo honor se realizó el acto; la artista española Marta Grau, el poeta Villaespesa y el comediógrafo Oscar R. Beltrán.

La despedida del Intendente Municipal Dr. NOEL





El intendente municipal, doctor Carlos M. Noel acompañado de los secretarios de Hacienda y Obras Públicas, doctores Barrera Nicholson y Ravignani respectivamente, del doctor Vicente C. Gallo y de otros caballeros, en el salón blanco de la intendencia durante su despedida del personal de la repartición, al abandonar el gobierno de la comuna, por la renuncia que hizo del mencionado cargo.

Conmemoración de la efemérides española del 2 de Mayo





En el local de la Asociación Patriótica Española se realizó un brillante acto conmemorativo de la efemérides española del 2 de mayo. A la izquierda: el presidente de dicha institución, doctor Luis Méndez Calzada, pronunciando un discurso de circunstancias. A la derecha: un aspecto de la sala durante la velada cívica.

Celebración de la fiesta de los trabajadores



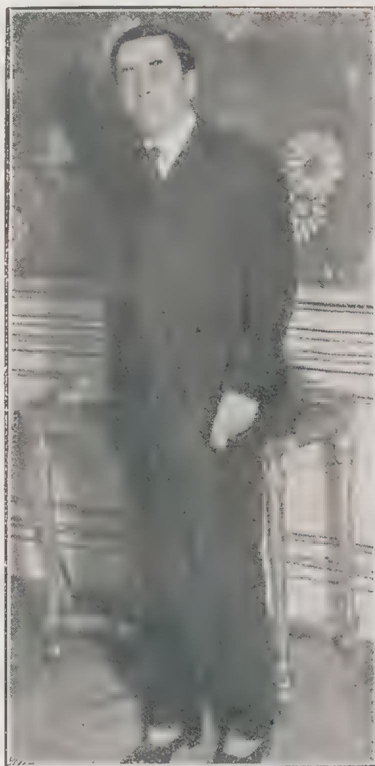
Un detalle de la columna de manifestantes del partido Socialista, congregada en la plaza San Martín, escuchando la palabra de los oradores.

Bibliografía



Señor Eugenio Labarca, notable literato chileno, autor de la novela ''Bajo la lente'', de la cual transcribimos un capítulo en otro lugar de este número

Homenaje al poeta Villaespesa





FIESTA DE BENEFICENCIA

En el teatro Pueyrredón, de Flores, se efectuó un lucido acto literario organizado en honor del prestigioso poeta español don Francisco Villaespesa, quien fué presentado al auditorio por don Oscar R. Beltrán. A la izquierda: el poeta pronunciando su brillante disertación "La mujer y la poesía". A la derecha: la señorita Wally Zenner que tomó parte en el acto, recitando con notable arte, diversas composiciones poéticas.



La comisin directiva del Asilo "Hermanas de los Desamparados", donde se realizó una fiesta de caridad.



Las niñas sostenidas por el asilo, en la quinta de la presidenta de la institución, señora María Esther Tello de Gazzolo.

Peritos mercantiles egresados de la Escuela Superior de Comercio "C. Pellegrini"



Luis A. Sampietro



Adolfo Razetti



Francisco N. Castro



Félix Morone



José A. Varela



Roberto J. Garot



Alberto T. Ferrari



Natalio Marzorati



Julio Poggi



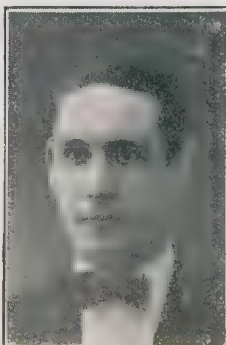
Santos Rodríguez



Jorge R. Rey



Antonio Fund.



Rodolfo Marré



René E. Berthoud



Guillermo J. Calvo.



SOCIALES



ENLACES. — Capital federal. — Inés Ayerza - Luis Magnanun.



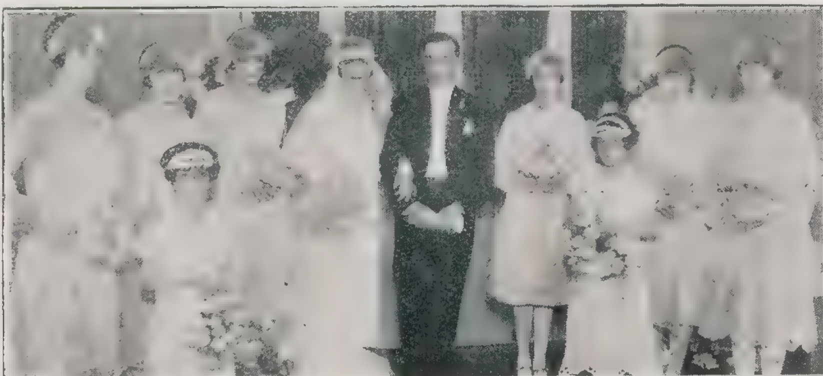
Antonieta Panza - Ernesto De Lorenzi



Zelmira Sanguinetti - Juan L. Amestay



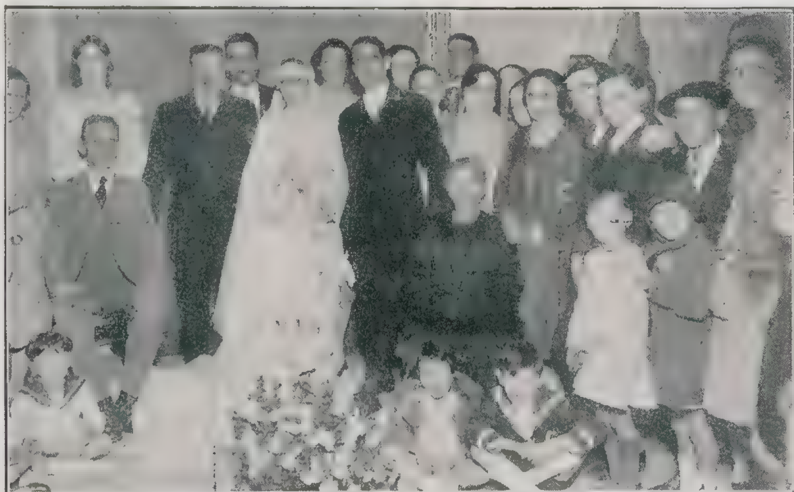
ROSARIO. — Zulema Torriani - doctor Carlos C. Chaminaund



Nilda Rozas - doctor Martín Soler



María Esther Piralli - Juan B. Romero



Josefa Mammana - Vicente Artale



Adela Cilento - Luis Ruggieri



Lola Manzano - Emilio Mañón



María Angélica Puccio Casas - Juan Flaherteg



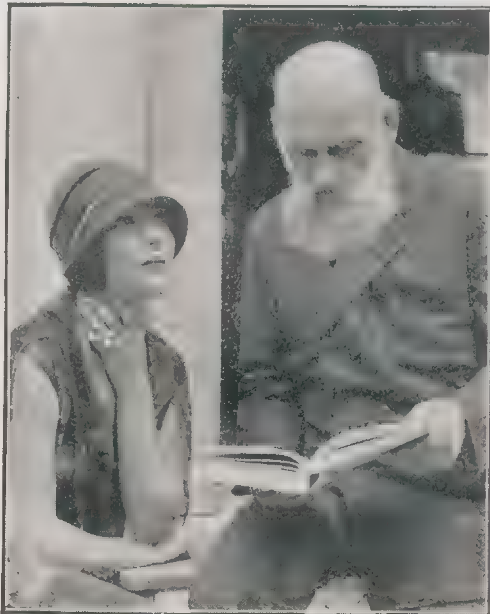
Carmen Sala - Juan Mata Ayet



Actualidades cinematográficas



Enid Bennett y Jean Hersholt en ''Don Justo equivocado'', cinta Jevel cómica que la Universal exhibe desde el jueves último.



Dolores del Río, intérprete de Katusha Maslova en ''Resurrección'', de Tolstoy, leyendo con el hijo de éste, Ilya Tolstoy, el capítulo de la inmortal historia de amor, que Artista Unidos presentará próximamente en nuestros biógrafos.



Constance Talmadge y Conway Tearle en ''Un d'Artagnan femenil'', que la Corporación exhibe desde anteayer.



Louise Fazenda y John T. Murray en ''La casa encantada'', film que desde el domingo, presenta la New York Film.



El ex-actor y hoy famoso director cinematográfico Eric Von Stroheim, autor de ''La viuda alegre'', cinedrama interpretado por Mae Murray y John Gilbert que la Metro - Goldwyn - Mayer presenta en el San Martín.



Vera Reynolds y Henmeth Thompson en ''Asuntos peligrosos'', cinedrama que Glücksmann estrenará el próximo viernes.



Monte Blue y Patsy Ruth Miller en ''¡Y esto es París!'' que la General estrenará el viernes 13 en su programa Ajuria.



J. Farrel Mac Donald, Tom Santschi y Frank Campeau en ''Tres hombres malos'', que la Fox estrena hoy.

En honor a la directora de la escuela "Hipolito Vieytes"

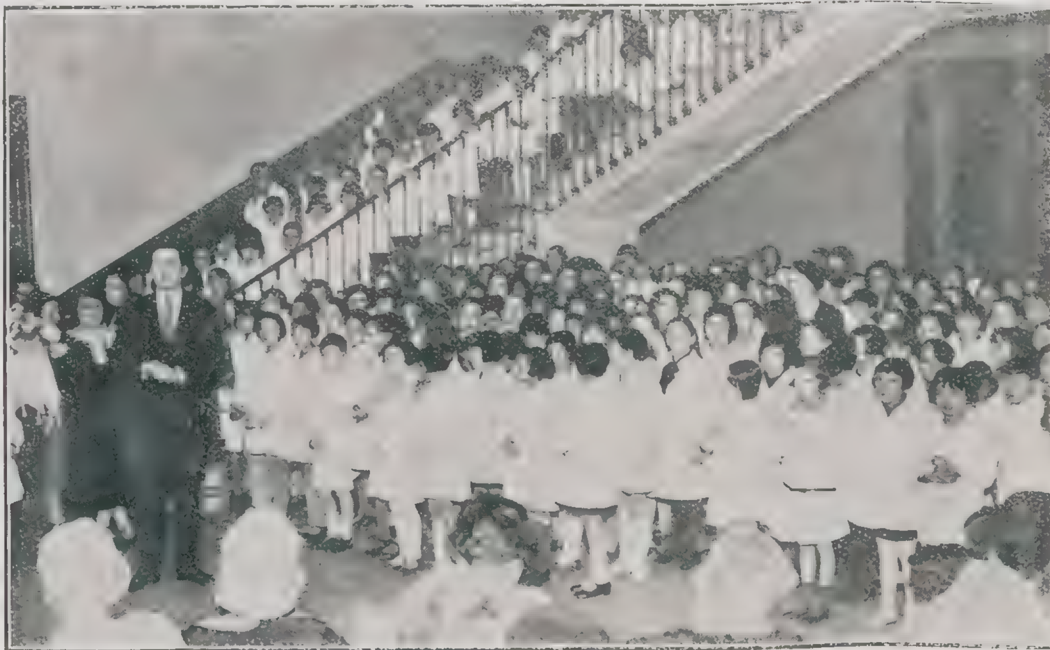


Con motivo de su retiro del magisterio, la señora Adela C. de Salaberri, directora de la escuela "Hipólito Vieytes" del Consejo Escolar II, fué objeto de un homenaje, tributado en el local del mencinado establecimiento docente. Las autoridades del Consejo Nacional de Educación y la señora de Salaverri, durante la realización del acto.





La profesora, señorita Irene B. Ratte, pronunciando su discurso.



Los alumnos del establecimiento que tomaron parte en el homenaje, agrupados en el hall de la escuela.

Aviación



El intrépido piloto uruguayo Tydeo Larre Borges, que recientemente nos visitara.

Anexo de la Confitería Pellegrini



Un detalle del "Anexo de la Confitería Pellegrini", instalado en el antiguo local de la "Rotisserie Sportman", en la calles Florida, y cuya inauguración se realizó la semana anterior.

Necrología



Señora María B. de Terrarossa, últimamente fallecida.



De Cacheuta



Señorita Ernestina Laffaye



Señoritas Mercedes Boerr, Ofelia Estevez y Miryan Salaberri



Doctor Fausto Etcheverry y familia



Señorita María de la Asunción Luna.



Señora Blanca R. de Lastra y doctor Eduardo Godoy



Señores Víctor M. Torelli y señora. A. Burgstaller, B. Moll y E. Pulirich.



Señor Rubén Gatkins y señora.



Señorita Delia Oteiza y señores José Catoggio y Roberto Gaye Arieu



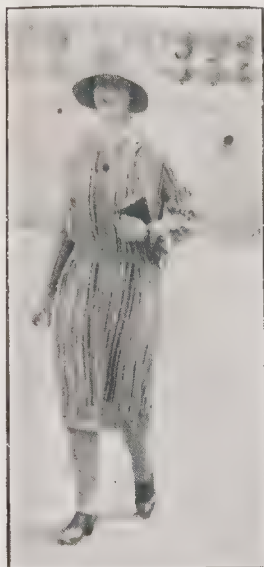
Señor Domingo Braceras y señora.



Doctor Alfonso Beck y su señora madre.



Señoritas de Buzzi y Morandi y doctor Beck



Señorita María Luisa Verlé.



Señorita Catalina Pereyra.



Señora Adela B. de Porta.



Señora Georgina de Dellepiane



Señorita S. Brina Pavesi.

Fots. Bejarano.



De Alta Gracia



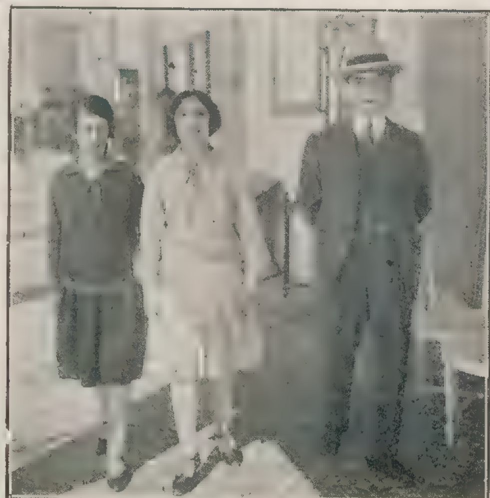
Señoritas María Mercedes y Juan María Carbó Funes



Señoras María Esther Lawson y María Ignacia Moyano de Funes; señoritas María Rosa Olmedo y Alicia Zavalla y doctor Alberto Garzón Funes.



Señora Odila Dufour de Hileret y su hija Morita



Señoritas Dora Márquez y Mora Suárez y señor Antonio Suárez



Señora Clara Regules de Minvielle.



Señoritas de Lucero



Secoritas de Moqano y Suárez Pinto



Señora de Lawson e hijos y señora de Martínez



Señor Emilio Quesada y su nietecito.

DE GUATRACHÉ - F. C. P. - ROMERIAS ALEMANAS



El presidente de la comisión organizadora de las fiestas alemanas, señor Gustavo Suppe y los miembros de la misma, durante los festejos.



Vista parcial del público que espera el obsequio del tradicional asado criollo, hecho por la comisión.

Canción de juventud

Por Juan Ferragut

I

A las tres de la madrugada, Alvaro Real, hastiado ya de la charla superficial y desconcertante de sus amigos, aturdido por el bullicio polifónico del café, se dispuso a salir.

El sexteto hacía sonar la música, juguetona y frívola, de un cuplé.

El café, a aquella hora, estaba lleno de un público bullicioso y trasnochador. Sobre el fondo rojo de los divanes, entre la mancha oscura de los trajes masculinos, las blancas sedas, las rizadas pieles, los gallardos *esprits* trémulos de las brindadoras de amor, ponían una nota gaya o policroma.

Alvaro se despidió de sus contertulios y cruzó el café, dirigiéndose a la salida.

Antes de llegar a la puerta, sintió que le llamaban, gritándole:

—¡Alvaro, Alvaro!

Volvió la cara. Desde una mesa cercana, Ramón Olalla, puesto en, rostropie, congestionado el rubicundo rostro, no cesaba de darle voces.

Se saludaron efusivamente, satisfechos del inesperado encuentro después de la larga separación.

—¿Te marchabas?

—Sí; ya me voy a acostar.

—Pues espérate, hombre, y charlaremos un rato. Además, te presentaré a estas amigas.

Ramón hizo las presentaciones con su cortesía habitual.

—Felicia Morel, bailarina española; Milka, artista belga; Alvaro Real, escritor.

Se estrecharon las manos, murmurando esas frases de rigor que casi siempre se pronuncian de un modo atolondrano y confuso.

Milka era una muchachita tímida y sonrosada, de una blancura sana y carnosa, con el rostro bonito, redonde e inexpresivo de una muñeca.

Felicia Morel, recostada en el diván, cruzadas las piernas, indolente la postura, el ademán vago, hablaba con un gesto de cansancio en su cara fina y morena. El humo de su cigarrillo le hacía entornar los ojos en un guiño ambiguo de pecadora y de pilluelo.

Después, los dos amigos, haciendo caso omiso de las mujeres, se enfrascaron en una larga charla confidencial.

Ramón Olalla relataba los varios accidente de su vida, durante los dos años que estuvo separado de su antiguo camarada.

Recordaba, empleando su léxico pintoresco y simpático de andaluz, las innumerables peripecias a que su espíritu emprendedor y aventurero había dado ocasión.

Relató su odisea como cantante de opereta en absurdos teatros de provincias; como editor de revistas literarias y artísticas, que fracasaban al segundo número; organizador de *tournées* con cupletistas y bailarinas. Luego, su viaje a América con una gimnasta que le dejó plantado en la Habana; su excursión por la isla antillana dirigiendo una *troupe* de boxeadores; sus amores con una tiple de zarzuela, que hizo bancarrota de su situación económica, y, por último, su vuelta, sin dinero y sin compañía; pero pletórico aun su cerebro de proyectos magníficos, fundaciones portentosas, fabulosos negocios y empresas quiméricas.

Ramón Olalla era, a su modo, un romántico, que empleaba la enorme potencia de su intelecto en fraguar estupendas combinaciones, ya artísticas, ya financieras, en las que su nombre triunfara y los millones vinieran, indefectiblemente, a vaciarse en el obismo sin fondo de su fantasía.

Alvaro Real habló después. Su voz tenía un matiz insinuante y cálido, lleno de simpatía. Las palabras fluíanle fáciles y precisas, y a medida que hablaba, su verbo se hacía más comprensivo y plástico, dando al relato una evocadora emoción de vida, avalorado por la elocuencia convincente del gesto.

Contó su vida, pobre y exaltado, de amador de la Belleza; sus ansias insatisfechas aún de Arte y de Gloria; las crueles desilusiones de la primera etapa de artista novel, y su actual situación inconsistente y descentrada, llena de inquietudes por lo cotidiano, de vacilaciones y de dudas, en una bohemia limpia y laboriosa, que luchaba estrellándose contra la hostilidad del ambiente y la indiferencia de todos.

—Esto, amigo Ramón — decía Alvaro, — no es como nos lo pintaron. La porfía tenaz por la fama queda reducida a un amargo luchar ante el pavoroso problema de cada día. Es un desgaste estéril de nuestra fuerza, empleada en cosas mezquinas. El caudal de juventud se agosta bajo la implacable exigencia de la necesidad. La lucha no tiene grandeza alguna, ni otra valía nuestro sacrificio que la de ir venciendo al tiempo; hay que esperar, que esperar siempre; el triunfo es más cuestión de tiempo que de mérito, y así las medianías, que no tienen prisas, se imponen al fin. Y nosotros, los que no podemos esperar, los que tenemos un afán inmenso de contrastar nuestros valores, de someternos a prueba, nos vemos reducidos a la importancia.

Hubo una pausa. Después, con un dejo de desaliento, prosiguió

—Dicen que hay que luchar, ¿y contra quién? Que hay que trabajar, ¿y quién se toma la molestia de aquilatar nuestra labor? ¿Quién la cotiza? ¡Nadie! El ímpetu creador duerme en el anónimo, condenado por la indiferencia de todos. Todas las puertas están cerradas para el novel: no se le lee, ni se le escucha, ni se admite su visita. Para conseguir esto siquiera, hay que tener una ductilidad, una flexibilidad sorprendente de espinazo; una sonrisa, una palabra aduladora siempre en los labios... Y esto da asco y repugna e indigna, cuando se tienen veinte años y no se pertenece a esa categoría híbrida de viciosos pseudoliterarios, que se gastan en alcohol y en rameras baratas el dinero de la patrona, y luego van diciendo por ahí que son unos bohemios...

Felicia Morel, con sus grandes ojos claros, miraba fijamente al artista.

II

Felicia era una mujer interesante. Su cabello, cortado a lo paje, enmarcaba la gracia morena y pálida del rostro ovalado y fino. Baja el arco clásico de las cejas, los ojos claros tenían una rara y honda transparencia de matices variados y fugaces, que iban del gris azulesco y turbio de la niebla sobre el mar, al verde limpio y sereno de las esmeraldas, que a veces se animaban enguirnaldándose con una fulgente luminaria de puntos de oro. Sus pupilas, al fijarse, se dilataban en una mirada honda, envolvente, escudriñadora. Tenía la boca roja, fina y cruel; los dientes pequeños, níveos y punzantes, y la barbilla suave y mórbida, como el talón de un recién nacido, y al par orgullosa y enérgica, como el mentón de Fulvia en las medallas romanas.

Todas las noches, desde aquella en que se conocieron, Felicia y Alvaro se encontraban en el café.

El, que la esperaba siempre, la veía llegar atravesando la amplia sala con su paso lento y menudo, que imprimía un ritmo ondulante y lascivo a su cuerpo, en el que las caderas tenían armónicas redondeces de guitarra.

Alvaro sentía que, poco a poco, aquella mujer se iba entrando en su alma. Que en su vida atormentada y pobre, era ella como un vértigo de luz, de sensualidad y de ideal, que llenaba con su gracia inquieta y frívola todas las horas de su existencia.

Tenía Felicia el morboso encanto de la mujer inteligente y sabia, y un atractivo incitante. Era al mismo tiempo casta y discreta, como una matrona clásica; pícara y curiosa, como una dama florentina; castiza y sensual, como una andaluza; frívola y perversa, como una *midinette;* diversa y voluble, como su vida misma de danzarina, que había gustado el éxito, había sentido fijos en su cuerpo los ojos anhelantes de las muchedumbres.

Todo lo adoraba ella en su pasional inconsciencia. Y en la multiforme complejidad de su espíritu, gustaba al mismo tiempo de la fastuosa pompa de los triunfadores y de la mísera vida del bohemio. Le subyugaba el hombre de aventura y la mujer de tragedia. La belleza le extasiaba, y la fealdad le atraía con su encanto monstruo.

Alvaro, en sus largas conversaciones con ella, la había observado bien, lleno de asombro e inquietud. Y se había sentido irremediablemente preso en el hechizo inefable de los ojos claros de Felicia, en los que acechaban anhelantes los espías de todos los pecados.

El artista se sentía vencido, dominado, al fin, por el bien, la voluptuosidad y el sentimiento que se juntaban unánimes.

Alvaro había conocido ya a varias mujeres. De todas ellas, sólo

Santa, su novia de siempre, había sabido ir domando la fiereza pasional de él, cuyo carácter impetuoso y rebelde no quería doblegarme ni aun al yugo dulce y florido del amor.

Pero Santa había sido, en la vida del artista, el alma buena, llena de feminidad y de ternura, que tiene una sonrisa de perdón para todos los extravíos y un gesto de piedad para todas las desventuras. A Santa acudía siempre el artista en sus horas negras de desesperación y pesimismo. Y era ella siempre también la novia amante, que tenía ternuras de hermana, mimos de madre y palabras de consuelo para las inquietudes del amado.

Frecuentemente, el artista, espoleado por el deseo o el capricho, olvidaba a Santa en los brazos de otro amor fugitivo y violento, que pasaba dejando un nuevo desgarrón en el alma insaciable de Alvaro. Y cuando él volvía otra vez al cariño de na novia, siempre la encontraba esperándolo, ávida de curar con el bálsamo suave de su amor las heridas que en el corazón de él hicieron otras mujeres...

Pero ahora era bien distinto. Felicia le subyugaba por completo, y Alvaro sentía naufragar su voluntad en el alma de ella, lúbrica como la de una Mesalina, y lírica como la de una nueva Margarita Gautier.

El sabía que el amor de una mujer como Felicia era incitante y peligroso, como una de esas extrañas flores tropicales que matan con su aroma.

Decíase que era imposible que ella amara a ningún hombre, por aquella inconsciencia misma de su espíritu; sabía que un amor así sería una locura, un sueño malo, del que sólo podía despertarse con el alma destrozada, y, sin embargo, se entregaba a él ciegamente, con aquella avidez de peligro que llevaba a Juan Bart a encender su pipa sobre un tonel abierto lleno de pólvora...

Alvaro escuchaba sin atención la charla ruidosa de sus amigos, y fumaba nerviosamente cigarro tras cigarro.

Felicia tardaba. La orquesta preludiaba las notas de un vals. Era la una de la madrugada, y él, que se había despedido de su novia aquella noche más temprano que de costumbre, esperaba ya largo rato.

García, el escultor, peroraba incansable ante la atención irónica de los contertulios, narrando estupendos viajes a países de arte, donde no había estado jamás.

El pintor Hidalgo, que usaba una de esas melenas románticas que tanto inquietan a los burqueses de provincias, dibujaba figuras de mujer sobre el mármol de la mesa. Y Alamos, otro pintor andaluz, que cubría las solapas de su chaqueta de terciopelo con un amplio cuello de pulido encaje, echaba por décima vez agua en su copa, en la que la leche, por los continuados bautizos, tenía ya un color indefinible.

Al, fin Alvaro, que miraba impaciente a la puerta, vió alzarse la gruesa cortina, girar la mampara y aparecer a Felicia. Venía sonriente, sonrosado el rostro por el frío, tocada con una gorrita grana, un corbatín de pieles al cuello y las manos en los bolsillos de la entallada levita azul.

Antes de saludar dijo a Alvaro:

—Mire, mire qué frío hace — y tocó el rostro del artista con sus manos heladas.

—¿Y cómo ha salido usted así, con esta noche?

—Se me hizo tarde — contestó Felicia, — y al salir de casa, ya en el portal, noté que, con la prisa, se me olvidaban los guantes. Y por no subir otra vez...

Sè sentó en el diván junto a él, acurrucada y temblante, como una gata mimosa y friolera.

García, con un tesón digno de mejor causa, seguía impertérrito, narrando sus aventuras a un señor notario, de rostro carnoso y plácido, que aquella noche iba por vez primera a la tertulia.

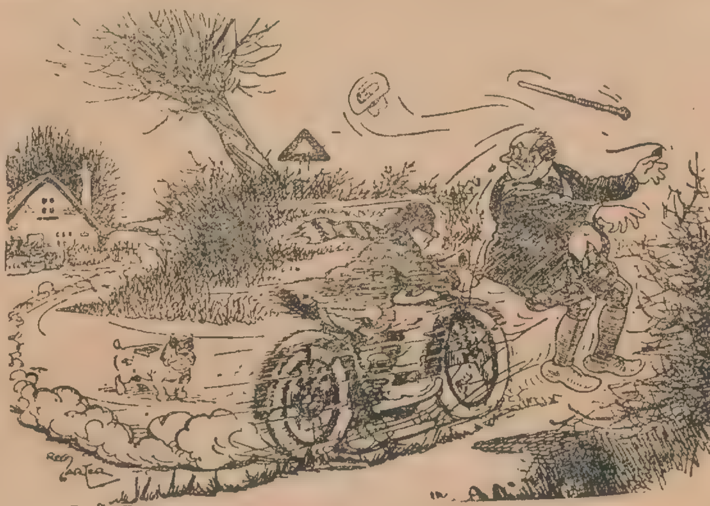
Y toda su filosofía de buen burgués, que a la salida del teatro acudía al café a tomar chocolate, se condensó en estas palabras, que dirigió a los contertulios refiriéndose a los que salían:

—¡Están locos!

A los demás no les extrañaba nada.

La nieve caía, lenta y mansa, poblando el aire, cubriendo la ciudad, imponiéndose a los sentidos como el motivo capital de una blanca sinfonía.

Cuando salieron del café, un fino viento glacial barría las calles, y una luz lecho y suave venía del cielo. Después, comenzaron a volar



—¡Eh! ¿A dónde va?
—Adonde quiera la máquina.

Felicia, que había permanecido silenciosa desde su llegada, preguntó de pronto a Alvaro:

—¿Quiére usted salir conmigo?

—Donde usted quiera.

—Pues vámamos por ahí, ¡de paseo!

—¡Vámonos!

Pagó Alvaro al camarero y, poniéndose Felicia el cuellito de pieles, se despidieron de los demás.

El señor notario, que defendía del frío su obesa cuarentena de años mediante el auxilio de las botas enguantadas, los trajes interiores de bayeta amarilla, el tapabocas y el gabán de pieles, no pudo comprender jamás cómo dos personas — al parecer, sensatas — podían salir a pasear gustosas bajo el frío de la noche invernal.

leves e impalpables las briznas heladas, y, por último, los blancos y rizados vellones de la nieve empezaron a caer, espesos y tenaces.

—¡Está nevando! ¡Qué alegría! murmuraba Felicia.

A los momentos, su gorrita grana parecía de armiño.

—¡Mire, mire qué bonito, Alvaro!

En los jardines, sobre los geométricos parterres, las plantas enanas daban sensación de una maravillosa flora polar. Los faroles, coronados de nieve, circundados por un halo blanquecino, irisaban su luz pálida y lívida en los cristales, perlados de la escarcha.

Alvaro y Felicia, resguardados en un portal de ancha cancela, se sentían invadidos por el encanto inefable del paisaje, lleno de silencio. Así permanecieron largo rato, callados los dos, embriagadas las almas por la poesía infinita de la noche, que era como un inmenso incensario, que enturbiaba sus pupilas de un leve tul de ensueño.

—¡Es extraordinario! — dijo de pronto ella. — Vi nevar muchas veces, y nunca me agradó tanto como ahora.

—¿Por qué? — preguntó Alvaro, ingenuamente.

—¡Porque me gusta usted! — le respondió Felicia.

Y después, como avergonzada de su audacia, escondió el rostro entre las manos.

El se las apartó suavemente y la miró a los ojos, a los grandes ojos claros, llenos de misterio. Y se besaron, con una avidez igual, preñada de deseos.

Había cesado de nevar. En el cielo, despejado y azul, sonreía la luna blanca y lírica.

III

Desde la inesperada declaración de Felicia a Alvaro, ambos, abstraídos de cuanto no fuera ellos mismos, sólo tenían tiempo y vida para su amor.

Se amaron locamente, furiosamente, presos de un vértigo voluptuoso y sentimental.

El artista, no obstante, más obligado por las realidades cotidianas, tenía momentos de desaliento, provocados por el conocimiento exacto de su situación. Otras veces, aquello que él llamaba celos retrospectivos, la consciencia de que aquella mujer tan querida había amado antes a otros hombres, diciéndoles, quizá, las mismas ardientes frases que a él, le exaltaba, desesperándole.

Y como un ritornelo, flotaba siempre en sus palabras la amargura de no poder ofrecer a Felicia todo cuanto ella pudiera desear: posición, fortuna, lujo...

—Esta vida — le decía Alvaro — es grotesca y es trágica. Imposible, además, para nosotros. Ya vez: cuando yo ambiciono sedas para tu cuerpo, joyas pára tus manos, recreo para tus sentidos, mi pobre vida de poeta sólo puede ofrecerte un beso ardiente para los labios, un madrigal fragante para tu oído.

—¿Y el cariño, Alvaro? ¿No es bastante? — interrumpía ella. — ¿Para qué, el lujo? ¿Para qué, las mil pequeñas cosas innecesarias?

—No, chiquita. Para qué, no. Ya habrás oído decir que el amor sin lujo, sin esos mil detalles que hacen grata la vida, puede compararse a un hombre que tuviera hambre y comiese pan solo. Se llena el estómago, es verdad, pero eso no es comer. Y en los banquetes del amor, las flores en la mesa, las copas de fino cristal, las luces, los licores, la música, los entremeses, tienen quizá más importancia que los manjares suculentos.

—¡Vamos, déjate de tonterías! — le decía ella, mirándole.

Y él, como siempre, sometido al influjo de los ojos amados, se callaba.

IV

Alvaro entró en el estudio de Hidalgo y, sin contestar al saludo de éste, le preguntó:

—¿Ha venido Felicia?

—No; no ha venido todavía.

El poeta fué a sentarse en un diván frente a la ventana abierta al jardín, en el que cabeceat...

ANECDOTA

En una ocasión durante, el capítulo de la célebre lucha electoral por la senaduría, se encontraron Esteban A. Douglas y Lincoln en un hotel. Lincoln habló francamente, con llaneza, y le dijo:

—¡Qué divertido resulta todo esto, Mr. Douglas! Vos queréis amarrar hombres y yo quiero soltarlos.

—Según eso — contestó aquel con ironía, — os parecéis a Cristo.

—No tan alto; pero busco, seguramente, su camino — replicó en broma Lincoln.

Y, en verdad fué el Cristo de que habla Castelar. Presidente sabio, hombre justo, gritó muy alto a los pueblos de la tierra desde el capitolio de su patria, y exclamó:

—Aquí, en esta tierra de la libertad y de las leyes, no habrá esclavos.

Y no los hubo.

lemnes, las verdes acacias seculares.

Hidalgo, de pie ante el caballete, contemplaba, acercándose y distanciándose sucesivamente, el cuadro en que trabajaba.

En el lienzo se veía, tendido lánguidamente sobre unos morados terciopelos, el cuerpo desnudo de una mujer.

Justificando el título del cuadro, "Flor de pecado", había interpretado el artista, con una realidad bella y dolorosa, la contextura, en espíritu y materia, de una mujer de vicio y de placer.

Sobre el fondo rojo del lienzo se destacaba, con todo su inquietante atractivo, el cuerpo desnudo de la hembra, en cuyos ojos florecían, en perversas irisaciones, todas las lubricidades y todas las malsanas delicias. Era el prototipo de la mujer de todos, con su belleza enfermiza y costosa, con sus labios hechos a recibir todos los besos y sus manos finas, expertas en todas las caricias.

Hidalgo, silenciosamente dejaba de vez en cuando una pincelada en el lienzo.

Alvaro, respetando la abstraída atención del artista en su trabajo, contenía a duras penas su impaciencia.

Todos los días, en unión de varios camaradas, Alvaro y Felicia pasaban en el estudio unas horas, que eran las más alegres de su idilio.

Aquella tarde, sin embargo, ella tardaba de manera inusitada.

Hidalgo dejó de pintar y se sentó junto al amigo.

—¿Tienes tabaco, Alvaro?

—Toma.

El pintor llenó su pipa y, lanzando al aire con delectación azules bocanadas de humo, comenzó a pasear por el taller, luego de cerrar la ventana, por la que entraba, sutil y penetrante, la fría brisa del atardecer.

Era el estudio un hotelito pequeño como un nido, enclavado en el centro de un amplio jardín, recatado del tráfago urbano, florecido de malvas reales y sombreado por viejas acacias.

El estudio, bautizado enfáticamente por un poeta con el nombre de "El Olimpo", era popular en todas las tertulias y cenáculos literarios.

Cuantos artistas sin fortuna, cómicos sin contrata, bohemios y aventureros de poca monta deambulaban por la ciudad, sabían las señas del taller como las de un seguro asilo para las noches trágicas, de desamparo y de miseria.

Entre los muros del estudio habían dormido y soñado despiertos varias generaciones de artistas.

El estudio era célebre en la barriada, por los escándalos que en él se daban. Desde las casas cercanas miraban el hotelito con un terror supersticioso, considerándolo como un antro lleno de misterios, donde se celebraban extrañas orgías ruidosas y del que salían mujeres pintadas y hombres melenudos de absurdo indumento.

En verdad, el estudio era simplemente el lugar de reunión de unos cuantos muchachos alegres e ilusionados, gente que comía poco y reía mucho, que celebraba bacanales y que tenía el vicio pueril de recitar versos a gritos...

Alvaro, para distraer su impaciencia, sacó unas cuartillas y comenzó a escribir, mientras el pintor, aprovechando la última luz de la tarde, trabajaba febrilmente.

De pronto, el débil crujir de unos pasos en la arena del jardín anunció la llegada de una visita.

Levantóse Alvaro para abrir, y a través de los cristales vió a Felicia que llegaba presurosa, como huyendo de la llovizna que empezaba a caer.

Empujó ella suavemente la puerta, y apenas entró se precipitó en los brazos del amante, que la acogió diciéndole:

—Chiquilla, ¿te ha traído la tormenta?

Ella, mientras estrechaba la mano del pintor, contestó:

—No, hijito, que he estado muy ocupada. No te creas... ¿A que no aciertas lo que he estado haciendo esta tarde?

—Tú dirás...

—Buscando casa.

—¿Pero otra vez vas a mudarte, loca?

—Sí; me es muy antipática ésta en que vivo. Y, además, tan cara...

—¿Y adónde has ido a caer ahora?

—Ya lo sabrás, curiosón, — y, cambiando de tono, añadió —: Pero, si estabais trabajando, no dejarlo por mí.

—Sí; yo voy a seguir, aunque ya poco se puede hacer, porque faltará la luz muy pronto.

Felicia, tras despojarse del abrigo y quitarse el sombrero, atravesó el estudio y fué a sentarse junto a Alvaro en el diván, y en su postura favorita: acodada en el almohadón, la mano en la barbilla y los pies sobre el asiento, recogida toda en sí, como un ovillo palpitante de carne y de sedas.

En los cristales del ventanal, poco a poco fijando la lluvia sus melancólicos diamantes.

Se hizo una pausa larga; uno de esos silencios que pesan en el alma y durante los cuales, mientras los labios callan, surge en la conciencia, con todo su vigor y su fragancia, el fantasma del recuerdo.

Alvaro, viendo a Felicia, sintiéndola junto a él, iba tejiendo en su memoria, en un éxtasis ideal y exaltado, el poema ya vivido con ella: las horas azules llenas de risas y optimismos; los días crueles de privación y de tristeza; los instantes de vértigo carnal y los de renunciación y de amargura, que ella espantaba con la alegre música de sus palabras, esperanzadas y frívolas.

Una honda inquietud conturbaba, no obstante, el espíritu del poeta: Felicia, tan ligera, tan gozosa, tan confiada y franca para todo, guardaba siempre una gran reserva sobre su manera de vivir.

Iba ella a buscar a Alvaro al café o al estudio y juntos pasaban la mayor parte de las horas. Pero había ciertos lapsos de separación, durante los cuales Felicia desaparecía, y no podía el amante saber nada de ella.

—¿Cómo vivía la bailarina, ahora que hacía ya más de dos meses que no trabajaba? Alvaro, respetando el silencio de su querida, cohibido también por un íntimo pudor de conocer la verdad que se imaginaba cruel y triste, no se atrevió nunca a preguntarle nada.

Sin embargos, aquellos tan frecuentes cambios de domicilio que Felicia efectuaba, cada vez a casas más modestas, le daban a entender bien a las claras la situación económica de ella.

Alvaro sufría el intenso dolor de saberse pobre e impotente para impedir aquel descenso irremediable de la amada, durante el cual él había visto desaparecer poco a poco de las manos de Felicias los lucientes anillos que la enjoyaban. Había visto cómo cada día ella transfiguraba su vestir, más modesto cada vez, y cómo, en fin, habíanse perdido aquellos soberbios juegos de blancas pieles, de cuya suave caricia tibia tanto gustaba la linda amante...

V

Una noche, Alvaro esperó a Felicia inútilmente en el café. ¿Qué sucedería para que ella no llegara, como siempre, a la hora prefijada?

Alvaro vivía por entero consagrado a su amante. Hacía ya mucho tiempo que Santa, su novia, le esperaba inútilmente todas las noches.

La tarde de aquel día, Alvaro y Felicia se separaron, quedando citados para el café a las doce de la noche. Eran ya las dos, y Felicia no llegaba.

Alvaro — el alma en los ojos — miraba a las mamparas de cristales de la puerta, creyendo distinguir en la bruma del pequeño pasillo a Felicia, en todas las mujeres que entraban.

Su inquietud iba en aumento. Al fin, el artista, torturado a su pesar por una sensación indefinible — angustia, rabia y celos —, se dispuso dejar el café, dando recado al camarero de que si llegara Felicia, le esperara.

Salió a la calle. La noche era ventosa y húmeda.

Al llegar frente a otro café concurrido por ellos, Alvaro pensó que quizá ella, como había pasado otra vez, le estuviera allí esperando, creyendo equivocadamente que era el sitio de la cita.

Cruzó la calle y antes de entrar en el café, por el filo que dejaba la interior cortina blanca entre el marco de la ventana y los cristales, vió sobre el mármol de una mesa, unos diminutos guantes negros.

Se estremeció. Aquellos guantes tan conocidos, tan besados por él, eran los de su querida. Los hubiera distinguido entre mil.

De repente, lleno aún de aquella emoción que siempre le invadía al encontrarla a ella, al hallar algo que a ella perteneciera, vió que en la misma mesa, una mano varonil, gruesa y ensortijada, cogía uno de los guantes y jugaba como distraídamente con él.

Un vértigo le cegó las pupilas. ¿Cuánto tiempo permaneció como perdido, hundido en el trafago de la calle? No pudo precisarlo jamás.

Cuando de nuevo miró por la cristalerías, los guantes negros no estaban ya sobre el velador, y por la acera, junto a él, pasaba, sin verle, Felicia, cogida del brazo de un hombre alto, elegante, envuelto en un magnífico gabán de pieles.

Con la vista los siguió hasta que se perdieron a lo lejos.

Sintió asco, dolor, amargura de verse pobre y solo en la noche invernal, y como el que corre de sí mismo, huyó.

Vagó a la ventura por las calles desiertas, mascullando insultos,

Mi gran amor inmortal

¡Oh, amada mía! Te amo tanto, tanto,
que ya quererte más es imposible.
¿Cómo será mi amor que hasta con llanto
te escribo ahora estos versos? Increíble

por su inmensa grandeza es este ensueño
que quisiera encarnar en tu hermosura.
¡Oh, divina deidad! Santa criatura:
cuanto más pienso en ti, mucho más sueño.

Y es que en estos amores sobrehumanos
influye por demás la Ley Divina
y nos unió el Destino ya en el cielo.

Yo conozco del mundo los arcanos
y sé que tu belleza peregrina
me llenará de amor, dicha y consuelo.

Luis García Blanco.

amasando injurias, con un temblor de venganza en el alma y un sabor acre y sangriento en la boca.

Palabras crueles, frases de desprecio y de odio le rebosaban en el corazón hasta los labios. Vería a Felicia, le escupiría a la cara su traición, la insultaría como a una ramera, ¡como a lo que era, al fin!

Alvaro siguió durante dos horas caminando sin rumbo a través de la ciudad, con un paso lento y grave de hombre abstraído.

Sin darse cuenta, Alvaro había llegado de nuevo junto al mismo café. De repente, sintió que le sujetaban por un brazo: era Felicia.

—Pero, chiquillo, ¿dónde vas tan ciego?... ¡Y yo esperándote tanto tiempo.

Toda la rabia del amante iba a estallar frenética.

Pero ella le miraba; le miraba sonriente, tranquila, con sus ojos claros, llenos de alegres promesas.

Y Alvaro se cogió de su brazo, y no le dijo nada. ¿Para qué? ¡Si, después de todo, la quería aún más locamente.

Después, ya en casa de ella, vió Alvaro cómo Felicia, al desnudarse, sacaba de entre una de sus medias, aún puesta, un billete de Banco y lo guardaba con disimulo en el tocador.

Y él siguió en el lecho, esperando ansioso.

Era el primer paso, en el camino de su amor, cuesta abajo... Su vida estaba hechizada por el maleficio de los ojos claros de Felicia.

VI

Alvaro, acostumbrado ya a la rara conducta de Felicia, a sus desapariciones súbitas y sus frecuentes cambios de domicilio, no se extrañó de recibir una carta de ella citándolo para aquella noche en una buñolería.

Cuando el poeta llegó al cafetín, ya estaba en él Felicia, sentada junto al mostrador ante una mesa con tapa de mármol.

El humo de los buñuelos encarecían el ambiente, tendiendo bajo las luces una gasa azulada.

Alvaro, después de saludar a su querida, se sentó junto a ella y le preguntó, extrañado de verla seria y un poquito ceñuda:

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Pues nada de particular, hijo. Que he tenido un disgusto con mi patrona, que estaba ya harta de cobrar en promesas mi hospedaje, y me ha puesto bonitamente en la calle. Por eso te he escrito citándote aquí para que no llegaras esta noche a casa a buscarme.

—¿Y ha sido así... sin aviso?

—¿Qué más aviso querías que tres meses de trampa, chiquillo?

—¡Pues nos hemos divertido, nena! Precisamente me coges en fondos; creo que no llega a dos pesos el dinero que tengo para toda mi vida.

—¡Vamos, tanto! Ni que nos fuéramos a apurar por tan poco. Una mala noche dondequiera se pasa. Mañana será otro día, y veremos. Mira — añadió Felicia: — podemos irnos a pasar lo que resta hasta el día aquí cerca, a casa de una antigua amiga: una tal doña Flora que conocí yo hace ya tiempo, también en unos días malos.

—Como quieras. Estoy dispuesto salir a respirar aire puro. Aquí dan café con ácido carbónico.

El mozo del cafetín servía en pequeñas pócimas un líquido oscuro, en el que los concurrentes esponjaban ansiosos los buñuelos.

Poco a poco fué llegando gente de diferente catadura: menestrales trasnochadores, que bebían con prisas su taza de brebaje; pobres, vergonzantes, mujeres anémicas, de ojos de fiebre y labios de bermellón, que tenían en el semblante un gesto de dolor y de hastío.

En un asiento próximo, un viejo barbudo, tocado con una gorrilla deshilachada, cabeceaba somnoliento.

Alguien que conocía al viejo se acercó a él y le instó — previa promesa de propina — a que tocara la flauta.

Accedió el anciano. Restregándose con el dorso de la mano los inquietos ojos lacrimantes, la nevada barba que encuadraba el rostro rugoso y moreno, y sacó del bolsillo de su chaqueta la vieja flauta, compañera de sus andanzas mendicantes.

Temblaban en el silencio del cafetín las notas de la flauta, y al conjuro de la música parecía surgir ante los ojos el bucólico encanto de las campiñas, bajo la claridad de los cielos tranquilos que reflejan la esmeralda brillante de los prados fértiles, las blancas alquerías, la geórgica calma de las cumbres nevadas y el encanto pastoril y fragante de las fiestas en los poblados rústicos.

El dulce hechizo de la música perlaba el silencio. Todos dijéranse envueltos en un halo de encanto y de misterio, cuando una de las hetairas, húmedas por la emoción las pupilas, se incorporó en su asiento y comenzó a cantar.

En los labios pintados y viciosos de la pecadora era casta y jugosa la dulce balada de la tierra alta, donde las pasiones son tranquilas, y las danzas honestas, y los hombres callados, y las mozas humildes, sonrosadas y fecundas tienen el encanto apetecible y generoso de un fruto sano y en sazón.

. . . .

Cuando Alvaro y Felicia salieron del cafetín, en la calle soplaba un fino viento glacial.

—¿Y ahora, qué hacemos, Felicia? — preguntó Alvaro a su amante.



EL AVIADOR A SU ESPOSA.—El hecho de que yo haya batido el recor de altura, no es una razón para que tú intentes hacer lo mismo...

Y ella, abrazándose a su cuello, le respondió alegremente:

—¿Qué hemos de hacer, tonto? Pues lo que siempre: ¡querernos mucho!

VII

En la alcoba sólo se oía el tictac monótono e incansable del reloj colocado en el tocador.

Alvaro, en el lecho, tendido boca arriba, fumaba un cigarrillo. Junto a él, Felicia, acostada también, con los brazos en arco, sosteniendo entre las manos su cabeza apoyada en la almohada, los ojos fijos en el globo rosa de la luz, permanecía extática, como abismada en un pensamiento único.

De pronto Felicia, incorporándose, se sentó en la cama, alisóse con los dedos hacia atrás la rizada melena y, acodándose sobre la almohada, junto a Alvaro, mirándole fijamente, le dijo:

—Bueno, ¿y tú crees que podemos seguir así?

Alvaro, sorprendido, le contestó tan sólo:

—¡Explícate!

Felicia, lentamente, como midiendo las palabras con una seriedad inusitada en ella, dijo:

—Mira, Alvaro: hablemos por vez primera en serio. Y no vayas a saltar — como siempre — con uno de esos prontos tuyos, ¡que me dan tanto miedo! No seas fiera, ¿sabes? — añadió acariciando la frente de su amante.

—¡Bueno; no empecemos, que no es cosa de juego!

Y volviendo a su anterior seriedad, siguió ella:

—Mira: yo no quisiera hablarte de estas cosas. Pero... no hay más remedio, aunque nos duela. Así no podemos seguir ni un día más. Yo, sobre todo, es imposible que continúe. ¡No; no te asustes, que no hablo de dejar de querernos! ¡Eso, nunca, chiquillo!

Y ahora fué ella la que besó al amante.

—Es que — continuó — para que esto sea posible, yo tengo que hacer algo, algo... útil. Trabajar, por lo menos. Desde que nos conocimos, ¡ya vez! ¡Sólo contigo, contigo siempre.

Alvaro hizo un gesto de duda.

—No; no me contradigas. Si algo, como lo de las otras noches, ha sucedido, ha sido por eso: por sostener algún tiempo más esta situación insostenible. Pero, ¡ya puedes calcularte!, es una cosa que me molesta, que me repugna..., por tí y por mí. De modo...

—Bien — le interrumpió Alvaro: no sigas. Yo también había pensado en ello. Esto ha sido una locura, un vértigo, ¡yo qué sé! Por fortuna, nos hemos dado a tiempo cuenta. Tú nada haces junto a mí; yo, contigo, tampoco, y no hay modo de seguir unidos. Nos separaremos y procuraremos olvidar.

Y luego, con voz cálida, temblante de pasión, añadió:

—¡Si es que yo puedo olvidarte alguna vez!

Felicia no le dejó acabar. Sus labios sellaron con un beso en la boca del varón.

—No, no; ¡eso, nunca!...

Después ella, en voz baja, con esa voz insinuante y cariñosa con que las mujeres nos confían las cosas a que nos quieren obligar, habló largamente.

No se trataba de separarse. Aquella tarde había estado a verla un agente artístico, antiguo amigo suyo, que venía a ofrecerle un contrato para bailar en un café-concierto. Ella se había excusado de aceptar hasta no consultar con Alvaro.

—Porque yo — decía —, aunque tú digas siempre que no te quiero, estoy decidida a no separarme de tí.

El contrato era ventajoso; su duración, de dos meses; la esperanza de prórroga, si gustaba; el sueldo, tentador; ocasión de una *tornée* por toda la región y a América, quizá. Ella no se iba sin él, de ningún modo. Había de acompañarla; no tenía Alvaro que preocuparse de nada...

—Ahora, que ya sabes, chiquito: hay que ser menos fiera, más prudente, más dócil... Y yo te querré siempre, ¡siempre!... La vida hay que tomarla como se presenta.

Alvaro, incorporándose en el lecho, prorrumpió:

—Pero ¿tú sabes lo que me propones? ¿Te das cuenta de lo que

LA TRAICION

Entre las ramas del pomposo roble
Hipócrita se oculta;
Se arrastra por la alfombra de violetas
Que tu jardín perfuman.
Vive en el fondo de la mar hirviente,
Del río entre las brumas,
En las ondas del aire, en los reflejos
del sol que nos alumbra.
Cuando en el alma humana encuentra abrigo.
No hay sierpe más inmunda;
Que la nutren el odio y la perfidia,
La cólera y la duda.

Manuel del Palacio.



dices, mujer? Yo, por ahí contigo, sirviéndote de acompañante, ¡de chulo!, como tantos otros...

Ella, que aún esperaba mayor estallido de furias en el amante, tomó el partido de no contradecirle. Y cogiéndose a él, muy cerca, junto al oído, con su voz insinuante y cariñosa, le dijo:

—Si. ¿Y qué te importa? Yo siempre para tí, toda, de verdad... ¡mi chiquillo, mi alma, mi chulo!

No pudo concluir. La mano de él cayó brutal sobre su rostro, dándole una bofetada terrible, que la derribó contra la almohada.

Alvaro, fuera de sí, ni la miró siquiera. La proposición insultante le había trastornado.

Se veía acompañando a Felicia en sus correrías por extrañas ciudades, sirviéndole de ridículo rodrigón en el ambiente canalla de los *music-halls* y los teatros de ínfimo orden, bailando ella para un público brutal, que rugía y palmoteaba- ebrio de lujuria. Y luego, las fiestas de última hora en las kursaals, alternando las artistas. — Felicia también — con los parroquianos rumbosos..., mientras él, discretamente, se marchaba a esperarla en el hotel.

¡Oh, cuánta miseria, indignidad y vicio le reboso en el alma!

Como una evocación, plástica y conmovedora en toda su fuerza de contraste, surgía para él la visión de su casa paterna — allá en la blanca ciudad andaluza —, con su ambiente de paz y de trabajo. Veía a su padre, afanado en un laborar contínuo y anhelante por el sostenimiento del hogar y el futuro de los hijos; y a su madre — la bendita madre llena de ternura, — que lloraba siempre, inquieta, por el hijo que partió un día a la conquista de una gloria quimérica y amada.

Recuerdos de la infancia, caricias de la madre, juegos de niños, canciones olvidades, volvían a su memoria. Y con ella, el recuerdo de Santa, la novia dulce, casta y buena, que esperaba siempre, como una virgen cuidadosa, manteniendo encendida la lámpara de su amor.

Hubo un desbordamiento de emoción en su alma. Aquello, la casa paterna, el arte, la pasión honda y serena, promesa de hogar futuro, era su vida. A ella debía ir, rompiendo de una vez aquel lazo de tormento y voluptuosidad que le ataba a Felicia.

La amante lloraba; lloraba en silencio, sin quejarse.

—¡Alvaro, Alvaro! — gimió al fin — ¿Por qué me has pegado?

El, subyugado, envuelto en la atracción irresistible de los ojos amados, se acercó..

—¡Perdóname. No punde contenerme, no me dí cuenta de lo que hacía.

Ella le rodeó el cuello los brazos, y con sus besos cálidos, impregnados del acre sabor de las lágrimas te otorgó el perdón.

Felicia, que le conocía a fondo, sabía que Alvaro, pasado el primer ímpetu, la escucharía sin replicar.

Y en el silencio de la noche, teniéndolo sujeto, preso en las tibias, fragantes cadenas de sus brazos, Felicia, con su voz queda, que era una caricia y era un arrullo, comenzó a hablar, convenciendo al amante, venciendo sus escrúpulos, espoleando sus deseos, avivando su amor.

El se sentía vencido, rota su voluntad por el maleficio de aquellos ojos que le llenaban de pasión el alma.

Ella seguía hablando, evocando el recuerdo de las felices horas preterítas, los paseos sentimentales, besos fortuitos, las entrevistas ansiadas.

Y todo aquello podía seguir, no acabarse jamás. Ella trabajaría para los dos, mientras él también luchaba a su lado, siempre a su lado, haciendo arte de felicidad. No había más que decidirse, vencer aquellas preocupaciones pueriles, tener fe en ella, que le querría siempre, siempre.

Alvaro se sentía sin fuerzas para resistir.

En su interior le parecía escuchar una voz que le decía: "Tú la quieres, la quieres como jamás pudiste sospechar. Y ya no serás hombre, ni artista, ni nada más que lo que ella quiera".

Y como ante una fuerza implacable y fatal, Alvaro se rindió, diciendo que sí a todo.

Miró a Felicia. Y como un hombre que, sabiendo que ha de estrellarse, se lanzara a un abismo, cerró los ojos y la besó en la boca.

MAXIMAS

En la composición de las pasiones entran en tanta parte la justicia y el propio interés, que es muy peligroso obedeber sus dictados; y debemos estar siempre en guardia contra ellos, aun cuando nos parezcan muy razonables.

La ausencia destruye las pasiones pequeñas y encienda las grandes, a la manera que el viento extingue una bujía y da incremento a una hoguera.

Mientras el corazón se halla agitado por los restos de una pasión, es más susceptible de otra nueva, que cuando se encuentra en absoluto reposo.

El que no está contento con nadie es mucho más desgraciado que aquel con quien nadie está satisfecho.

La soberbia es la misma en todos los hombres; sólo varían los medios y maneras de manifestarse.

No parece sino que la naturaleza, que tan sabiamente adaptó los órganos del cuerpo a nuestra felicidad, nos hubiese dado, con el mismo objeto, soberbia bastante para evitarnos el disgusto de conocer nuestras imperfecciones.

La soberbia nunca deberá nada y el amor propio jamás querrá pagar.

Prometemos con arreglo a nuestras esperanzas, y obramos con sujeción a nuestros temores.

La prudencia y el amor están en relación inversa: a medida que el último aumenta, la otra disminuye.

La ambición de merecer alabanzas, fortifica nuestra virtud. Los elogios tributados al ingenio, al valor y a la perfección, sirven para aumentarlos.

Sucede con las buenas cualidades, lo mismo que con los sentidos; son incomprensibles para los que carecen de ellos.

Necesitamos que la fuerza influya sobre nuestra razón.

Nunca deseamos con ardor lo que apetecemos racionalmente.

Por muy grande que sea la ignominia en que hayamos incurrido, casi siempre estará en nuestras manos el restablecer nuestra reputación.

Rochefoucauld.

VIII

Cuando Alvaro Real entró aquella tarde en su casa, estaba decidido a marcharse con Felicia.

Toda su voluntad para hacerla desistir se había estrellado contra la tenacidad de ella segura del imperio que sobre el amado ejercía.

El contrato de la bailarina estaba firmado ya. Al día siguiente, por la mañana, saldrían para otra ciudad, desde donde — después de actuar ella — se embarcarían con rumbo a América.

Los días que siguieron a la violenta escena entre los dos, que terminó con un consentimiento de él a cuanto la amada propuso, los habían empleado ambos en los preparativos del viaje.

Aquella tarde, ella le había dejado que volviera a su casa para arreglar el equipaje y prepararse a la marcha.

Apenas entrado en su cuarto, cuando empaquetaba los libros que había de guardar en la maleta, la criada de la fonda llamó a la puerta de la habitación.

—Señor Alvaro.

—¡Pase!

Entró la criada.

—Tome. Aquí hay desde esta mañana una carta para usted.

A Alvaro le dió un vuelco el corazón. En el sobre que le alargaba la doméstica había reconocido al momento la letra de su novia.

La carta, en la que los caracteres temblorosos denotaban la nerviosidad de la mano que los había escrito, decía así:

"Alvaro: Por tu madre, por todo el tiempo que nos hemos querido, te suplico que vengas, aunque sea por última vez, a verme esta noche. — Tuya, *Santa*".

Alvaro permaneció quieto, como hipnotizado, fija la vista en la carta de su novia.

Después se sentó pensativo al borde de la cama, y lentamente fué rompiendo la carta en menudos trozos, que iban sembrando el suelo de la habitación.

Como siempre, la novia olvidada, la novia que siempre esperaba, le llamaba a su lado.

El laconismo de la carta indicaba claramente para él el estado de ánimo de Santa. Era una súplica fogosa, vehemente, con el sintetismo de todo lo hondamente sentido, que desdeña las palabras vanas.

¿Qué hacer? ¿Marcharse sin verla? No; no merecía Santa tal proceder. Si así lo hiciera, el viaje de él parecería entonces una huída incomprensible que dejaría a Santa anonadada, llena de esa desolación que nos producen las cosas inexplicables.

Además, era — aun dentro de su crueldad — más noble, más digno, ir a ver a Santa, y de una vez, con toda franqueza, decirlo lo que ocurría. Desengañarla para siempre de aquel amor que huía con él. Le parecía humano, mejor que la marcha en silencio, ir a Santa y decirla toda la verdad, no dejándola lugar a duda ni esperanza.

Así procedería, al menos, con lealtad. No engañándola, podía decirle que todo concluía ya entre los dos; que él había encontrado otra mujer, que se había enamorado locamente de ella y que con ella se iba, diciéndoselo antes para que no pudiera llamarle traidor. Esto era lo mejor que podía hacer.

Se decidió. Permaneció aún largo rato en su casa arreglando su ropa y guardándola en la maleta. Y ya al atardecer, se dirigió en busca de Santa. En aquel momento no había en su alma remordimiento ni compasión. La inquietud del viaje próximo, de la marcha con Felicia, suya ya para siempre, le embargaba por entero.

Alas que cantan. Insectos tan músicos como los pájaros

Las aves son vocalistas; poseen lo que se llama voz, cantan con la garganta.

Muchos insectos cantan también, les gusta la música y la producen aunque no tengan cuerdas vocales.

Estos insectos más que cantores son instrumentistas; emplean sus alas, sus élitros frotando uno sobre otro o haciendo vibrar sus alas con las patas. Nos referimos solamente a los ortópteros, en los que están incluídos los verdaderos grillos, lan gostas, saltamontes, etc., musicales.

Hay otros insectos que cantan, como las cigarras, o zumban, como ciertos moscardones, y producen ruidos fortísimos, estridentes en los calurosos días de verano. Estos son hemípteros, y su música está producida por organismos especiales de su cuerpo, por cavidades en las que ciertas membranas puestas en rapidísima vibración producen chirridos y zumbidos fuertes y penetrantes. Algunos de estos sonidos pueden compararse al ronquido o ronrones de satisfacción que producen los gatos cuando se les acaricia.

Los insectos cantan, decimos, pero su canto es mecánico, instrumental; música de fricción, que si hay que compararla con algún instrumento será con el violín. Una ala o una pata hacen las vaces de arco y el ala es el violín.

Las patas largas traseras tienen a lo largo una especie de sierras o limas con sus dientes que las pasan sobre los élitros, o bien raspan una ala sobre otra. Los grillos y las langostas son ejemplos de estos músicos instrumentistas.

En las alas de estos insectos, una de ellas está provista, como decimos, de dientes microscópicos que raspan oblícuamente sobre un borde afilado o vena de la otra ala, produciendo el incesante cri cri del grillo o las notas de ciertas especies de saltamontes.

Así como hay varias maneras de colocar el violín, los insectos tienen también formas variadas de manipular sus instrumentos para producir las vibraciones que dan las notas.

Los pequeños saltamontes mueven sus patas traseras frotando con ellas sus alas plegadas, y así producen un sonido suave, apagado y débil.

Otras langostas dan un salto y en su vuelo producen un sonido musical. Son cantores que solo cantan cuando vuelan.

Hay en California un gran saltamontes, el Dissosteria carolina, que presenta la particularidad de que cuando quiere cantar da un vuelo, se eleva como un par de metros o más en el aire y allí durante unos momentos se cierne en el mismo punto y produce su cántico. Al bajar al suelo calla y en tierra permanece silenciosa, hasta que de nuevo vuelve a volar. Hasta ahora no se conoce ningún otro insecto de esta familia que solo cerniéndose en el aire cante. Como la alondra necesita abandonar el suelo para lanzar sus notas.

La especie de saltamontes llamada Spharagemon bolli, la de rayas verdosas o Chortophaga viridifasciata, la de alas amarillas y algunas otras cantan también en el aire, pero siempre en vuelo progresivo. Solo la de Carolina ha aprendido a mantenerse en el espacio en un mismo punto, inmóvil al parecer mientras canta.

Los insectos musicales producen dos clases de sonidos. Uno de ellos es lo que podemos llamar ruido sencillamente, como el de las langostas, saltamontes y Pterophyllas camellifolia, y el otro verdadera música, como la de los grillos. Los primeros chillan, producen un chirrido duro, igual, más o menos penetrante, que nada tiene de armonioso ni musical.

Por otro lado, vemos que el grillo produce notas argentinas, cristalinas, su canto tiene algo de campanilleo, pero siempre musical.

Entre los grillos del Nuevo Mundo tenemos grillo arbóreo que en agosto lanza sus notas bajas, dulces, melodiosas, adormecedoras; el grillo de anchas alas, que deja oir en septiembre tus tonos graves de campanilla, y el grillo saltador que en frescas tardes de otoño deja oir su canto, que parece melodioso cascabeleo.

Los grillos y langostas varían en carácter, las hay salvajes y fieros; los hay sociales y amigos del hombre. Se les encuentra en todas partes: debajo del suelo viviendo en obscuras galerías que ellos se abren como el grillo topo, cuya habitación es un verdadero laberinto; otros viven entre las hojas secas, entre las hiervas, en los arbustos, en los árboles, en nuestras mismas casas.

Un nuevo proyectil de cinco toneladas. A la luna, a siete millas por segundo

Cuando Charles Fitghugh Talman, del Servicio Meteorológico de los Estados Unidos, hizo públicos los progresos que la ciencia meteorológica realizará en el año 1927, contaba con las posibilidades que ofrecería un proyectil que con una fuerza suficiente para llegar a la luna estaba construyendo el profesor R. H. Goddard, de Clark University.

El sueño de llegar a la luna progresa, desde la fantástica imaginación de Julio Verne, y es actualmente un problema plenamente basado en cálculos matemáticos y en perfeccionamientos de ingeniería. Todo esto es considerado dentro de lo posible por grandes eminencias científicas de Europa y América.

Dos de estos sabios, el profesor Herman Oberth y el doctor Franz Hoeff, de Viena, construyen también un proyectil de cinco toneladas, con el que esperan llegar a la luna en dos días.

Las pruebas llevadas a cabo se han realizado con pequeños proyectiles, copias del modelo, con los que se ha conseguido altitudes de muchas millas, y los cuales han vuelto a tierra por medio de un paracaidas que se abre automáticamente cuando el proyectil no tiene fuerza suficiente para seguir elevándose.

Otro proyecto es el de Max Valier, joven autrohúngaro aviador y astrónomo, que está construyendo un proyectil para atravesar la atmósfera.

Todos los diversos modelos están basados en el mismo principio: todos ellos parten de una nave en forma de proyectil puesta en movimiento por el combustible que lleva dentro. La reacción del gas consumido calculan que moverá el proyectil a una enorme velocidad

El modelo del profesor Oberth consiste en un proyectil con tres cámaras separables en la parte posterior; tres cámaras, que llevan, la primera alcohol y la otras dos hidrógeno. Este proyectil tendrá una velocidad media de siete millas por segundo. Durante la marcha del proyectil la velocidad se aumentará, dejando caer las cámaras conforme los gases se vayan consumiendo, disminuyendo en esta forma el peso del proyectil.

Hace varias semanas, en un Congreso de Astronomía celebrado en Viena, se acordó constituir una Sociedad para el estudio de estos problemas y llevar a cabo el proyecto.

Las palabras del muchacho

—Dale riend'a ese petiso, vamos a dir al galope;
el sol v'apretar, m'hijito, y el camposanto está lejos.
Cuidá bien las margaritas, que no se desat'el ramo
pá la pobre finadita que se jué hase tanto tiempo!...

¿Tí acordás, m'hijo, entuavía, de la que jué tu agüelita?
—¡No me víacordar!... Y diga,—vengo pensando hase [rato—
tatita: ¿Porqu'és qu'en antes díbamos al sementerio
sin perder nunca un domingo y áhura dimoramos tanto?

¡Pucha!... ¡La vida!... ¡Canejo! Una gotita di olvido
deja en el vaso del alma tuitos los días del año!...
¡Tan di a poco, tan dispasio, qué cuand'uno se dá cuenta
ve, con dolor y con rabia, qu'está cuasi yeno el vaso!...

¡Y he güelto ahugáo a mi rancho! ¡Ni he pitao en tuito [el día!
que me arden com'un reproche, las palabras del muchacho:
"Tatita: ¿Porqu'és qu'en antes díbamos al sementerio
sin perder nunca un domingo y áhura dimoramos tanto?"

Guillermo Cuadri.

Aeroplano semejando una gaviota

Estudiando a las aves de vuelo sostenido y largo el inventor de este nuevo aeroplano encontró nuevos secretos de poder y velocidad. Mr. Leonard W. Bonney, de Flushing (América), su constructor, se fijó, principalmente, en las gaviotas, conocedor profundo de las características de vuelo de éstas, sobre esas características trazó sus planos.

Las alas de este aparato pueden desplegarse y recogerse por medio de una palanca hidráulica. En el instante en que las ruedas tocan la tierra las alas se repliegan y el peso total del aeroplano actúa sobre aquellas, facilitando así el que el aparato pueda encerrarse en locales pequeños.

Las experiencias de Bonney datan de 1910, de los primeros tiempos de la aviación. Entusiasta de la aviación pronto observó que ésta tiene aún secretos cuyo conocimiento total se logrará conociendo los métodos de vuelo de las aves. Decidido a que la gaviota fuese su único modelo, cogió varias de éstas, midió su extensión de vuelo y el peso que podrían transportar. Al fin encontró una que respondía a los cálculos que tenía hechos sobre las características de las anteriores y las que deseaba reunir en su aparato.

Con los cálculos detallados y tras de un intenso trabajo de preparación y estudio el inventor se decidió a construir el avión. Hechas las pruebas particulares vió que tomaban realidad sus cálculos y entonces, seguro del camino a recorrer, hizo públicos sus trabajos.

En el vuelo el aparato va equilibrado e impulsado por las alas flexibles. Lleva también motor de gasolina dispuesto de modo que puede serle en todo momento eficaz.

Dentro del cuerpo del aparato a la cabina semeja el interior de un automóvil. Lleva asiento para dos pasajeros.

El constructor afirma que si su aparato no resuelve los secretos que la aerodinámica encuentra actualmente, no debe desecharse porque responde a una idea cuya base científica tendrá con el tiempo completa confirmación, sobre todo si se observa que los constructores tienden hacia el ala volante en los aparatos buscando las menores resistencias.

Bonney sin apartarse del conocimiento de principios esenciales de la mecánica aérea quiere apartarse en sus ensayos de todo lo que no responda al logro de un equilibrio sostenido por las condiciones naturales de construcción y funcionamiento del aparato nueva ave mecánica.

TRES LUCES

Por Luis Enrique Rezzo

(Para FRAY MOCHO)

"Portofino. Algo que no puede describirse, pues parece que todas las bellezas de la creación tuvieran allí sus fuentes inagotables donde proveerse para esparcir encantos y poesía por el mundo".

Esta era la frase, no excesivamente poética, que Fernando Riales anotara en su libreta de viaje cuando por vez primera se encontró ante el raro espectáculo que la naturaleza ofrece en ese rincón de la exuberante costa de Liguria, donde todo es armonía de colores y reflejos luminosos.

Aunque culto y profundo en su materia, Fernando Riales, que era médico, carecía de sensibilidad, y esa fué, quizás, la única vez que un paisaje le inspiró una frase.

Y si ahora no podía olvidar los días pasados en Portofino, más que a las por él mismo ponderadas bellezas naturales era debido a una sensación diferente, aunque siempre de género estético, que allí había probado.

Esa sensación se llamaba Celina del Vasto. Vivía, ella, en suntuosa mansión señorial a orillas del mar verde-azul, de ese mar que más bien dicho — presentaba en ese punto predilecto del mundo un color intenso y suave a un tiempo que no tiene nombre y que no puede verse en ningún otro punto de ningún otro mar, aunque con asombro, Riales lo viera — ese color misterioso y hechicero — en los ojos de Celina, de quien se prendara.

Pero, en las pocas visitas que le hizo entonces, después de haberla conocido en el kursaal de Rapallo — poco distante de allí — nunca había encontrado la oportunidad o el coraje para expresarle ese sentimiento que él — en sus treinta y cuatro años de vida toda dedicada a la ciencia — aun no había experimentado.

Era por Celina que ahora Fernando Riales volvía a Portofino, después de viajar largamente, visitando clínicas y conferenciando con grandes colegas sabios, según le había encargado su gobierno al mandarle en Europa.

Terminada su misión, él habría debido volver y no era poco la nostalgia que de su ardiente tierra suramericana sintiera. Pero el recuerdo de Celina había triunfado.

* * *

Cuando, después de instalarse en el hotel de la localidad que — situado casi sobre la cumbre de un cerro que descendía a pique hasta el mar — dominaba los jardines de Celina, comunicó a ella su llegada, no tardó en recibir un mensaje donde la dueña de sus pensamientos le citaba, en su casa, para la noche.

Muy largas fueron para Riales esas horas de espera en el hotel. que dedicó casi exclusivamente al arreglo de su persona, pues la costumbre de frecuentar hospitales más salones que salones, había imprimido en él un sello de descuido e inelegancia que sólo en esa ocasión se le ocurrió constatar.

Cuando, después de bajar a pié por el sendero que culebreando entre naranjos y palmeras llevaba a la carretera donde tenía su ingreso la "Villa del Vasto", fué introducido por un mayordomo en la vetusta mansión, estaba hondamente impresionado.

Ella le recibió en el dintel: Sonreía.

—Agradable sorpresa, doctor! y ...¿Se puede saber de dónde llega, después de habernos dejado tanto tiempo sin noticias? Hablaba como en broma, sin interrumpirse:

—¿Y se quedará, al menos, más que la otra vez? — Ahora comenzará la estación veraniega, y cuento con usted para mis excursiones...

El, luego de haberle besado ceremoniosamente la mano, le preguntó por el marqués del Vasto, su esposo.

—En la costa azul, amigo mío; usted conoce la pasión que le domina... Y ahora que el gobierno ha prohibido el juego de azar en Italia... va a Monte Carlo. Yo prefiero la quietud serena de Portofino, y... le dejo ir solo!...

Mientras hablaba y reía, Celina — que Riales encontrara más que nunca hermosa — le había hecho pasar — a señales y precediéndolo — en su pequeño salón de recibo que comunicaba con una asaz amplia terraza que daba hacia el mar.

Hahía allí poca luz.

Algunas lámparas veladas de colores obscuros, sobre los muebles, constituían toda la iluminación del aposento. La terraza que se extendía a continuación del mismo, cuyas puertas estaban de par en par abiertas, se hallaba sumida en la obscuridad de la noche sin luna.

Se sentaron. El, — a pedido de la marquesa — habló de sus viajes, de las diversas sensaciones que recibiera observando esto y aquello, de las personalidades que había conocido, de sus estudios y experiencias...

Celina, que oía con disimulado desgano, pues esperaba llegar el momento en que él se decidiera a declarársele, como había esperado, desde el año anterior, el momento de su regreso a Portofino, contemplaba distraídamente la extensa mancha obscura del mar.

En cierto momento, después de mirar fijamente algo muy lejano, empalideció repentinamente.

Riales se puso de pié alarmado, a la vez que ella, con el tembloroso brazo extendido señalaba, al parecer, el horizonte borroso.

Tomando entre las suyas la mano con que Celina señalara, el médico también volvióse, y permanecieron así, él de pié estrechando la diestra de ella que, más echado que sentado en el bajo y mullido diván, demostraba en evidencia íntima emoción.

Lejos, sobre las negras aguas, veíanse tres luces flotar: tres luces opalinas, en forma de llama breve, que bien demostraban no ser faroles de embarcación alguna. Las tres luces tenues, era amarillentas, ora azules, de un azul desteñido, corrían una tras otra, juntándose a veces, sobrepasándose alternativamente, pero sin alejarse entre ellas.

—Pescadores... — insinuó Riales, aunque convencido de que así no era.

—No, Fernando, no son barcos...

Y la bella marquesa se levantó del sofá apoyándose en el brazo de ese extraño amigo suyo que ni emocionado estaba.

—¿Tiene usted miedo, Celina? — dijo él sonriendo.

Era la primera vez que la llamaba, simplemente, "Celina".

Ella quiso mostrarse fuerte: tal vez él la tomara por cobarde si así no hiciera...

—No, mi buen amigo. Con usted no, agregó.

—Vamos al jardín; veremos más de cerca el fenómeno...

—Fenómeno... ¿De qué género, Riales?

POEMAS

EL ESCONDITE

Ibas por el camino que se alarga hasta el río, donde se juntan las barcas de los pescadores. El viento manoteaba con tus mechones negros y las flores de las acacias caían sobre el lomo de tu borriquillo.

De pronto te detuviste y echaste la cara atrás. ¿Me buscabas en la ventana solitaria o bordando mis ensueños, junto a a las cisterna?...

Yo estaba cerquita tuyo y no quise que me vieras y me dije: ¿no me tiene en su corazón?... y, cuando te alejaste, salí de mi escondite y te seguí con los ojos, viendo como me llevabas!

DESALIENTO

¿Para qué quieres que cante si luego no me escuchas mi canción?...

Tomé la citara y el último resplandor de la luna se deshizo entre sus cuerdas.

¿A qué echan al aire mi canción si ella no habla más que de tristezas?...

¿Qué le importan éstas a la arboleda que se agita, a los rebaños tranquilos, al buen perro de la cabeza de cobre?...

LA VERDAD

Eres una flor de loto y, como a tal, el lodo no llega a tu corola.

Yo digo que eres un loto, porque me lo pareces ¿Quién sabe lo que guardas ahí dentro?... Tal vez, una víbora tenga entrañas más tiernas que las tuyas.

Puede que el zarpazo mortal de un tigre, sea más benigno que una blanda caricia tuya.

Yo creo que posees la carne blanca de los lotos que hay en los estanques de la lapizázul, y ¿sé acaso, qué negruras existen en la leche de esa carne?...

Yo veo tus ojos que pueden mentirme, tu boca que pudiera ser la de un comediante, el temblor de tus manos emocionadas.

Veo lo que tú quieres que vea.

Pero, ¿si quisiera escudriñarte bien y descubriera la verdad de tu fondo?...

Tranquilízate, pobre ¡yo no seré nunca Dios. Aunque lo fuese seguiría diciendo que tú eres... una flor de loto!...

María Julieta Persiani.

El no contestó. No había duda que no eran fuegos fatuos. El fenómeno se presentaba en forma absolutamente diferente.

Mas Riales no podía, positivista como era, pensar en nada de sobrenatural.

Por eso dejó oir una risa que tenía algo de sarcástico y que no pudo contener, cuando, doblando una alameda que iba hacia el mar y en el momento en que las tres luces, agitándose, se mostraron aun más brillantes, Celina apoyóse en su brazo y con débil voz dijo:

—Serán almas de ahogados...

Ella pareció molestarse por esa risa.

Siguieron andando en silencio, contemplando las tres luces que de contínuo tomaban reflejos de distintos colores, sin cesar de moverse sobre las aguas.

Llegando a una verja que separaba el jardín de la playa particular, verja en la que había un rastrillo por el que — bajando una escalerilla de piedra — poníase en comunicación con la playa misma, Riales repitió:

—¿Tiene usted miedo, Celina?

—Con usted no, Fernando — volvió a responder ella, orgullosa de mostrarse fuerte ante él.

El rastrillo estaba abierto. Descendieron hasta la playa.

El tuvo entonces una extraña idea:

—¿Y si nos embarcáramos en su botecillo, Celina, y fuésemos acercándonos a las luces?...

Sintió que el brazo de la mujer temblaba, bajo el suyo.

Sin embargo, ella respondió, con un relámpago en los ojos:

—Una mujer como yo hace eso y mucho más; vamos.

¿Por cuál misteriosa causa accedió ella, con orgullo, a tal proposición? Tenía miedo y asimismo no se rehusaba a tentar la aventura.

El barquichuelo que ella hiciera preparar por la tarde, con intención de ir a pescar a la mañana siguiente muy temprano, como era su costumbre, allí estaba, a dos pasos de las aguas tranquilas, con los fuertes y delgados remos listos.

Riales empujó la embarcación que se deslizó sin dificultad hasta llegar a medias en el agua. Celina subió; pálida pero decidida.

Otro empuje al ligero esquife y saltó Fernando a su bordo, disponiendo rápidamente los remos.

Se alejaron, silenciosamente.

El, que remaba, tenía las tres luces misteriosas a sus espaldas. Ella, recostada a popa, las miraba fijamente como alucionada.

Fernando que la notó repuso:

—Venga a mi lado, Celina; bogaremos con un remo cada uno; así usted se distraerá y no pensará en las luces hasta el momento en que las alcancemos y podamos ver de qué se trata. Hablaba sensillamente, como quien no ve, en el argumento que trata, nada de extraordinario.

Cuando Celina le extendió la mano para cambiar de puesto, él sintió que esa mano adorada estaba fría, espantosamente fría.

Y allí, en el barquichuelo ya bastante alejado de la playa, sobre el mar profundamente negro y ante esas tres extrañas luces opalinas que se agitaban, Fernando Riales encontró aquel coraje hasta entonces le faltara: La estrechó sobre su pecho con pasión, buscándole la boca.

Ella no se rehusó.

Pero en seguida después que se dieron ese primer beso de amor en tan raras circunstancias, la mujer lanzó un grito de terror.

Señalaba de nuevo — como antes lo hiciera en la salita — con el brazo extendido y tembloroso, el horizonte.

Sujetándola, él siguió con la mirada la dirección de esa mano.



EL.—¡Maldita moda de la falda corta!
ELLA.—¿Por qué dices eso?.
EL.—¡Suponte si es niña y saca mis piernas!

Las tres llamas, las tres luces extrañas, en su incesante danza loca, se acercaban más y más en dirección al pequeño bote.

—Extraño fenómeno — murmuró Fernando entre dientes a la vez que constataba que, casi desapercibidamente, se habían alejado más de lo que él quisiera, de la playa.

Tomó un remo con la mano izquierda, mientras con la otra no abandonaba la mano tan fría de Celina. La mujer se había extendido nuevamente a popa.

En veloz carrera, una tras otra, pronto. Las tres luces, una vez superado el obstáculo de la embarcación, corrían aún sobre las aguas en dirección a la playa.

Llegando a la arena, se apagaron.

Fernando Riales se inclinó sobre su amiga.

Le tomó el pulso.

Le desprendió las ropas y le auscultó el corazón.

La faz del médico se contrajo, dibujándose en sus facciones amargo rictus.

No podía equivocarse.

neció.

Levantóse él de pié, encontrándose envuelto en una pálida claridad...

Pero el fenómeno — que no logró hacerle temblar — terminó muy las luces llegaban. Y estaban por embestir el bote. Celina se desva-

La marquesa Celina del Vasto ya no existía.

En la noche negra, aun más obscura que antes desde que las tres misteriosas luces se apagaron, Riales se encontró solo, surcando el mar en frágil embarcación, alejado de la playa por la corriente, con el cadáver de su amada a sus pies.

* * *

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, Fernando Riales, por necesidad de reacción contra la emoción honda que al fin lo hiciera temblar, había asido con fuerza los remos y bogaba, bogaba desesperadamente, alejándose siempre más de la costa.

Ya no se veían las luces de la "Villa del Vasto" y del pequeño puerto de Portofino. Todo era obscuridad.

Fernando sintió frío.

Abandonó los remos y la corriente siguió llevando el botecillo siempre más lejos.

Inclinándose sobre el cuerpo yerto de Celina le tomó una mano.

Se estremeció violentamente.

Levantó el cuerpo, atrayéndolo hacia sí, y estampó en la frente helada de la bella un beso apasionado.

Luego, extendiendo hácia la obscuridad impenetrable sus dos brazos rígidos bajo el peso del cadáver, dejó caer pesadamente en las aguas la carga macabra.

El cuerpo de la hermosa muerta se hundió silenciosamente.

Los pies del hombre que quedaban solo y anonadado en el barquillo, tropezaron con un rollo de cordel que estaba en el fondo del mismo.

Se trataba de uno de esos largos cordeles con una gruesa piedra atada a un cabo, que se echan al agua con el fin de dar mayor inmovilidad al bote mientras se pesca.

Riales tomó el cordel y se ligó fuertemente con él los pies, uno junto al otro, dejando libre el cabo con la piedra que echó, en seguida, al mar.

Luego, con movimientos de autómata, sin la luz de un pensamiento en su cerebro ofuscado por el golpe que acabara de recibir en el alma, se dejó deslizar, lentamente, tras la piedra. El peso no permitió que el cuerpo ligado tornara a flote.

Soplaba una brisa ligera.

Y en el silencio de la noche, sobre la negrura del mar en el que no se reflejaba ni una sola estrella, el barquichuelo vacío, con los remos abandonados sobre sus flancos a guisa de dos brazos cansados, se alejaba lentamente, llevado por la corriente leve.

* * *

El marqués Vico del Vasto recibió de su mayordomo el telegrama en que la servidumbre de la *villa* le comunicaban la incomprensible desaparición de su esposa, en momentos en que se encontraba aún — a pesar de que ya rayaba la aurora — sentado a una mesa de *trente-et-quarante*.

Media hora después, en su veloz automóvil, se precipitaba a toda carrera por la carretera de la cornisa.

Haciendo una sola etapa, y turnándose al volante con su *chauffeur* llegó a Portofino al caer de la tarde.

Estaba fatigadísimo, y antes de poder ocuparse activamente de todo, dando secamente unas órdenes breves, cayó rendido en su lecho.

Durmió pesadamente unas horas.

Hacia las Cumbres

Para Fray Mocho

¡De frente al porvenir!... Hacia la vida
de las cumbres más altas donde mora
el genio augusto y la ambición anida,
voy con segura planta vencedora!

¿Qué importa que la turba envilecida
vierta torpes enconos en la hora
de la ascención, si llevo el alma ungida
de una invencible fe batalladora?...

Bajo mi frente plácida, la Idea
múltiple, varia, en torno voltejea
de mi sola ambición... como en el Ande

se alza el águila audaz, única y grande.
Exento de mundanas servidumbres...
¡Aguila un día, me alzaré en las cumbres

Malena Saavedra Basavilbaso.

Al despertarse quizo poner un poco de orden en sus ideas.

Según él no había duda; conocía a su esposa, no se le ocultaba que ella estaba desamorada desde hacía años, y, por lo demás, él no la atendía excesivamente.

Celina, por consiguiente, debía haberse fugado "con el doctorcito ese"...

Pensando en el modo mejor para acallar el escándalo que el hecho suscitara, y desechando toda idea de hacerla buscar, se asomó a la ventana de su habitación para desperezarse respirando el aire marino.

La noche había cerrado.

El marqués apoyó los codos en el alféizar, pensativo.

En un momento en que volvía el rostro hacia el mar respirando una bocanada de aire, vió, casi sin fijarse en ello, que sobre las aguas negras se habían encendido unas lucesitas pálidas, opalinas, que se movían casi rítmicamente como ejecutando una danza.

En seguida las extrañas luces emprendieron una rápida carrera hácia la playa.

El marqués, distraídamente, las contó.

Eran cinco.

Cómo refirió el Kromprinz la caída de von Moltke

He aquí un extracto de las *Memorias de guerra* del príncipe heredero de Alemania, que mandó el quinto ejército alemán en la batalla del Marne, en el cual da referencia personal de la caída de von Moltke:

"Nunca olvidaré la terrible impresión que el día 11 de septiembre me produjo la súbita presencia en mi Cuartel general de Vannes y Argonnes del general von Moltke, acompañado del teniente coronel Tapper. El general, completamente abrumado, pugnaba literalmente por reprimir las lágrimas. Mostró asombro ante la tranquila y confiada visión del momento que el alto mando del quinto ejército tenía, pero no pudo llevársele a formar una opinión más optimista, y pidió, como Hentsch había hecho el día antes, la inmediata retirada del ejército.

Como todavía no era perceptible ninguna razón poderosa para tan apresurado movimiento, hubo una viva controversia, que terminó en que yo declarase que mientras yo fuese comandante en jefe de mi ejército tenía la responsabilidad de ese ejército y no podía convenir en una retirada inmediata, a causa del necesario transporte de mis heridos.

Con lágrimas en los ojos nos dejó el general von Moltke. Desde un punto de vista humano sentía yo la más profunda simpatía hacia aquel hombre abrumado; pero como soldado y jefe no podía comprender aquel derrumbamiento físico.

En la tarde del 11 de septiembre, el coronel von Dommes trajo nuevas instrucciones del alto mando general. Mi ejército había de replegarse al este de Saint-Menehoud. Indicaba el coronel que debía conservarse el borde sur del bosque de Argonnes.

Después, sólo una vez más he visto al general von Moltke. Fué en el Cuartel general de Charleville. Ya le habían substituído en el mando. Parecía, según estaba de viejo, que había pasado muchos años. Miraba con atención los mapas en un cuartito de la Prefectura. Era un hombre encorvado, acabado. Fué un momento emocionante; las palabras eran imposibles, y hubieran estado fuera de lugar; un apretón de manos dijo todo lo que yo podía decir.

Murió en Berlín trabajando por el dolor y la congoja. Con él desapareció un verdadero militar prusiano y un noble de gran inteligencia. El haberle encomendado una tarea que excedía a sus fuerzas y el haberla él aceptado contra su deseo y consciente de su incapacidad para ella, por un equivocado concepto del deber, fué fatal para él y para nosotros".

Un carburante nuevo

El extraordinario y cada día más creciente desarrollo del automovilismo y de las aplicaciones de los motores de aceites pesados, ha llevado consigo un consumo enorme de gasolina y otros carburantes, que preocupa seriamente aun a los países que obtienen mayor producción de petróleo, considerando que sus reservas tienen una duración bastante limitada.

En tales circunstancias es claro que la obtención de un nuevo carburante en grandes cantidades y a precio económico tiene mucha importancia. Tal pudiera ocurrir con el alcohol de pita. Esta planta que abunda mucho en la Costa Azul, Argelia y Túnez, crece espontáneamente en los países cálidos, como ocurre en Andalucía, sin cuidados ni preparación alguna. Se reproduce abundantemente haciendo inextinguibles las plantaciones. Es una gran planta industrial, textil, alcoholera y sacarina. Sus diferentes aprovechamientos se han realizado hasta ahora de una manera muy defectuosa.

Recientemente el ingeniero francés Mr. Delafond, establecido en Méjico, ha inventado una desfibradora que realiza el mejor aprovechamiento de esta planta textil, permitiendo además de otros productos, obtener grandes cantidades de alcohol de la pulpa de dicha planta fermentada.

Se calcula que el cultivo de la pita en Méjico y su explotación metódica por el sistema Delafond, podría producir unos cuarenta millones de toneladas de carburante al año. Esto basta para comprender la importancia del cultivo y explotación de esta planta.

ALGUNOS RELOJES ASTRONÓMICOS FAMOSOS

De la edad media datan los relojes astronómicos más notables de Europa. Adornados con figuras mecánicas que saludaban, bendecían y ejecutaban otros movimientos unos, o bien de soles y alegorías astronómicas, estos relojes causaron la admiración de las generaciones.

Uno de los relojes más antiguos es el de la catedral del Estrasburgo, que aún se reputa como una de las maravillas, y que describiremos a continuación, pues restantes relojes astronómicos difieren de éste solo en pequeños detalles de construcción.

El primer reloj de la catedral de Estrasburgo, instalado en el crucero meridional, fué construído en 1352 a 1354. Después de un siglo de marcha se paró. Se le llamaba el *reloj de los tres reyes.* De él no queda hoy nada más que un gallo automático conservado en el museo de Nuestra Señora.

Un segundo reloj, concluído en 1574, obra de Herlín, le reemplazó. Cuando ya llevaba dos siglos funcionando se paró en 1789. Fué restaurado por Juan Bautista Selwilgué en 1838, después de un trabajo delicado, de una tarea árdua y tenaz.

En octubre de 1842, con ocasión de un Congreso científico, el reloj funcionó de nuevo. La reconstrucción había costado 81.000 francos. Su hábil restaurador recibió 20 mil francos como recompensa y la roseta de la Legión de Honor.

El reloj astronómico de Estrasburgo, que aún funciona hoy día, no difiere grandemente, al menos en su exterior, de éste.

Hacia el medio del edificio se destaca una esfera celeste en cobre, pintada de azul, sobre la cual hay representadas más de 5.000 estrellas e inscrito el nombre de las constelaciones; mide 0,84 m., y da una vuelta sobre sí misma en un día sideral. Al centro de la parte inferior de la construcción, se encuentra el cuadrante del tiempo con las agujas al sol y de la luna; está rodeado de un anillo móvil que constituye el calendario perpétuo. A derecha e izquierda están los mecanismos de las ecuaciones solares y lunares.

Las fiestas movibles están figuradas sobre los filetes que recubren cada uno de los 368 husos del anillo y en el mecanismo del cómputo eclesiástico, que no funciona sinc una vez al año, la letra dominical está indicada por una simple aguja. Se lee así la milésima de año, etc.... Hasta 9999 se podrá, sin ninguna intervención, utilizar este calendario.

Vienen a continuación, de bajo a arriba:

Los días de la semana representados por personajes mitológicos. Desfilan sentados en carros que conducen animales y fijados en el círculo: Apolo representa el Domingo; Diana, el lunes; Marte, el Martes, etc.

El cuadrante del tiempo donde están indicadas las horas y los minutos. En 1919 los hermanos Ungeser han agregado en este cuadrante, a las agujas doradas dando el tiempo medio de Strasburgo, las agujas argentadas del tiempo legal, la hora oficial. De cada lado de este cuadrante hay dos ángeles; el de la izquierda da los primeros cuartos de hora, el de la derecha da la vuelta a la ampolla.

El planetario, círculo de 2 metros 20 de diámetro, sobre el cual van pintados los 12 signos del zodiaco. El comienzo del signo de Aries está a la derecha; en el centro, el sol alrededor del cual giran los planetas: Mercurio, Venus, La Tierra con la Luna, Marte, Júpider y Saturno. Estos planetas están representados cada uno por una bola dorada que lleva una aguja relacionada con una rueda dentada, la cual está animada de un movimiento de rotación uniforme, cuyo período reproduce el de los planetas.

Las figuras simbólicas de las cuatro edades de la vida dan los segundos cuartos de adolescencia, para la media hora; la edad madura, para el tercer cuarto, y la vejez, para los cuatro golpes que preceden a la hora. La hora la da la Muerte con una campanita. Al mediodía, los apóstoles pasan y se inclinan delante de Jesucristo, que los bendice así como a la muchedumbre, en tanto que un gallo bate las alas y canta tres veces.

Desde la seis de la tarde a la seis de la mañana los cuatro ángeles, símbolo del sueño, están en reposo. La Muerte sale sin interrupción prosiguiendo su obra.

En la Iglesia de la Virgen, en Lubeck (Alemania), hay igualmente un admirable reloj astronómico.

También en Berna (Suiza) existe un reloj construído por Gaspar Brunner en 1557, y restaurado en 1686.

Antes de la hora, un gallo canta tres veces, y después un loco que lleva un gorro con cascabeles, agita dos campanillas, y al momento que de lo alto del campanil el duque de Zaeringhen, que luciendo una armadura ha martillado la hora, un personaje sentado, con una ampolla en una mano y un cetro en la otra, marca con éste el número de golpes que cuenta abriendo la boca.

A poco distancia de éstos pintorescos motivos esculpidos, se encuentra un encantador cuadrante solar con un sistema planetario cuyos astros se mueven por encima de los signos del zodiaco.

El grito de los gritos

Yendo por una arboleda, vi a un muchacho que subía a un olmo a robar nidos.

Las crías, asustadísimas, sacando del nido sus cuellos desnudos, sus ojos reventones, sus picos blandos, queriendo volar y no pudiendo, chillaban en su lengua:

—¡Madre! ¡Madre!

—¡Baja, baja! — dije al ladroncete, enseñándole los puños mientras mi perro, cuello arriba, con cólera de mi cólera, le enseñaba los dientes. — ¡Baja, baja!

El muchacho, asustadísimo, bajó del olmo temblando, dentellando, desgarrándose la blusa; echó a correr, llora que te llora; creía que le seguían; gritaba:

—¡Madre! ¡Madre!

Las crías gritaban:

—¡Madre! ¡Madre!

Los ecos repetían:

—¡Madre! ¡Madre!

Y yo, pobre de mí, viéndome sin más que mi perro en el mundo, pensé, cerrando fuertemente los ojos para no llorar, pensé en el camposanto de mi aldea y grité con la garganta desgarrada:

—¡Madre! ¡Madre!

Adianfte.

Huellas de una bestia prehistórica

El departamento del Interior, de Estados Unidos, ha hecho el anuncio de haberse descubierto las huellas de un enorme animal que tenía ocho patas y diez y seis dedos en cada una, en las antiquísimas rocas del Gran Cañón del río Colorado en Arizona.

La naturaleza de la extraña bestia antediluviana que rugió por las selvas de Arizona hace millones de años, no ha sido determinada todavía, pero la vejez extremada del animal ha sido confirmada por el hecho de que hizo tres impresiones en un terreno sobre el cual las edades han hechado mil pies de estratos, los cuales ha cortado la corriente del río Colorado, en el curso de siglos y siglos, poniendo en descubierto esta prueba de la existencia de otro monstruo de los tiempos sin recuerdo.

El doctor Gildore, trabajando con los empleados del Parque Nacional del Gran Cañón, encontró las huellas, al mismo tiempo que otras muchas evidencias de la fauna prehistórica, todas las cuales están en exhibición en las oficinas de aquél.

Durante varias semanas se estuvo descubriendo impresiones de las patas de nuevas especies desconocidas en el llamado Rastro de la Ermita, en la formación de Supai, y en las arenas de Coconina, terrenos construídos hace centurias, cuando los suelos que hoy son roca firme, eran el fango suave de la superficie.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ 8.00
N.° suelto	20 cts.	N.° suelto	25 cts.		
N.° atrasado	40 „	N.° atrasado	50 „		



No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

PAPEL Y TINTA

"Bajo la lente", por Eugenio Labarca.

El concepto general de la crítica, para esta primera novela, del joven y conocido escritor chileno, Eugenio Labarca, ha sido espléndidamente favorable tanto en Chile, como en casi todos los países americanos en donde ha sido estudiada y analizada. Eugenio Labarca, crítico literario, conferencista docto y refinado, espíritu fuerte, sutil, diáfano y excelsamente claro, ha querido, que se le conozca también bajo esa faceta difícil de novelador, y en verdad que el ensayo, le ha resultado una obra maestra consumada, pues además de cultivar con delicadeza la espiritualidad del escabroso tema, ha ahondado en la raigambre de la alta sociedad, con disciplina y sin historismos ni precacidades y menos melindres y remilgos estudiados, pecado en que incurren no pocos atildados escritores. Hay vigorisidad de tonos en el bosquejo, de la escritora Luz Zuazagoitía, en el fuerte retrato del tan popular Arismendi, en la silueta de Celia Crutze, en Gracia Hispania y en resúmen, en toda esa gama artística, fina y delicada de exquisitas damas, que, como en un sarao de la Pompadour, desfilan graciosas por los bellos y simpáticos arcadales de ojiva, de estas substanciosas páginas.

Pero sobre todo, Andrea, esa gentil y deslumbrante criatura, nervio del libro, se destaca y plasma su alma, con tonalidades tan regiamente exquisitas, que nos subyuga y lleva en pos de sí, en todo el transcurso de la novela como el más atortolado enamorado tras la sirena de sus sueños encantados.

Labarca deshila su novela en un ameno epistolario, forma que si muy manoseada y que a pocos escritores resulta fácil y bien hilvanada, para Labarca ha sido el sendero florido del éxito, pues, al través de esos trazos de dietario, ha ido desenredando al aire sea serpentina de colores fuertes, de la niña, que desdeñando prejuicios, destrozando viejas entelequias, quiso hacer de su vida estudiosa y analizadora una "femme de letres", a trueque de que se le hallase desentonada, con el concepto femininísimo, que de la mujer se tenía en las edades prehistóricas.

Lástima, que cuando esa ave canora de pintado plumaje, había comenzado a escalar los umbrales del alto paraíso, el torpe prosaismo de la vida animal, convencional, la enredase en sus mallas groseras,, y el ídolo echo carne, se derrumbase al soplo impío de la cruda realidad, viniendo a agostarse esa flor delicada, en las manos groseras de un hacendado, que la convirtió en una robusta "mater familie" y hacendosa dueña de ampulosa casa burguesa de campo, dando al traste con tantas espiritualidades, olvidadas como flores desvanecidas, en el arcón polvoriento de los viejos recuerdos de una mocedad alocada.

La personalidad del simpático y nunca menos popular ex Presidente Alessandri (Arismendi), como de la escritora Inés Echeverría -Iris (Luz Zuazagoitía) y otros de alto relieve social, como el ambiente del Club de Señoras, del Ateneo Universitario y de los lujosos balnearios de Miramar y Viña, son aguafuertes de pincel maestro, que sabe bucear en el alma recóndita de esa sociedad, y que retrata hábilmente, una página social y política de gran predicamento, en la marcha histórica de Chile, como pocos chilenos escritores han sabido hacerlo.

Una dicción sencilla y fina al par de amena aunque haya palabras estereotipadas del lenguaje corriente para dar más matiz, y un verismo honrado al explotar un ambiente netamente criollo, desenfadado y alejado de la vulgaridad de un tema, hacen de la novela de Labarca, una obra interesante y curiosa que en el extranjero, será estudiada y saboreada con fruición.

J. Fernández PESQUERO

Chile, abril de 1927.

"Los caprichos del amor", por E. Carrasquilla-Mallarino.

Acabamos de recibir de España, editada por la Casa Maucci, de Barcelona, la novela que lleva tan sugestivo título y que tiene una simbólica portada.

Novela apasionada y apasionante, desde que se abre la primera página el lector siente la necesidad de seguir, sin descanso, hasta el emocionante desenlace. Escrita en un lenguaje flúido y traslúcido, su autor ha probado ser digno descendiente de escritores, que como su padre, Francisco de P. Carrasquilla y Jorge Isaacs, su tío, dieron gloria no sólo a las letras de la docta Colombina, sino a las de la América Española entera.

Eduardo Carrasquilla - Mallarino es, en efecto — como lo dicen cien autoridades, en el apéndice que el editor ha puesto a la novela — una de las más gallardas y fuertes personalidades de las letras hispanoamericanas. Viajero incansable, políglota, sutil artista y observador profundo, Carrasquilla - Mallarino, autor de diez otros libros conocidos, da — en su novela que nos ocupa — una obra de mérito definitivo que se incorpora a las primeras de América.

Ismael Bucich Escobar.

Este escritor, oriundo de Buenos Aires, inicióse con un libro de narraciones camperas titulado "Este era un buey...", del cual se han hecho dos ediciones y que constituyó todo un éxito literario.

Su primer libro orgánico fué la "Historia de los Presidentes Argentinos", cuya primera edición vió la luz en 1918, reeditándose en 1921 y 1923. Actualmente la casa editora "El Ateneo" prepara la cuarta edición de esta obra nuevamente corregida y aumentada por el autor.

La "Historia de los Presidentes Argentinos" encierra en sus páginas no solo las biografías de los ciudadanos que han ejercido la primera magistratura en nuestro país, sino un cuadro completo de la vida constitucional argentina en los últimos ochenta años.

Después de esa obra, Bucich publicó "Buenos Aires Ciudad", libro que es un brevario de la capital argentina, en su aspecto legendario, histórico y edilicio. Fué premiado por el Jurado Municipal de literatura en 1921.

"Don Torcuato" es otro de los libros escritos por Bucich Escobar. Trátase de una semblanza del primer intendente y gran propulsor del desarrollo edilicio de Buenos Aires, don Torcuato de Alvear, razón por la cual puede considerársele como un complemento de "Buenos Aires Ciudad". La aparición de este libro de 1922 promovió la conmemoración del centenario de aquel ilustre porteño, que había pasado desapercibido para los poderes públicos y para las instituciones culturales.

"Vida de Nicolás Avellaneda" es uno de los últimos trabajos de este escritor. Considérasele como la biografía más completa y sintética al par del ilustre ex-presidente. Este libro de Bucich Escobar obtuvo el primer premio en el concurso de biografías de Avellaneda convocado en 1925 para conmemorar el 40 aniversario de la muerte del gran estadista.

En la bibliografía de Bucich Escobar figura otro libro de índole biográfica, titulado: "El coronel Dantas - Su época - Sus contemporáneos", donde la figura del heroico militar argentino proporciona al autor la oportunidad de trazar, con maestría, algunos capítulos de historia contemporánea sobre aspectos pocos conocidos.

Paralelamente a esta producción, Burich Escobar trabajó activamente en el periodismo, colaborando con asiduidad en las revistas literarias y en "La Razón", diario del cual ha sido durante más de tres años, secretario general y donde desempeña actualmente funciones de redactor.

La producción histórica de Bucich Escobar no ha de considerarse terminada. Se anuncia para en breve la publicación de una "Historia de los Gobernadores de la Provincia de Buenos Aires", obra de divulgación histórica y administrativa; "Los Constituyentes Argentinos", "Fé de erratas a la Nomenclatura de las calles porteñas" etcétera.

Noticias literarias.

Editado por la Agencia General de Librería y Publicaciones, e ilustrado por el artista José Bononi, aparecerá en breve un volúmen de poesías titulado "La ofrenda", original del prestigioso poeta y escritor Fermín Estrella Gutiérrez, obra con la que, indudablemente, obtendrá su autor un nuevo éxito literario.

Acaba de aparecer la nueva edición de "Recuerdos de Provincia", de Sarmiento como primer volúmen de la Biblioteca Argentina en su nueva publicación.

A propósito de esta edición dice don Ricardo Rojas en la Nota Preliminar:

"La presente reedición de "Recuerdos de Provincia", sigue el texto de la editada por Luis de Mont en Chile, el año de 1885, para el tomo III de las Obras Completas de Sarmiento. Se ha desglosado de aquel tomo la segunda parte, formada por necrologías y biografías ajenas al texto primitivos de "Recuerdos", artículos de diario simplemente agregados para engrosar aquel volumen. Se ha dejado, sin embargo, la parte preliminar, intitulada "Mi defensa", porque este opúsculo fué el origen del libro autobiográfico que le sigue".

"La la copiosa producción de Sarmiento, "Recuerdos de Provincia", comparte con el "Facundo" las preferencias de la fama y la divulgación editorial. Este es, sin duda alguna, entre los libros de su autor, el más humano por su asunto y el más castizo por su forma. Del argumento regional trasciende al estilo un aroma de vieja casa española, impregnada de esencias coloniales".

"La Política Liberal bajo la Tiranía de Rosas, por Estrada, e "Historia de Belgrano y de la Revolución Argentina" por Mitre, son las obras a seguir a "Recuerdos de Provincias en la Biblioteca Argentina.

La obra de Estrada, en un volúmen, aparecerá dentro de breve tiempo, y la inmortal obra de Mitre en cuatro volúmenes, irá publicándose a razón de un volúmen mensual.

«Parnaso Salvadoreño» por Salvador L. Erazo

Este nuevo libro viene quizá a completar la lista de las antologías que con laudable constancia viene publicando hace años la conocida Casa Editorial Maucci, de Barcelona.

Responde este volumen a la norma trazada por los anteriores Parnasos y está recopilado y esmeradamente seleccionado por un poeta joven salvadoreño, don Salvador L. Erazo, conocidísimo por el sinnúmero de veces que su firma se estampa al pie de inspirados versos en toda clase de diarios y revistas de Centro América.

Esta Antología se compone de dos partes; la primera contiene los poetas antiguos, o sea los primeros cultivadores de la poesía en El Salvador, a los que pudiérase llamar "los clásicos", y la segunda, la de las nuevas generaciones, encauzadas — dice el compilador — en las corrientes modernistas.

Conformes con el acertado compilador de esta Antología, en que la poesía de El Salvador, que lleva el sello imborrable de la belleza, se ha conquistado un puesto de honor entre las naciones más cultas de América, ocupando alto rango entre los tesoros rítmicos de la lengua castellana. Creemos una labor meritísima de cuantos por sus propios medios tiendan a divulgarla, y con esta afirmación creemos hacer el mayor elogio de Salvador L. Erazo.

¿Cuál es el origen de los meteoritos?

En el crater dejado por una lluvia de meteoritos, en Arizona, caben treinta manzanas de edificios.

Cada día por término medio, la Tierra recibe a un visitante del espacio. Su llegada es estrepitosa y deslumbrante. Un repetido estruendo como cañoneo de artillería pesada, violentas explosiones, un relámpago enceguecedor, y un objeto más brillante que las más brillantes estrellas, aparentemente del tamaño de la Luna, que surca el espacio dejando un reguero de humo: tal es la manera cómo se presenta el visitante.

De esas piedras celestes que caen a la Tierra, sólo se encuentra una en cada cuatrocientas. Hay actualmente en todos los museos del mundo alrededor de 850 ejemplares de meteoritos. Muy pocos de ellos fueron vistos caer y en su mayoría se les halló varios años después. Algunos fueron encontrados en altares, colocados sin duda por hombres primitivos que creían que esas piedras eran sagradas y les profesaban culto.

Extraordinaria casualidad

Corren muchos relatos acerca de los grandes perjuicios ocasionados por los meteoritos: casas medio derrumbadas, animales muertos, parvas incendiadas, etcétera, pero el doctor Merril, geólogo principal del Museo Nacional de los Estados Unidos, declara que no conoce un sólo caso auténtico de una persona muerta o herida, o de perjuicios de otra clase producidos por la caída de meteoritos. ¿Qué dicen los hombres de ciencia acerca del origen de esas piedras meteóricas? Aunque hay algunas diferencias de opinión, en general, se admite que han llegado a nuestro sistema solar de la inmensidad del espacio interestelar, que son fragmentos de mundos deshechos, de otros soles o cometas que pertenecieron a otros sistemas solares, o partes de grandes corrientes de piedras meteóricas que pasaron cerca de la esfera de influencia de nuestro sistema y fueron atraídos.

La gran velocidad que poseen muchas de esas piedras cuando entran en la atmósfera terrestre, demuestra que se mueven en órbitas hiperbólicas, órbitas que son propias de cuerpos situados fuera de nuestro sistema solar.

UN METEORITO DE TREINTA Y SEIS TONELADAS

Sin embargo, algunos meteoritos parecen haber sido miembros de la familia de nuestro sol antes de acercarse demasiado a la Tierra que los capturó por la fuerza de gravedad. Parecen estar formados por el mismo material que existe en el núcleo o parte central de la cabeza de los cometas. Penetran en la atmósfera terrestre en grupos o solos. Centenares de esas piedras, cada una de las cuales pesaba pocas onzas, pero en conjunto muchas libras, han caído de una vez, como un racimo.

El meteorito Peary, el más grande que se conoce, pesa treinta y seis toneladas y media, y es solo uno de tres que adquirió Peary, durante su expedición de 1896 en la bahía Melville, en Groenlandia. Los habitantes del lugar los llamaban la Carpa, la Mujer y el Perro. El más grande, la Carpa, mide seis pies de ancho, siete y medio de alto y once de largo. Indudablemente cayeron al mismo tiempo y eran fragmentos de algún cometa apagado, capturado por la Tierra. El más interesante de todos los meteoritos es el que cayó en el Cañón del Diablo, en Arizona, y dejó un cráter de 4.000 pies de diámetro y 600 de profundidad. En ese cráter se han encontrado centenares de masas meteóricas.

LOS ASTEROIDES

Recientemente, algunos astrónomos han expresado la opinión de que esas marcas meteóricas pueden ser fragmentos del gran grupo de asteroides que se extiende entre las órbitas de Marte y Júpiter, y que está formado por centenares de cuerpos cuyos tamaños varían de cinco millas a cuatrocientas millas de diámetro. Créese que estos astros asteroides son residuos de la substancia original con que se formaron los planetas y sus satélites.

Según la más aceptada teoría sobre el origen de nuestro sistema solar, la teoría planetesimal, de Chamberlain y Moulton, que ha substituído a la famosa hipótesis nebular de Laplace, los actuales planetas y sus satélites fueron formados por la colisión y aglomeración de pequeñas masas, los planetesimales, originalmente proyectados de nuestro sol por su propia fuerza eruptiva, agravada por la atracción de algún otro sol que pasó cerca.

La atracción del gigantesco planeta Júpiter impidió que innumerables pequeñas masas se congregaran como las demás para formar un planeta. Son los asteroides que se ven cerca de la órbita de Júpiter.

NO TRAEN HUELLAS DE VIDA ORGANICA

Los geólogos que han estudiado los meteóritos afirman que en cuanto a su material, son de tres clases: de hierro, o, más bien, aleaciones de níquel y hierro. Todos presentan señales de calentamiento y enfriamiento rápidos y colisiones. No se ha encontrado ninguna huella de vida orgánica en ninguna masa meteórica, si bien el astrónomo sueco Arrenio, formuló la de que gérmenes de la vida existente en la Tierra fueron transportados del espacio por esos cuerpos meteóricos.

Proverbios malayos

—Donde hay azúcar hay hormigas.

—¿Acaso se agita el agua en un tonel lleno? ¿No se agita mejor en uno a medio llenar?

—¿Puedes volverle a colocar los colmillos al elefante, una vez que se le han caído?

—Es inútil pegar a un perro: de todas maneras volverá al sitio donde sabe que hay muchos huesos.

—¿Cómo puedes separar la pupila del blanco del ojo?

—Si un rubí cae en el cieno, no pierde su brillo.

—Es generalmente en la bahía donde se agrupan los buques.

—Aunque el agua esté tranquila, no creas que en ella no hay cocodrilos.

—Cuando se cortan los tallos de un cocotero, otros tallos de cocotero brotan para reemplazarlos; cuando se rompen los tallos de un areca, otros retoños brotan para substituirlos.

—¿Qué sacaremos de encender la lámpara si no tiene mecha?

—¿De qué sirve la luz de la luna en los bosques? ¿No sería mucho mejor que alumbrara en la ciudad.

—El carbón no se vuelve nunca blanco aunque lo laven con agua de rosas.

—Cuando pasa un día sin lluvia, las ranas cantan sin cesar en el pantano.

—¿Cómo es que el árbol no ha sido derribado por el rayo? Porque tenía un hueco en el tronco.

—Vale más morir con una buena reputación que vivir con una mala.

—Vuelta la espalda, cambio de lenguaje.

—El que quiere conservar su buen nombre no encuentra pan para comer; el que comete un crimen por pan, mata su alma.

TEATROS

"PATA DE PALO", DE CARLOS R. DE PAOLI, EN EL NACIONAL

Con este sainete no salimos del ambiente frecuentado por los autores del género. Desde que a la media luz de la primera escena, Libertad Lamarque canta con su dulce voz de siempre el tanguito inevitable, hasta que cae el telón, toda la obra está compuesta por diálogos, escenas, chistes y recursos que ya son del dominio público. Un sargento de policía, que fué antes ladrón y que parece que ha dejado de serlo, niega el permiso para que su hija se case con otro ladrón que todavía no ha llegado a sargento de policía. La intervención de un amigo común a quien llaman "Pata de palo" soluciona el conflicto. Como se ve, no hay en la obra grandes problemas psicológicos ni mucha novedad. El argumento solo sirve de pretexto para la presentación de tipos de relleno que divierten al público con sus costumbres pintorescas y su modo peculiar de interpretar el idioma.

Un catalán, un italiano, una criollita del arrabal, un pardo guitarrero y otros ciudadanos del conventillo, desfilan ante el espectador, siendo su vinculación con la pieza completamente convencional. Con todo, la pieza gusta, porque el público encuentra en ella lo que va buscando, que no es otra cosa que la labor de los actores, especializados en la encarnación de personajes de esa especie.

Libertad Lamarque, representó su papel con verdadera eficacia, revelándonos talento y comprensión poco comunes. Olinda Bozán, muy graciosa como siempre. Otal, Cantelo y Bustos, muy ocurrentes y dominando la situación.

CAMINO DE LAS CIEN

"La familia Pickaerpack" continúa instalada cómodamente en el Liceo, donde registra más de setenta representaciones consecutivas. Un mecesito más en la casa lo puede pasar cualquier inquilino, de suerte que es casi seguro que la obra de Mertens llegue al centenar de representaciones. La labor de Casaux y de Pierina Dealessi, son factores muy importantes en este caluroso éxito.

"UNA CHICA DE LA CALLE", EN LA COMEDIA

Un personaje apropiado para las aptitudes de la actriz Evita Franco, ha buscado don Julio F. Escobar para protagonista de su nueva pieza, "Una chica de la calle", recientemente estrenada en la sala de la calle Carlos Pellegrini. Lauchita, que así se llama, es una vendedora de diarios que detrás de ese trabajo oculta una secuaz de la banda de ladrones que encabeza su propio padre. La chica, de buenos sentimientos, se enamora de un hombre rico a quien toma por un "chauffeur", el cual al principio parece guiado por un espíritu donjuanesco, transformado, al final, en un sentimiento serio, al punto que desposa a la chicuela.

El argumento, como se ve, participa de la novela o mejor, de la película, pero la dexteridad del autor y su facilidad para el diálogo, hacen que resulte, en suma, "Una chica de la calle", una pieza agradable, con un tipo muy simpático, el de Lauchita, que Eva interpretó con mucho acierto, consiguiendo imponerlo y hacerse aplaudir. También gustó el desempeño de los actores José Franco, Carlos Rodríguez y Morales, éste último muy eficaz.

El público acogió favorablemente la obrita de Escobar, que como todas las suyas tiene observaciones felices y golpes de ironía acertados. Pero en "Una chica de la calle" ha evitado la mordacidad, siendo el diálogo más amable que otras producciones del fecundo escritor.

ZARZUELA ESPAÑOLA EN LA AVENIDA

Con buen éxito reapareció en el Avenida, la compañía de zarzuela española de Manolo Fernández, viejo conocido de nuestro público. "La maja" y "La calesera", obras del debut, fueron correctamente puestas en escena e interpretadas por los discretos elementos que rodean al citado actor.

Prepara este conjunto diversas novedades absolutas para Buenos Aires, debiendo ser la primera "Los extremos se tocan", clasificada por sus autores, Muñoz Seca y Pérez Fernández, como opereta sin música.

Esta obra, salvo postergación, ha debido estrenarse el viernes. En nuestra próxima edición haremos el comentario correspondiente a esta producción que gustó mucho al estrenarse en Madrid, según crónicas.

ESTRENOSE "LATIGAZOS", EN EL BUENOS AIRES

La compañía de Enrique Muiño renovó parte de su cartel, haciéndonos conocer la pieza del epígrafe, que firman los señores Juan Villalba y Herminio Braga. Con un asunto nimio, era necesario mucha garra para ejecutar una obrita de alguna importancia, o, por lo menos, hacer fincar los quilates de la pieza en el diálogo. No creemos que una u otra cosa hayan conseguido los autores.

"Latigazos" parece simbolizar lo que depara la vida a una mujer que por rendir tributo a la verdad, recibe de dos pretendientes manifestaciones categóricas de maldad o indiferencia al conocer el pasado de aquélla. No hace mucho, como se recordará, en el Cervantes, la poetisa Alfonsina Storti encaró el tema y por cierto que lo hizo con mayor enjundia al estrenar su primera obra. "El amo del mundo".

En "Latigazos" se echa de ver que ha faltado un plan orgánico para construir la pieza y que numerosas escenas cómicas son el sostén de la acción escénica, que no llega nunca a tiempo para imponer el asunto sobre su desarrollo, lento y sin teatralidad.

No atribuimos largo cartel a esta obrita, a pesar de sus pasajes festivos, que los intérpretes aprovechan para levantar en ciertos momentos el interés del público.

La sala celebró la labor de Muiño en un papel episódico.

EL CURA DE PARRA

No se trata de la salud del primer actor don Florencio Parravicini que, por suerte, es excelente y nada hace suponer que pueda variar. Aludimos a la comedia vodevilesca de Velloso, "Una cura de reposo", que vive representándose en el Argentino desde la noche del debut, con numerosísimo público y mas numerosas carcajadas.

Según la estadística del bombero de guardia, hombre aficionado a sumar, Parra ha arrancado hasta la fecha cerca de setecientos mil carcajadas, con dicha pieza. La cifra revela dos cosas: la vocación pitagórica del bombero y el genio bufo de Parra.

Para los desconfiados, nos permitimos recordar que la cifra es verosímil, toda vez que no ha sido dada por Traversa...

"DOÑA FRANCISQUITA", EN EL MAYO

La hermosa comedia lírica del maestro Vives no deja de interesar. Son incontables las veces que se ha representado en Buenos Aires y, sin embargo, atrae mucho público siempre.

La compañía Casenave-Hernández ofrece en el Mayo una buena versión, tan buena que la obra promete mantenerse en el cartel quién sabe hasta cuando.

INAUGURACION DEL CÓMICO

Mientras escribíamos estas líneas se venía anunciando para el jueves 5, la inauguración del nuevo teatro Cómico y el debut de la compañía Luis Arata. No estamos del todo seguros que los trabajos de los últimos días hayan logrado dejar la nueva sala en condiciones de ser librada al servicio público, por más que la empresa lo esperaba.

En caso de haberse terminado, a estas horas funcionará con las dos obras que se anunciaban "Facha tosta", de Novión, y "El procurador Calignana", de Cabral y Peralta. Veremos.

MATATIEMPOS TEATRALES, POR TIRIN CHARADA

Primera segunda, es tiempo
del divino verbo amar,
es también señora o dueña
siempre que en su casa está
y es útil cuando es de llaves
y de cría mucho más.
Prima segunda cartera
es cosa que a no dudar
el lector y cualquier otro
o lo ha sido o lo será.
Segunda cuarta tercera
cuando te cases serás
si eres hombre; las mujeres
no pueden serlo jamás.
Precisas cuarta segunda
si quieres versificar
y cuarta dos y tercera
lo que hagas te quedará.
Cuarta primera, en Galicia
se encuentra a orillas del mar
y entre nosotros, en cambio
no hay en todo el litoral.
Primera cuarta tercera
nada da a la humanidad,
ya se trate de un terreno
o de un autor nacional.
Primera cuarta primera
poco la pueden cantar
pero en italiano todos
la respiramos nomás.
Segunda cuarta primera
es un nombre harto vulgar
y tercera con segunda
se encuentra en Chapadmalal.
y en otra estancia cualquiera
donde hay potros que domar.
Junta primera segunda
tercera y cuarta y tendrás
un nombre que en el Cervantes
lo conocen más que a Urban.

La solución en el número próximo.

DEL NUMERO ANTERIOR

Solución de la charada teatral:

PODESTA

RENOVACION EN EL NUEVO

En la semana fenecida debió estrenarse en el Nuevo la anunciada traducción de la pieza francesa "La Haute", realizada por Amadoni y Pelay con el título de "La fantástica aventura". Esta obra que ha tenido gran éxito en París, tiene música del maestro Ivain y se proyestaba presentarla con todo lujo y cuidado. Comentaremos oportunamente.

OTRO ESTRENO

La compañía Blanca Podestá habrá dado visibilidad a estas horas al invisible enemigo que ha llevado al teatro Smart la señorita Alcira Obligado. Nos ocuparemos en el número próximo de "El enemigo invisible".

OTRO MAS

También se anunciaba para estos días la primera representación de "Qué suerte tengo, mi Dios", de Alejandro Berruti. Desearemos que después del estreno a verificarse en el teatro Apolo, el autor pueda repetir sin remordimiento de conciencia el título de su obra y sin ironía podamos los demás repetirle la oración en segunda persona.

EL ULTIMO POR HOY

A la serie de estrenos anunciados, cabe agregar, y no va más, el de "Cabecitas locas", nueva revista que ha debido darse a conocer en el Maipo y cuyos autores son los proveedores de esa sala. Debutarán los bailarines que llaman de color y que en realidad son sin color, Crawford Sisters, que traen más cartel que un negocio en liquidación. Habrá, además, un nuevo tango de Delfino, nuevas coplas del duo Corrao Triay y otras atracciones como el debut de Pepe Arias y el de Amanda Las Heras con todo lo cual se hará otro nuevo éxito.

GRAND SPLENDID

La temporada de invierno se presenta bajo los mejores auspicios en este grandioso cine, preferido de las familias más distinguidas de Buenos Aires. Nunca como este año han registrado las funciones mayor cantidad de público selecto, que acude a esta sala atraído por la excelencia de las producciones cinematográficas, sin duda las más artísticas y de más bellos argumentos.

En la semana en curso, se pasarán cintas notables.

CAPITOL

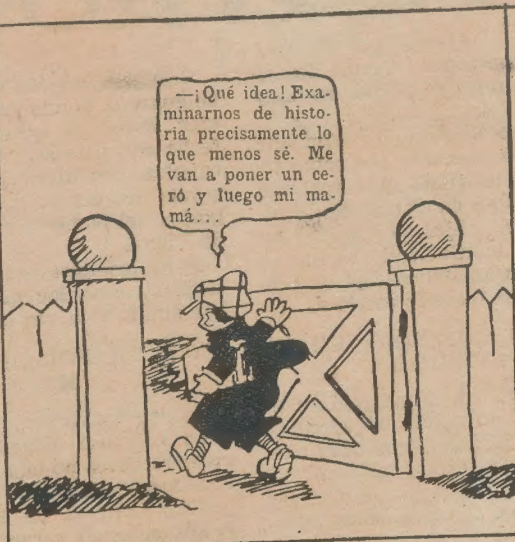
Este bonito cine de la calle Santa Fe viene trabajando este año con mejor éxito que el anterior. La empresa despliega actividad y procura exhibir buenas películas, procurando de esta manera mantener el prestigio de la sala. Se anuncian buenas producciones para en breve.

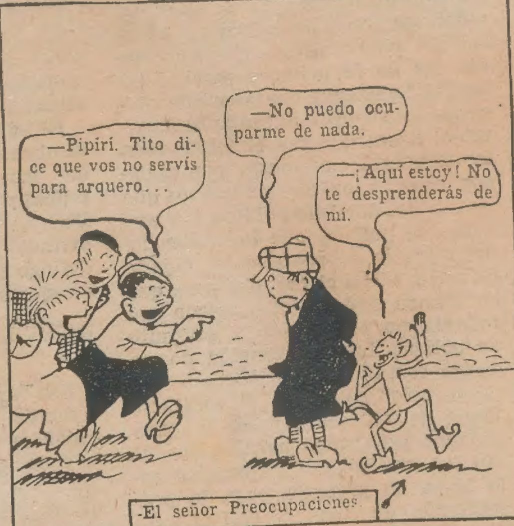
CINE PARK

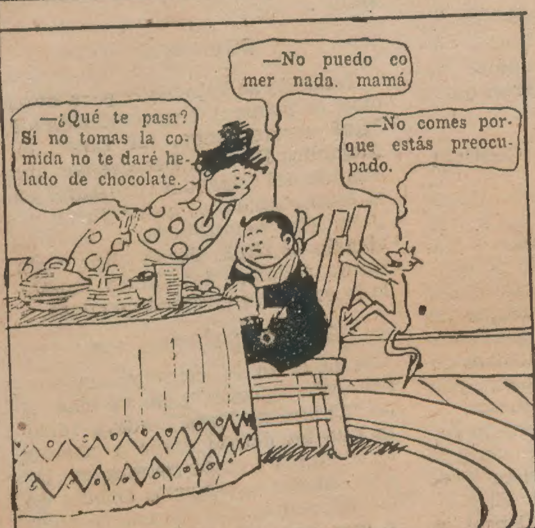
Muy interesantes y bien concurridas, como de costumbre, las funciones de este hermoso cine que administra con mucho acierto el señor Lecuona, persona muy estimada en los círculos cinematográficos. En esta semana se pasarán nuevas cintas, de todo punto excelentes.

AVENTURAS DE PIPIRI

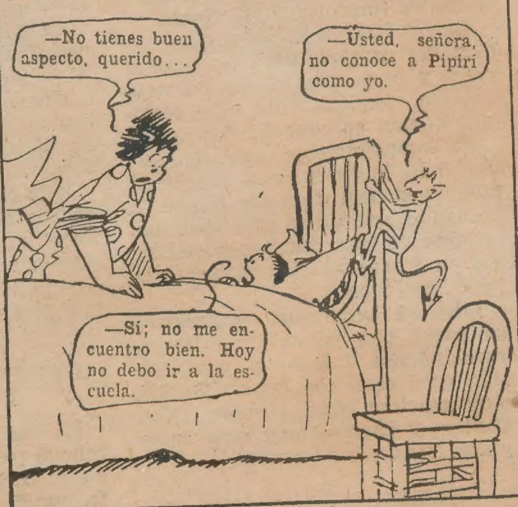








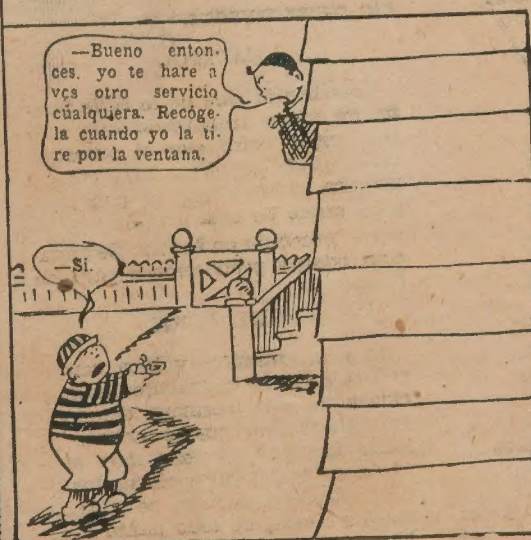
















ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



TRAJES SASTRE PARA PASEO Y DEPORTES, MODELOS FRANCIS. — 1. Traje sastre, de crepella irisada, color azul marino con finas rayas matizadas y guarniciones de paño azul marino liso. — 2. "Trotteur" de kasha beige rosado trabajado con tiras de tela sobrepuestas. — 3. Conjunto para deportes, compuesto de un sweater de marocain de seda de dos tonos: gris y azul de Francia. Las partes están unidas por un calado escalera. La falda de marocain azul de Francia liso, está completamente plisada. La capa también es de marocain con franjas de tela azul en la parte interior y se halla forrada con crespón azul.

Tall. Gráf. A. GARCIA & Cía. — Perú 1746